

Aitziber Saldias
Las raíces recuerdan tu nombre
OBSCURA
editorial


Aitziber Saldias
Las raíces recuerdan tu nombre
OBSCURA
editorial

OBSCURO, –RA

(oβs'kuro, -ra)

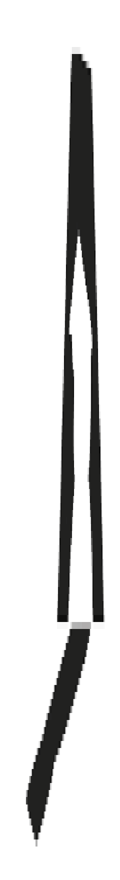
Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LAS RAÍCES RECUERDAN TU NOMBRE

LAS RAÍCES RECUERDAN TU NOMBRE

Aitziber Saldias





OBSCURA

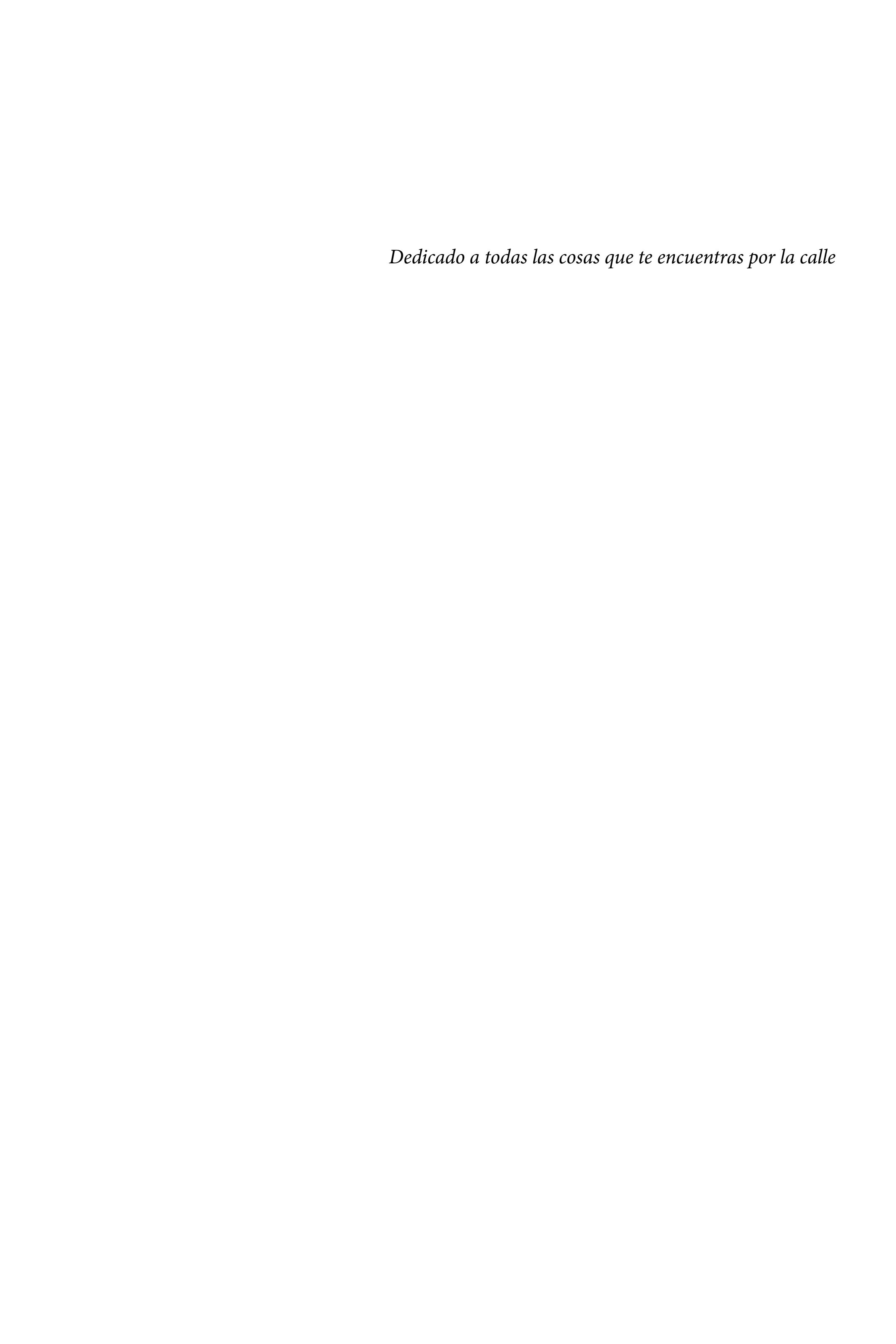
editorial

Las raíces recuerdan tu nombre
© 2024, Aitziber Saldias
© 2024, Obscura Editorial, S.L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2024, David Rendo, por la ilustración de cubierta

Primera edición: mayo de 2024

Fotografía de la autora: ©Maríajosé Pa
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Edición de texto: Roser Vales i Abenoza
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Maquetación: Joana Macià Domingo
El dibujo de la procesionaria es un recurso de Flaticon.com

ISBN: 978-84-127785-6-4
Depósito legal: B 1499-2024



Dedicado a todas las cosas que te encuentras por la calle

Las luces proyectan sombras deformes, pero los niños ríen y los adultos aplauden.

Las figuras se deslizan en una procesión sin inicio ni final.

Un escalón cruje.

Las piruetas se multiplican, la danza se acelera, la gente ovaciona a los artistas y allí, a lo lejos, una mujer llama a los muertos, que acuden de inmediato.

La lluvia repica implacable contra el cristal; espera, ¿cristal? ¿Qué cristal?

Apenas la recuerda, pero duele tanto que lo agrieta por dentro.

Mamá vivirá por siempre.

La mujer baila alrededor de un tigre engullido por las llamas. Los rugidos del animal restallan como bombas.

Los payasos hacen sonar una campanilla, los niños todavía ríen, los jóvenes corren a esconderse, el Bosque se carcajea y la casa llora.

Los espectros avanzan en círculo mientras sus gritos se consumen para siempre.

El eco de los aplausos retumba cada vez más cerca.

Mira cómo rompen contra el suelo.

Mira cómo borran personas.

¿Acaso no es este su lugar, soldado?

¿O es que está pensando en huir?

Nunca es bueno recalar en los recuerdos, no mientras el lodo escupe insectos y algunas madres deciden ahogarse en el Bosque.

¿Oyes cómo reclama tu carne?

¿Escuchas cómo describe tu final?

Nunca dejes que los difuntos se acerquen, Lander; si te arrinconan, estás perdido.

1

La imagen se funde a negro de repente y lo atrapa en algún punto intermedio entre el mundo de los vivos y los muertos con el deseo de encerrarlo allí de una vez por todas. Sin embargo, después de tantos años, Lander ha aprendido qué hacer para no quedar encadenado a la telaraña. Concentra todos los sentidos en sí mismo, en el tacto irregular de la piel marcada por la metralla; en los latidos del corazón, acelerados hasta el punto de asomar por la garganta; en el olor a camino que no logra eliminar por completo de la ropa; en el sabor que le impregna los labios, metálico y amargo; y finalmente logra abrir los ojos en el momento exacto en el que su padre desaparece escaleras arriba.

La casa tiembla un par de veces en torno a él, todavía incómoda por su presencia. Necesita ver su reacción, confirmar que se trata del hijo que marchó a la guerra y no de un espejismo surgido de las profundidades del Bosque. Hace que las luces parpadeen y los muebles de la sala se estiren para aparentar un tamaño mucho mayor del que nunca podrían tener. La muerte de Antxo ha puesto punto final a una tregua que a duras penas había aguantado los últimos años; los ataques no tardarán en volver. Tiene que prepararse.

Y ahora Lander está aquí de nuevo, deambulando entre sus paredes, complicándolo todo. Tal y como se le prometió en su momento.

El joven soldado la escucha con atención, cada pequeño susurro en las oxidadas cañerías, cada gesto imperceptible en el espejo, y asiente —sí, es él; sí, ha vuelto— antes de apartar con delicadeza el libro que descansa sobre sus rodillas.

La irregular letra de cuando fue adolescente, «Diario de Lander», la forma de repetir las palabras que tantos disgustos daba a sus maestros, lo amenazan con un pasado para el que no está preparado aún.

En el piso de arriba, el familiar chirrido de una de las puertas le indica con un sobresalto que su padre ha entrado en el aseo. Hace semanas que marchó del frente, semanas desde que regresó siendo un hombre libre, pero todo cuanto le rodea parece empeñado en recordarle que parte de su mente continúa allí, atrapada entre los estallidos y los gritos de los muertos.

Busca el Informe de la Última Hora para confirmar cuánto tiempo pasará padre en el lavabo, cuántos minutos exactos le quedan para decidir si lo acompaña a la cama o permanece en el sillón para que el cansancio lo tumbe de nuevo.

La casa gruñe y le recuerda que está demasiado despierto e inquieto como para dormir. Cuando se queda en silencio, satisfecha, logra azuzar sus miedos internos con mayor intensidad.

Padre siempre decía que ojalá no tuvieran que ver de qué era capaz esta doncella de ladrillo y hueso.

Pero padre ya no dirá nada más.

Cuando Lander trata de levantarse, tembloroso, golpea sin querer la caja de madera azul, ahora en gran parte descolorida, que arrastró desde la parte trasera del sofá apenas un par de horas después de volver a su hogar. Esto desordena su contenido y lo encara con la cubierta de otro de sus diarios. Cuenta cuatro, ordenados por fecha, aunque el tiempo hace mucho que dejó de tener importancia ni sentido, y recuerda con claridad que su colección a medio entintar había llegado a alcanzar la docena.

Padre también solía garabatear en diferentes diarios, todos exactamente iguales, rojos con el lomo dorado. A veces se ponían uno al lado del otro, cada uno enfrascado en su trabajo, mientras el televisor rugía de fondo.

Lander intentó volver a la escritura durante las noches de guardia, cuando el silencio podía partirse en dos en cualquier momento, pero la tinta era tan negra y los pensamientos tan lúgubres que decidió prenderles fuego el día en el que se marchó.

Como si así pudiera exorcizar a los fantasmas que había despertado a su paso.

Y ahora esto. Fantasmas, también, solo que mucho más antiguos e ingobernables. No se había imaginado a sí mismo convertido en esa persona que arrastra el pasado como una roca que amenaza con derribarlo de un momento a otro, pero ahí están las rocas, y él es aún más débil que cuando se enfrentó a la página en blanco.

Esperaba tener que lidiar con ciertos recuerdos, claro; la casa era parte de él tanto como él lo era de ella, y padre… bueno, ¡padre era padre!

Pero esta caja repleta de historias, este regalo de bienvenida envenenado, lo enfrentaba a un antiguo Lander que hubiese preferido encontrar marchito a su regreso.

Aun así, vuelve a observar los diarios, la mezcolanza de documentos y fotografías, los recortes de periódicos con las páginas marcadas y subrayadas, y sabe que ordenar las piezas le dará la respuesta a una pregunta que retumba por ahora vacía en su mente.

El viejo suelo de madera se repliega, amedrentado, en cuanto levanta la caja para colocarla sobre sus rodillas. La casa vuelve a un primer plano, incapaz de decidir si el extraño con piel familiar debería husmear en asuntos que aún no le incumben. Lander observa la nube de polvo que despierta a su alrededor, pero en vez de miedo siente lástima. El deterioro de las paredes que le rodean es innegable. Hace mucho que nadie se toma el tiempo de pasar un paño por encima de las estanterías, repletas de figuras y vacías de libros, o trata de recuperar el brillo original de la mesa del comedor, demasiado grande para las dos personas que compartieron aquel lugar en otra vida.

El joven soldado aparta la caja a un lado, se incorpora con una mueca de dolor y cojea hasta el pie de las escaleras. Nunca se había planteado el porqué del tamaño de aquella casa, pero ahora, con la pierna transformada en un lastre, las distancias se le antojan océanos insalvables. Es posible que sus padres la construyeran con la idea de una gran familia en mente, un sueño que se vio truncado con rapidez.

Mamá vivirá por siempre.

No es su voz, no es la voz de la casa; quien habla es el pasado, testarudo en sus ecos. El joven decide ignorarlo y se apoya en el pasamanos. Al ver que la casa lo permite, vuelca todo su peso en él mientras escala peldaño a peldaño.

Uno de los tablones responde con un quejido muy humano.

—Perdón —se disculpa Lander.

A lo lejos, el grifo, la puerta del aseo, pasos cortos y viejos, la puerta del cuarto principal, los muelles del desvencijado camastro.

Se detiene en el umbral del dormitorio, incapaz de ir más allá, mientras el hombre, ya mayor, cierra los ojos.

«Buenas noches», piensa, pero no se arriesga a decirlo en voz alta.

Por si lo escuchara.

Por si llegase a contestar.

¿Cuándo envejeció tanto? ¿En qué momento se le acumularon los años de golpe hasta transformarlo en esta mortaja de piel y hueso?

El Informe de la Última Hora recomienda a los testigos acercarse todo lo posible al difunto para apreciar cualquier mínimo gesto que puedan considerar importante. Sin nadie que lo observe, no obstante, a Lander le resulta muy fácil convencerse de que esta distancia es más que suficiente, que no necesita cada arruga y cada herida de la piel de su padre clavada en la retina por toda la eternidad.

Al fin y al cabo, se trata de un círculo natural, ¿verdad? Una muerte tranquila y apacible…

El silencio que lo rodea es tal que Lander puede oír la respiración entrecortada de la casa y el pequeño vaivén que esta provoca en las paredes desconchadas. Antes de que él se marchase, las recordaba cubiertas de fotografías, retratos y paisajes, tantos que lo llenaban prácticamente todo. Ahora solo queda la cama, el armario, una estantería vacía y la mesita de noche del lado derecho, el lado de su padre.

Se deshicieron de la de madre al poco de perderla.

Ojalá se atreviera a entrar, aunque fuese en otro momento, para encender la lamparita que fue testigo del momento exacto en el que se desarrolló el espejismo al que se enfrenta ahora. La casa también podría encenderla, a pesar de que él no haya osado pedírselo de forma expresa. Ojalá.

Su padre parece cansado pero en paz consigo mismo, satisfecho incluso, como si hubiera alcanzado una meta importante que le permitiese descansar. Esta sensación, que ya creyó percibir la primera noche, lo atormenta cada día más.

El tiempo juega en su contra: la normativa ofrece un margen de una semana para analizar el círculo de una Última Hora antes de firmar el informe y darlo por bueno. Si no hay discrepancias con dicho informe, se levanta el testamento y se procede al entierro del difunto. Si las hay… bueno, entonces la cosa se complica y entran en juego temas burocráticos que Lander conoce únicamente de oídas. Pero ese no va a ser su caso; no puede permitirse que lo sea. Lleva demasiados días en ese pueblo que ya ha reconocido su olor y no tardará en lanzársele a la yugular.

Aun así, la cabezonería Herrera, la que le viene por parte de padre, no lo deja en paz. Le asaltan dudas, muchas dudas, y no solo porque lleve varios días combatiendo sin medicamentos una fiebre que lo transforma en una larva que apenas reúne fuerzas para abandonar la sala de estar y ver cómo su progenitor muere.

A través de la única ventana del dormitorio, el Bosque parece despertar de su letargo y murmura varios nombres al azar, aunque sabe de sobra cuál es el suyo. Está jugando con él. Lander está convencido de que el movimiento de los árboles no lo causa el viento, sino un estómago vacío que reclama aquello que se le prometió. La casa deja escapar un terrible rugido que lo silencia de inmediato, pero el soldado siente que no deja de observarlos en ningún momento.

—Gracias —le dice, y apoya su mano izquierda en la pared.

La casa duda: ¿se trata de una invitación?; pero está demasiado hambrienta para andarse con reparos y se aferra a la delicada carne de esa palma con

decenas de dientes invisibles. Lander soporta el dolor hasta que nota que la boca se repliega. Le gustaría que ella confiase en él tanto como él necesita confiar en ella, pero el tiempo sabe que ninguno de los dos será capaz de hacerlo hasta que no sea demasiado tarde.

Apenas un par de minutos después, tal y como se describe en el informe, su padre vuelve a abrir los ojos. Las venas palpitan como gusanos en sus pupilas, algo que Lander veía a menudo mientras buscaba supervivientes en el barro. Una solitaria lágrima le recorre la curva de la cara y resbala hasta el cuello. Padre abre la boca.

El informe indica que para buscar aire. El joven cree que para decir algo.

Entrecierra los ojos por culpa de la distancia e intenta imitar el gesto de los labios: «Tú»; «no». Cualquiera de las dos opciones se le antoja horrible. A continuación, los párpados caen, pesados, por última vez, y todo el cuerpo se relaja, apenas unos segundos, antes de desaparecer por completo.

Hasta la noche siguiente.

El joven soldado resopla, demasiado agotado como para hacer nada, demasiado despierto como para continuar navegando las antiguas pesadillas que lo aguardan en los diarios. Las manos le tiemblan tanto que supone que la casa también nota las vibraciones pero, si lo hace, prefiere mantenerse en silencio. No se quiere ni imaginar lo mucho que debe afectarla verse obligada a presenciar la Última Hora de su morador noche tras noche. Al otro lado de la ventana, el Bosque también permanece inerte.

Aprovechando el momento de quietud, Lander se desnuda allí mismo, en el vértice de la habitación, deja que la ropa caiga a sus pies y busca consuelo en una ducha que arde tanto o más que su frente. Las palpitaciones en su cabeza le insisten en que debería firmar el informe, darlo por bueno, y alejarse cuanto antes de ese maldito pueblo.

Antes de que sea tarde.

Los gritos le recuerdan que tampoco le debe nada a ese hombre al que llamaba padre, no desde hace muchos años. Debería huir, ese era el plan, es lo único que puede hacer; no importa si lo siente como un fracaso o como una rendición, ¡es su vida la que está en juego! Ya sumergirá las voces de su mente en gritos de alcohol, como hacen todos los condenados que sobreviven a una guerra diseñada para exterminarlos.

Pero el informe miente, porque no dice nada de las palabras que ha visto susurrar antes a su padre, y la sala está repleta de diarios antiguos e informes recién redactados, y todos los fantasmas del pasado lo señalan a él, ninguno a su padre.

¿Qué ha sido de los diarios de padre, por cierto? ¿Cómo es que no encuentra ni uno solo en toda la casa?

Y, a pesar del inminente peligro que lo acecha, no cree que exista brebaje lo suficientemente fuerte como para acallar tanto ruido.

Toma una decisión: el camino tendrá que esperar.

Resopla una vez más. Esto no es lo que había imaginado cuando le informaron de que su padre había fallecido y, por lo tanto, le otorgaban el único permiso existente para abandonar las trincheras.

Que necesitaban que se personase en el pueblo cuanto antes, vamos.

En aquel momento, poco le importó que la carta llegara sin firmar.



Mi padre siempre decía que uno mismo es el protagonista de su propia historia. No importa lo mucho que griten las voces que palpitan alrededor, ni lo fuerte que ruja la corriente que busca arrasarlo todo; a la hora de la verdad, las consecuencias recaen sobre uno mismo y las disposiciones que lo han llevado hasta ese momento y lugar.

Podría haber enterrado a mi padre en el cementerio y haber acabado así con una tradición estúpida, mitad superstición mitad costumbre, que por desgracia me llevaría a tomar la decisión por la que escribo estas palabras.

Podría incluso haber aprovechado el momento para desenterrar generaciones enteras del jardín, ahora sacrificado a los árboles y a las malas hierbas.

Sin embargo, preferí dejarme llevar por las heladas aguas del invierno, aquellas que apenas distan de los difuntos en sí, imitar unos pasos que ya se habían caminado un centenar de veces antes, y lancé sus huesos a un agujero cavado deprisa y corriendo mientras ella me observaba desde la ventana. Mientras, ahora lo sé, le pedía un hijo a un dios ausente.

Supongo que pensó en ello mientras su propia cabeza maquinaba en su contra, cuando el hilo de favores dio comienzo y una vez más nos dejamos arrastrar por una historia que no era la nuestra.

¿Qué le íbamos a hacer? Todo aquel que había decidido salirse del cauce, enfrentarse a lo que fuera que descansaba allí, podrido, había tenido un final tan horrible que siempre quedaba al margen de los cuchicheos y las conversaciones a altas horas de la madrugada.

Esas de las que nunca se aprende nada bueno.

Me lo confesó entre sollozos, como si fuese el mayor castigo que pudiera caer sobre esta familia. Supongo que también podríamos haberle puesto fin, a escondidas, lejos de aquí.

O tal vez no se nos hubiese permitido y todo habría acabado antes de dejar el pueblo atrás.

De nada sirve obsesionarse con eso ahora, ella lo sabe, yo lo sé; pero al menos habríamos tomado una decisión importante, los dos juntos, y evitado la cascada que poco a poco inundaría nuestra casa y nuestras vidas.

2

Lander saltó el desnivel entre el vagón y el andén con la sensación de que todo Urrun sabía de su llegada. La propia estación estaba repleta de gente que no parecía esperar a ningún tren en concreto y que, ciertamente, tampoco acababa de apearse del esqueleto vacío que había atravesado bosques y llanuras para traerlo hasta las puertas de casa. Resopló y trató de comprender que un lugar con más difuntos que vivos como aquel no recibía muchas visitas; que la suya, la del soldado que vuelve con vida de la terrible guerra, era la última que esperaban.

El acontecimiento del año, con toda probabilidad.

Aun así, mientras cojeaba los primeros metros y se detenía un momento a observar el hospital de la colina, aún erguido como un perenne guardián del pueblo, sintió incomodidad en vez de nostalgia. Sospechaba que era algo que ocurría de forma habitual, sentir vergüenza de las propias raíces, pero mientras continuaba hipnotizado por el edificio, allá a lo lejos, y los recuerdos regresaban en tromba, fue la decepción lo que se abrió camino hasta ocupar el primer plano.

Él era esa decepción.

Su madre había dado a luz en ese hospital en una época en la que Urrun parecía decidido a destacar entre el resto de los pueblos. De niño, mientras atravesaban la calle principal para acudir a una visita médica, los trenes llegaban cargados de personas anónimas que observaban el monstruo gris con admiración y una pizca de envidia. Ese edificio colocaba a Urrun en un nivel superior de vida que Gaumendi, Otazahar u otra de las aldeas cuyo nombre solo conocía debido a la escuela.

Nunca había salido de Urrun y, si todo iba bien, nunca tendría que hacerlo.

Hacía muchos años que nadie se desplazaba hasta allí. En parte, le

sorprendía que el hospital continuase vivo, todas sus luces encendidas como un faro para almas rezagadas.

—Lander. —Su nombre vino acompañado por un escalofrío tan fuerte que por un momento sus piernas se negaron a soportar el peso de su cuerpo y creyó que caería al suelo allí mismo, rodeado por ojos curiosos que, siendo sinceros, no se acercarían a ayudarlo.

Para una gran parte de los allí presentes, no era más que un desconocido con las ropas raídas y embarradas, la cara desencajada por el hambre y el horror y la guerra marcada a fuego en la carne y la mente.

Logró recomponerse sin tener muy claro cómo mientras buscaba una cara conocida a su alrededor, alguien que pudiera haberle llamado. Al ver que no era el caso, suspiró de nuevo, trató de recordarse a sí mismo que ya no estaba en peligro o, al menos, no en *ese* peligro, y se dirigió hacia la calle principal, la arteria que partía el pueblo en dos. Todavía se encontraba lejos de casa, y las miradas de los vecinos auguraban un caminar lento y agotador. Por si fuese poco, la pierna se resistía a cada paso como si comprendiera que dejaba atrás la estación y, por consiguiente, la única vía de escape.

Toda persona con la que se cruzaba parecía haber modificado su rutina para decir que lo había visto llegar; que lo había saludado; que, como una señora que no conocía de nada, había decidido esperar horas en un banco para poder darle el pésame en persona. Nadie parecía real, sino parte de un decorado del que creía haberse librado tiempo atrás. Se preguntó cuánta gente hablaría de su cojera, del extraño gesto en el brazo derecho, de las mutilaciones que no perdía el tiempo en ocultar.

«Uno de los nuestros regresa de la guerra», se oyó pensar, porque necesitaba que alguien se sintiera orgulloso de aquel hecho. «El único de los nuestros lo suficientemente cobarde como para huir en dirección a una guerra», se corrigió a sí mismo.

Sí, aquello era mucho más probable, aunque tampoco es que quedase nadie que pudiera haberse alegrado de verlo una vez más, porque la única persona que podría haberlo hecho repetía ahora su círculo noche tras noche tras noche.

En su ausencia, el pueblo de Urrun no solo no había cambiado, sino que parecía haberse rendido frente al océano verde que lo comprimía cada vez más. Rezó porque la guerra lo hubiese transformado lo suficiente como para que el Bosque no lo reconociera, que no había sido él quien lo había convocado nada más salir de la estación, pero decidió que lo más sensato sería no ponerlo a prueba y permanecer lo más lejos posible de sus dominios.

Llegar a casa, firmar el Informe de la Última Hora, desaparecer.

Encontró un par de casas nuevas en terrenos que recordaba vacíos, suponía que para albergar familias que habían aumentado en número durante su ausencia. Había también quien había decidido renovar su hogar o al menos cambiar su apariencia con una nueva capa de pintura. En general, sin embargo, la gente parecía seguir fiel a una rutina que apenas había cambiado en lustros: se reunían en la entrada de las tabernas, pote en mano, descansaban bajo los arcos de la plaza con la excusa de un mus o un chinchón, justo al lado del ayuntamiento, o disfrutaban de una tarde de cuchicheos y algún que otro bollo de la repostería de los Zubeldia, comercio que Lander dejaba ahora mismo atrás mientras las voces pasaban de susurros a un enjambre de abejas y algunos vecinos llegaban incluso a señalarlo.

Este es un hecho del que ni siquiera se dio cuenta, ya que su mente había ido ofuscándose en un detalle aterrador con rapidez: no lograba reconocer a ninguno de los nuevos muertos que, como una epidemia, plagaban las calles del pueblo. Surgían de todas partes y en todas direcciones, la mayoría asustados y a la carrera, y un gran porcentaje desaparecía más allá del linde de los árboles. Los vivos los miraban de soslayo por si se acercaban más de lo deseado, pero no parecían sorprendidos ni preocupados. Lander comprendió con rapidez que ninguno de estos difuntos pertenecía a la población de Urrun, pero se multiplicaban a cada paso, más y más y más, como si la guerra hubiese después de todo alcanzado ese pueblo perdido en medio de la nada y él solo llegara a ver los últimos retazos del lienzo.

Se detuvo en medio de la avenida, desafiante, y esperó a que uno de ellos lo atravesase de lado a lado. Unas mujeres que se le acercaban en ese preciso momento dieron un respingo, visiblemente alteradas, pero el muerto continuó con su camino y Lander, al ver que solo lo abordaba una desesperación total e incomprensible, con el suyo, demasiado acostumbrado a esta gélida sensación en las entrañas como para darle más importancia que ese sentimiento inservible que el muerto había compartido con él.

Urrun conocía a esta gente, concluyó, pero no les apenaba su marcha.

Igual que en el pasado.

Su falta de reacción también sería un gran tema de conversación horas después, porque la guerra lo había devuelto vacío, impasible ante la muerte, y esto podía llegar a ser peligroso. Al fin y al cabo, se trataba de un Herrera. No podían permitirse ningún tipo de sorpresa, no ahora que las cosas empezaban a marchar como debían una vez más.

Vigiladlo, pero que no se salga de su camino. Empujadlo, si es necesario, en la única dirección correcta. Que no vea el precipicio hasta que los pies no dejen de tocar el suelo.

La verdad era que Lander se transformaría en la única conversación del pueblo en apenas unos días. Muchos vecinos sentirían auténtica curiosidad

por la guerra, por lo que allí había visto y vivido, pero nadie se atrevería a preguntárselo por la misma razón por la que ningún conflicto semejante alcanzaba nunca Urrun: el Bosque.

Así que Lander se guardaría para sí tanto las anécdotas como las terribles pesadillas y los paseos nocturnos a través de campos anegados de difuntos. Nadie sabría de la maldición de los soldados, la que los obligaba a repetir el mismo día una y otra vez, noche tras noche, hasta que sus espejismos se transformaban en una muesca más de un círculo incompleto y terrible. Un general les ordenaba que evitaran ciertas zonas durante las últimas horas de la tarde, mientras el mundo se tornaba rosa y brillaba como las puertas del cielo, porque la masacre había sido tal que los muertos de un bando y otro se apilaban los unos encima de los otros, transformados temporalmente en grotescas criaturas solapadas por apenas unos segundos.

Cuando Lander llevaba ya un par de meses en el frente, parte de su grupo despertó en plena madrugada, convencidos de haber oído el caminar del enemigo alrededor de las tiendas de campaña. Discutieron, porque Lander sabía que se trataba de un eco y unos pocos le daban la razón; a partir de aquel momento, verían al grupo al que le pudo el orgullo cada vez que el sol los abandonaba, porque su incursión los llevaría tras los pasos de cinco o seis desertores que, perdidos en medio de la noche, acabaron desplomándose por un acantilado.

Y ellos, detrás.

Innumerables noches enfrentándose a un espejismo mudo con el que no podían razonar, siendo testigos de cómo aquellos a los que habían llamado compañeros marchaban en busca de la gloria. Pidieron levantar la tienda en otro lugar, el que fuera, antes de que perdiesen la cabeza, pero no se dignaron a contestarles siquiera.

Nadie hablaba nunca del daño que los muertos causaban en la psique de los vivos, pero al menos los primeros se esfumarían a intervalos irregulares durante los próximos años y tan solo quedarían los segundos, marcados a fuego en lo más hondo de sus entrañas por miedos y dolores que tal vez ni siquiera les perteneciesen del todo.

Si los muertos no desaparecen, los vivos no descansan, y Lander era la viva imagen de ello, un esqueleto famélico y cojo que de algún modo se arrastraba todavía a través del mundo de los vivos, y que al mismo tiempo sufría los mismos bucles fantasmales que los muertos. Un ruido, un destello, y estaba de vuelta en el barro enrojecido por la sangre, los nudillos blancos de apretar el arma contra el pecho.

Pero lo dicho, las guerras nunca alcanzaban Urrun, ese pequeño oasis rodeado de verde. El Bosque siempre cuidaba de ellos, ¿por qué iban a preocuparse de lo que ocurriera más allá de sus fronteras? Y este despojo de carne roída que todavía cruzaba la calle principal no iba a quebrantar ese

sagrado equilibro; no le brindarían la oportunidad.

—Lander. —El joven alzó la cabeza, inquieto una vez más por la sensación de que algo pronunciaba su nombre. Miró a un lado y al otro y trató de tranquilizarse, porque cualquiera de las personas que lo rodeaban podían haberlo llamado en un tono más alto de lo deseado.

Sin embargo, el miedo que tenía alojado en la garganta le aseguraba que no era el caso. Fijó la mirada en las últimas casas al sur, en la incipiente línea de árboles que, a primera vista, parecía haberse adueñado ya no solo de los patios traseros, sino de parte de la estructura.

—Lander. —Se giró entonces hacia el norte, vio que la situación se repetía y comprendió de inmediato que el cerco era para él. Intentó convencerse de que todavía quedaba alguna posibilidad de que el Bosque no lo hubiese reconocido. Apretó el paso, lo cual solo significaba forzar su pierna hasta la extenuación y apenas arañarle segundos al reloj. Llegaría a casa, firmaría el informe y cogería el primer tren que lo sacara de aquí.

El característico ruido de un afilador volvió a sacarlo del bucle. Se acercó a los arcos de la plaza del ayuntamiento con lentitud, casi a hurtadillas, como quien está a punto de encontrarse cara a cara con una triste revelación.

Un grupo de leñadores, compuesto de unos diez o doce miembros, ocupaba gran parte de los bancos del lugar e intentaba mantener una conversación por encima del chirrido del metal contra la piedra. Lander sintió que la cabeza le hervía de ira antes incluso de detenerse del todo. ¿La revelación? Que su maldito pueblo no había cambiado en absoluto. Si todavía le quedaba alguna duda después de haber observado a los muertos, esta era la prueba definitiva de que algunas tradiciones no solo mueren, sino que matan.

—¡Eh, soldado! —lo llamó uno de ellos, un hombre de tamaño descomunal que se adhería con demasiada exactitud a la descripción mental que uno tiene de un leñador. Resultaba evidente que era una especie de capataz de todo el grupo y, si no fuera por la amable sonrisa que se entreveía por debajo de su frondosa barba rojiza, habría tenido un aspecto aterrador: la piel de su rostro y brazos estaba resquebrajada por el sol en parches de diferentes tonalidades, y unas ojeras terribles le enmarcaban los ojos en tonos morados y negros y descendían hasta perdérsele en la barba. A Lander le recordaba a uno de los generales con los que había compartido campo de batalla, un pobre hombre que repetía ahora el círculo de una maniobra que se había saldado con decenas de muertos, él incluido.

Mientras el gigante se aproximaba a él, esquivando a un par de compañeros que se giraron a mirarlo, Lander se preguntó si existía forma alguna de evitar la conversación y continuar su camino. No sabía qué le iba a preguntar, qué esperaba de él, pero no podía permitirse hundirse en el fango,

no si quería salir con vida de Urrun. Llegar, firmar…

—Me llamo Jonás. Encantado de conocerte —lo saludó, y el fuerte apretón de manos (con la mano izquierda, porque esta era la mano que Lander siempre ofrecía a pesar de que aquello desorientase a la gente durante un segundo) indicó a Lander que, efectivamente, aquel hombre podría partirlo en dos si así lo quisiera.

—Lander —contestó él, escueto, la mano aún secuestrada en el apretón. El hombre apoyó su otra mano en el hombro del joven y se agachó hasta quedar a su misma altura. Tal vez sin quererlo, tal vez adrede, lo tenía ahora inmovilizado por completo.

—Oye, mira, no quisiese ser indiscreto, pero no necesitarás unas pocas monedas para asentarte aquí en el pueblo, ¿verdad?

La primera reacción de Lander fue la de retroceder, pero no logró hacerlo. Le chocó su franqueza y, de inmediato, le tranquilizó la manera en la que el gigante había encauzado un tema de conversación tan delicado. Los pocos desertores que no morían en una lluvia de plomo buscaban pueblos similares a Urrun para encaminar su vida de nuevo, algo que nunca resultaba fácil y siempre traía consigo la incógnita de si algún vecino daría la voz de alarma a cambio de una recompensa. Tampoco le sorprendió que aquel fuera el matiz que desprendían sus ropas raídas, la mochila cubierta de polvo, que llevaba a la espalda, o las ojeras que con toda probabilidad no fuesen tan diferentes a las de Jonás. Sin contestarle, tanteó con la mirada cuántos de aquellos leñadores serían en realidad soldados que se habían negado a transformarse en un mero círculo.

—Necesitamos hombres jóvenes y fuertes que nos ayuden a despejar el bosque y, la verdad, está muy bien pagado.

—¿Perdón? ¿Este Bosque? —Señaló al monstruo verde que los observaba desde todas partes y volvió a pensar en los desertores. Ojalá los hubiera alcanzado el plomo antes de encontrarse en las fauces de Urrun.

A lo lejos, los árboles bailaron ante la mención, un testimonio más del control que tenían sobre el pueblo. Una antigua voz volvió a llamarlo por su nombre y le recordó una deuda pendiente. Qué curioso, no parecía la misma que lo había estado llamando hasta el momento.

Lander se sacudió el temblor de encima y trató de concentrarse en Jonás, cuya sonrisa se ensanchaba por momentos.

—¡No me digas que eres de aquí! —Parecía encantado. No duraría mucho. Lander todavía estaba a tiempo de cortar la conversación por lo sano, despedirse y adelante, adiós, pero, aunque había logrado romper el apretón, la mano sobre el hombro bien podría haber sido una pesada cadena de hierro—. En efecto, muchacho. Nos han llamado porque un área bastante amplia de bosque se ha visto invadida por una terrible plaga de procesionaria, y quieren que limpiemos la zona antes de que vaya a más. Serán unas pocas docenas de

árboles por donde queda el cementerio, por lo que creo que tenemos tiempo de hacerlo antes de que se acerquen a las casas. Estos bichos pueden ser nocivos, sobre todo para animales y niños, así que es lógico que nos hayan avisado con tanta urgencia. —Lander asintió, nervioso. «Os están mintiendo», quería gritar. «Esos árboles siempre han estado enfermos. Así es como se protege a sí mismo, es como evita que cualquier peligro se acerque a su corazón». Pero sentía al mismo tiempo los ojos de todos los vecinos sobre su persona y no se atrevía a predecir qué podrían hacer si desvelaba semejante secreto.

Además, no los conocía de nada, no les debía nada.

Al contrario que al Bosque.

—No os puedo ayudar, lo siento —contestó. Le temblaba la voz, pero esperó que creyeran que se trataba de aflicción y no pánico—. He tenido que venir del frente porque mi padre… —Se le quebró la voz, así que dibujó un círculo con la mano derecha. Un par de leñadores reaccionaron ante la mutilación de esta. No había perdido los dedos por completo, pero a casi todos les faltaba un pedazo o dos, repartidos a lo largo como si un buitre los hubiese confundido con carnaza. El dedo índice y el meñique no tenían uña. Al dedo anular le faltaba falange y media, y la amputación había sido tan tosca que tenía una terminación irregular. El propio Jonás se quedó mirándola antes de acunarla con ambas manos.

—Lo entiendo a la perfección y siento mucho tu pérdida, aunque no negaré que me alegro de que esta tragedia te haya permitido dejar la guerra atrás. —Un par de leñadores asintieron—. Si en algún momento necesitas descansar del papeleo, o del círculo, o simplemente quieres blandir un hacha contra algo que no pueda defenderse, puedes buscarnos por allí.

—¡Eso de que no pueden defenderse es mentira y lo sabes! —gritó de pronto una voz aguda, joven, seguida de cerca por unos cuantos cuchicheos de «Abreu, cállate» y «pero, Abreu, ¿qué haces?» que Lander no supo encontrar. Quien había hablado, y parecía esperar unas palabras de respuesta no por parte de su capataz sino de Lander, era un chico de edad muy parecida a la suya, de cabello castaño lleno de barro y suciedad y un vendaje que le comenzaba en el hombro y bajaba hasta la mano derecha.

—Bueno, sí, de acuerdo —bufó Jonás, harto del tema—. Técnicamente sí que se defienden, porque si uno no va con cuidado los nidos de procesionarias se te vienen encima. —Lander, que se mantuvo callado, lo sabía bien, pero el gesto del tal Abreu indicaba que no se sentía satisfecho con que Jonás hubiese contestado, que quería escucharlo a él, a Lander, el que no solo ocultaba la verdad sino que los estaba condenando a todos.

—Quiero decir que hemos trabajado en muchos bosques y nos hemos ocupado de diferentes plagas, pero ninguna actúa como esta. —Miraba con el ceño fruncido al soldado, que aprovechó el momento para fijarse mejor en las

facciones de adolescente que sobresalían del camuflaje de un cuerpo ya adulto debido al trabajo.

Demasiado niño para el destino que lo aguardaba por una recompensa que nunca llegaría a ver. Especialmente jugoso para un monstruo al que le gustaba alimentarse de carne, pero relamer el miedo.

—Ah, ni caso a lo que diga Abreu, soldado. Él, y como él otros compañeros, dicen, o más bien sospechan, que el bosque está… —Jonás volvió a bajar la voz, y a Lander le pareció que enrojecía, abochornado de tener que hablar de un tema semejante—… maldito. ¿Te lo puedes creer? Porque yo en todos mis años de tala no me había visto en otra igual.

«No lo sabes tú bien», pensó Lander.

—¡Los nidos se tiran sobre nuestras cabezas, Jonás! —gritó Abreu, a quien ya le daba igual haberse transformado en el centro de atención de la plaza. Se lo veía muy agitado, como quien sabe que es el único cuerdo en un mar de locos. Buscaba en todo momento la mirada de Lander, la única otra persona de edad parecida, su complicidad, en un comportamiento que el soldado reconocía del frente, cuando los reclutas más jóvenes se agrupaban entre ellos nada más llegar, sin conocerse siquiera, por el simple hecho de tener algo en común. Sabía que tenía que cercenar dicha conexión cuanto antes.

—Casi parece que los árboles se muevan —continuó el leñador—. No sé muy bien cómo explicarlo, pero parece que nos empujen hacia un lugar concreto. —Jonás negaba con la cabeza una y otra vez. Lander intentaba que no se le notara el miedo, pero podía sentir cómo la sangre lo traicionaba y abandonaba sus facciones.

Aunque se mantuviesen ocupados en sus diferentes quehaceres, todos los vecinos allí presentes estaban atentos a la conversación, preparados para actuar si llegara a ser necesario.

—¿Tiene sentido? —preguntó en dirección a Lander. Este se cruzó de brazos con rapidez para marcar distancia entre ambos. Abreu comprendió la postura y agachó la cabeza. Lander no podía responder a esa pregunta. Tampoco es que quisiese. No los conocía de nada, no les debía nada. Él nunca se había acercado al grupo de jóvenes mientras las bombas restallaban contra el suelo y borraban personas. No, él siempre había sabido que lo más importante era sobrevivir. A la guerra, al Bosque, a la nada.

Ir a casa, firmar el informe, salir de allí.

—No mucho, la verdad —contestó, después de lo que pareció una eternidad de silencio artificial. «Cobarde, mentiroso»—. Conozco historias de gente a las que les ha caído un nido de procesionaria encima —a sí mismo, por ejemplo—, pero lo de los árboles no… no sé qué decirte. Llega tan poca luz que podría dar la sensación, supongo. —Abreu intentó añadir algo más, pero Jonás se interpuso entre ambos para dar la conversación por zanjada.

—Encantado de conocerte, Lander. —El Bosque resonó en ecos de su

nombre, paladeándolo. La otra voz también—. Lo dicho, si en algún momento crees que te pueden venir bien unas monedas…

—Gracias, Jonás. —«Y adiós para siempre», respondió su mente mientras colocaba la pierna derecha delante, tanteaba si podía ponerse en marcha después de todo este rato de pie y cojeaba con lentitud en dirección a casa. Abreu lo siguió con la mirada, atento a la calle que tomaba y que le permitía continuar viendo su figura encorvada mientras el ruido del afilador volvía a alzarse a su alrededor, y tomó nota mental del trayecto.

Los vecinos se apartaban de Lander. Los árboles se carcajeaban de él. Ir a casa, firmar el informe. Ahora que esconderse del Bosque resultaba impensable, cabía la posibilidad de que ni siquiera sobreviviese a la primera noche.



Hay algo malo que vive en el bosque y papá nunca nos deja acercarnos a Erio y a mí. Creo que dice mi nombre, noche tras noche tras noche, pero papá dice que no crea nada de lo que explica, que el bosque dice muchas mentiras. A mamá tampoco le gustaba el bosque y siempre tenía las ventanas de casa cerradas, aunque hiciera mucho calor. Las ramas golpeaban contra los cristales y ella se enfadaba porque los árboles no se pueden mover y no hay árboles cerca de casa, papá los cortó todos, pero yo también oía el ruido, así que era verdad que estaban aquí otra vez. Luego mamá se ponía triste y papá me decía que fuese a jugar a mi habitación para después cerrar la puerta con llave e impedir que me escapara a la calle a jugar con Erio.

Papá dice que mamá vivirá por siempre, y creo que lo hace porque cree que ya no me acuerdo de ella, pero no es verdad, porque siempre está aquí, en casa, conmigo.

3

Por mucho que lo intentase, Lander no lograba recordar un favor del Bosque que hubiera salido tal y como se esperaba. Incluso cosas tan sencillas como un nuevo animal de carga o una buena cosecha terminaban retorciéndose de tal forma que el vecino en cuestión tenía que seguir pidiendo favores, uno detrás del otro, hasta que le era imposible dar un pago que no involucrase su propia vida.

Y, aun así, las familias no solo no intentaban alejarse del Bosque, sino que lo buscaban todavía con más ahínco, convencidas de que ellas obtendrían ese final feliz que a otros se les escurría entre los dedos.

Una rueda de favores que poco a poco rediseñó al pueblo a su imagen y semejanza.

Pasaron años hasta que alguien pensó en la forma de ponerse a salvo, de evitar que la familia tuviera que pagar con carne: entregar otra alma como sacrificio. Una locura más en un pueblo condenado desde el momento en el que alguien, mucho tiempo atrás, se dio de bruces con aquella tumba sin nombre que coronaba el corazón verde.

Pero ¿quién mataría a un vecino, a un conocido, por un favor? ¿Y qué sería de esa persona cuando el resto del pueblo supiese lo que había hecho?

Y aun así alguien tuvo que hacerlo, y algo tuvo que pasar, porque al poco, según se oye todavía en algunas tabernas, otro alguien se aventuró con la siguiente pregunta lógica: ¿por qué no sacrificar a alguien desconocido, a alguien que ni siquiera perteneciese a Urrun?

El caso de los leñadores, por ejemplo. Jonás, Abreu y el resto significaban para Urrun una nueva docena de favores a cambio de nada, porque nada físico los ataba a ellos y por lo tanto no habría consecuencias directas. Lo que sí había que hacer era estar atentos, concentrarse en uno, dos de ellos, ver

cuándo desaparecían de entre las filas de trabajadores y entonces correr y ser el más rápido para pedir la siguiente idiotez por el alma consumida. Con un poco de suerte, si jugaban bien sus cartas, el capataz buscaría más voluntarios que cayesen en la misma trampa. Unos pocos favores más. Y, teniendo en cuenta el punto en el que los habían puesto a trabajar, en los aledaños del cementerio, puede que ni siquiera tuvieran que cruzarse con los círculos de sus espectros una vez convertidos en carnaza.

Un plan sin fisuras. Una enajenación colectiva que se había asentado con tanta naturalidad que nadie pensaba más de un instante en ello.

Hasta que Lander Herrera apareció en el pueblo para firmar el Informe de la Última Hora de su padre. ¿Quién le había avisado de su muerte? ¿Y por qué? Los Herrera, que presumían de mantenerse al margen del Bosque y sus favores, nunca habían sido gente de fiar.

Al soldado no le extrañó que unas pocas personas lo siguiesen a una distancia prudencial mientras hacía el resto del trayecto. Lo que no sabía era que los vecinos tenían, en parte, razón.

No debería poner su vida en juego por según qué Herrera.

El tumulto de casas cedió el paso a unas pocas más, de mayor tamaño y rodeadas de terreno cuidado hasta una perfección artificial, y estas a otro par, desatendidas y a medio derruir, que marcaban el linde de lo que se consideraba la zona central del pueblo.

Lander cogió aire y se detuvo un instante, temeroso de la reacción de su cuerpo frente a lo que venía ahora.

Ante sus ojos, una gran esplanada repleta de barro, zarzas y arbustos, abandonada y en desuso desde hacía ya varios años. En su mente, sin embargo, el yermo estaba ocupado por una gran carpa azul y amarilla, colores ya gastados desde el día de su instalación; a su alrededor, diminutas casetas de madera y algún que otro carromato. Al fondo, en un espacio separado por altas vallas de metal, las jaulas de los animales, un sin parar de gruñidos, aullidos y graznidos.

El olor a palomitas se mezclaba con el de las manzanas de caramelo, demasiado dulces para su paladar.

Los vecinos iban y venían, algunos de paseo con toda la intención de atisbar las bestias sin tener que pagar por ello, otros ocupando ya su lugar en la cola para entrar a la siguiente función, personas que negaban con la cabeza y ponían los ojos en blanco frente a la desfachatez de esos paseantes caraduras. Los niños corrían en grupo de un lado para el otro, eufóricos. Varios rebuscaban calderilla en sus propios bolsillos y algún que otro granuja lo intentaba en bolsillos ajenos; cualquier cosa con tal de entrar y poder hablar del espectáculo con sus amigos al día siguiente.

Los artistas, la gran mayoría oriundos, saludaban a unos y a otros mientras fumaban a toda prisa ese último cigarrillo que apagaba los nervios previos a la

función. Lander los recordaba sonrientes y orgullosos, cada saludo casi tan preciado como los aplausos que recibían al finalizar su acto.

Aquella noche el viento soplaba con tanta fuerza que su padre les había advertido que los organizadores podrían verse obligados a suspender el espectáculo, y que no por ello tenían permiso para enfadarse.

Pero la función había seguido adelante.

Por última vez.

Lander volvió a ponerse en marcha cuando notó que el hedor a carne quemada lo ahogaba en el presente. Sospechaba que aquel lugar aún tendría algo de poder sobre su persona, que todavía comandaría sus miedos y dudas, pero, al contrario que el Bosque, se trataba de un lugar muerto, y así debía continuar. No necesitaba despertar a más fantasmas.

Casi como una respuesta, la antigua casa de Erio, ahora un barrizal en el que todavía sobresalían los cimientos de la estructura, emergió a su izquierda. Nunca había estado en su interior; Erio siempre se había mostrado contrario a que su madre charlase más de lo debido con Lander o su padre, pero siempre se la había imaginado oscura y sucia, repleta de telarañas y rencor.

Al igual que la familia de Erio, padre siempre quiso vivir apartado del centro del pueblo. Del ruido innecesario y de las miradas aún más innecesarias, decía, pero esta última cuesta, por minúscula que fuera en la realidad, amenazó con derrotar a Lander, que después de unos minutos al fin se detuvo frente al que había sido su hogar.

Resopló.

Durante el viaje se había concienciado, o lo había intentado al menos, de que el luto por la muerte de padre habría deteriorado la casa, que nadie se habría ocupado de ella como mínimo desde entonces y muy probablemente desde mucho antes, pero una vez más la realidad era peor de lo imaginado: las paredes de madera habían llorado tanto que el color se desprendía en ráfagas hasta el suelo; el jardín se había transformado en un hambriento pozo de malas hierbas, lo que había permitido, ahora sí, que el Bosque avanzara hasta casi llegar a la puerta principal.

«Peligroso», pensó Lander. «Muy peligroso». Una de las primeras cosas que haría al entrar sería atrancar todas las puertas que daban a la parte trasera del edificio y así evitar visitas inesperadas.

El tejado se caía a trozos. Sintió el impulso de apartar de una patada un par de tejas que se habían hecho añicos en mitad del camino, pero estaban demasiado lejos de la estructura para que la caída hubiese sido cosa del tiempo, por lo que decidió esperar.

La nada parecía observarlo, amenazante. No vio a nadie, una de las partes positivas de que los pocos vecinos de alrededor fueran ancianos y viudos que apenas abandonaban sus casas.

Cogió aire y aguantó la respiración todo lo que pudo antes de convencerse

a sí mismo de lo que tenía que hacer. Se agachó con cuidado y rozó una de las tejas con la mano sana.

La casa despertó de su letargo con un escalofrío de polvo y el rechinar tanto de hierro como de cristales. El soldado suspiró, aliviado, porque temía haberla perdido en su ausencia, y al mismo tiempo adquirió una posición defensiva, preparado para retroceder en caso de que el duelo la hubiera hecho enloquecer y decidiese atacar.

Resultaba evidente que apenas le quedaban fuerzas; demasiado tiempo sin comer. Pero aun así las paredes empezaron a temblar ante ese visitante imprevisto; tanto, que levantaron una terrible nube de tierra y polvo que lo engulló por completo como si se enfrentara a una tormenta de arena en el desierto. Lander oyó cómo restallaban los cristales y echó cuerpo a tierra para protegerse de la lluvia de vidrio. Su cuerpo reaccionó frente a la metralla con un grito desgarrador, pero fue su mente la que lo redujo a un amasijo de carne y lágrimas.

Cuando la tormenta hubo amainado, la casa se encontró cara a cara con la mano mutilada, la pierna destrozada y un sollozo que reconocía demasiado bien, por lo que se detuvo en el acto, agotada por el esfuerzo. Las paredes lloraron una vez más. ¿Qué le habían hecho a su pequeño? Y la puerta principal se abrió de forma tímida, apenas un palmo, para ofrecerle cobijo.

Lander se incorporó con lentitud y comprobó que no tenía ninguna herida. Los cristales de la casa estaban intactos. Algo en su interior se negaba a entrar, a volver a la madriguera de la que con tanta sangre y sudor había escapado. La carta indicaba que el Informe de la Última Hora se encontraba allí, en un mueble junto a la entrada. Firmarlo, huir. Los árboles empezaron a llamarlo y a burlarse de él. Una sombra cruzó no muy lejos de su espalda. La puerta principal se abrió un poco más, apremiándolo a ponerse a salvo. El menor de dos males.

—Lander Herrera, ¿eres tú? —El joven se giró sorprendido. El hombre que lo había llamado era un señor ya anciano que apoyaba todo su peso en un maltrecho bastón y se sujetaba las gafas con una mano, como si así pudiera distinguirlo con mayor nitidez.

—¡Señor Guridi, qué sorpresa verle! —Los años no habían sido amables con él. Tampoco es que hubiese destacado alguna vez por su robustez o su porte, pero había perdido todo el pelo y las arrugas marcaban cada línea de tristeza en su rostro demacrado. Fue la mirada la que lo hizo reconocerlo, de un azul tan claro que de niño siempre había creído que tenía los ojos grises. Y cuando su padre le decía que eso era imposible, que no existían los ojos de ese color, él argumentaba que era un caso especial, porque se habían vuelto así de tanto apoyarse en la lente de la cámara de vídeo con la que filmaba las funciones del circo.

Para él tenía toda la lógica del mundo.

—Esperabas encontrarme caminando mi Última Hora, ¿eh? —contestó el viejo, y lo amenazó con el bastón de forma cariñosa.

«Habrías sido el único difunto del pueblo que podría haber reconocido», pensó Lander, aunque una parte de él estaba convencida de que habría pasado de largo sin más miramientos.

—Sabía que no sería el caso, señor —contestó, tratando de ser amable—. Aguantó a medio pueblo función tras función, se merecía una vejez tranquila. Me alegro mucho de verlo en tan buen estado. —La mentira de las últimas palabras brotó casi como una pregunta, por lo que Lander tuvo que reaccionar con rapidez—. ¿Dónde ha dejado a la señora de la casa, por cierto?

—Ay, hijo, me temo que mi Anna sí que ha entrado en el… —Dibujó un círculo en el aire con el bastón. Todo su cuerpo tembló al perder el punto de apoyo.

—Vaya, lo lamento de veras. ¿Fue hace mucho…? —Elegante forma de preguntar si continuaba viendo a diario el espectro de quien había sido el amor de su vida.

—No tanto, hijo, no tanto. Ya me han dicho que Antxo, bueno, que tu padre también… ya sabes. Ley de vida, supongo.

—Ley de vida —repitió Lander. El señor Guridi y su padre tenían una edad parecida, pero no lograba imaginar cómo era posible que fuesen tan mayores. ¿Cuántos años había perdido en la guerra? ¿Por qué le resultaba tan complicado calcularlo?—. Perdón, ¿qué me decía?

—Preguntaba si había sido un círculo natural.

—Sí, sí, eso parece. No he… no he entrado en casa todavía, ni siquiera he visto el informe, pero la carta no parecía dejar lugar a dudas.

—Eso está bien, está muy bien. ¿Ocurrió en casa? —Lander asintió, aunque le sorprendía que un amigo íntimo como el señor Guridi, en un pueblo tan pequeño como aquel, no lo supiese de antemano. Tal vez estuviera siendo cortés, nada más—. Entonces está bien, está muy bien. —El rostro del anciano se ensombreció. Repetía las mismas palabras, una y otra vez, está bien, está bien, como si algo no le permitiese estar atento a la conversación. Las arrugas alrededor de la boca marcaron todavía más su congoja.

—¿Anna no fue…? —preguntó Lander, algo que le sorprendió a sí mismo. Qué entrometido. El anciano, también extrañado, tardó un par de segundos en contestar.

—Prefiero no molestarte con los detalles ahora. Ya… ya lo hablaremos más adelante.

—Lo siento muchísimo.

—Nada, hijo, nada, no te preocupes, de verdad. Uno se acaba acostumbrando a todo. ¡En fin! No te quiero entretener más, que seguro que tienes mucho que hacer. Si necesitas cualquier cosa mientras estés por aquí, que sepas que puedes pasarte por casa cuando quieras. Si por ejemplo hay

alguna cosa de los documentos que no tienes claro, o que no sabes… Y no hace falta que avises, ¿de acuerdo? Supongo que recuerdas dónde vivimos. —Lander intentó no reaccionar ante aquel plural, «vivimos», pero no lo logró del todo. Asintió un par de veces mientras el hombre continuaba hablando, alargando una despedida que hacía ya un buen rato que podría haberse dado por finalizada. Necesitaba hacerle una pregunta, esa pregunta, pero no sabía hasta qué punto podía confiar en él.

Un hombre que había visto semana sí semana también en las inmediaciones del circo, que los había invitado a cenar a su casa, que hablaba con su padre hasta las tantas de la madrugada, que había conocido a su madre, que lo había apoyado en todo momento… ¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué no lograba quitarse de encima la sensación de que las raíces del Bosque lo tenían atrapado?

—¿Ha visto a los leñadores?

—¿Sabes que han venido unos leñadores? —preguntó el señor Guridi al mismo tiempo.

Lander lo hizo de forma tímida, dubitativa, como quien sabe que está a punto de cometer otro grave error. La pregunta del anciano, sin embargo, parecía provenir de un impulso aplacado con anterioridad, como quien lleva rato dando vueltas alrededor de un tema, tratando de sonsacar la información necesaria, y a la vez sabe que está a punto de transformarse en el padre que ha de advertir de algo a su hijo. O que ha llegado demasiado tarde para hacerlo, porque en cuanto sintieron la pregunta en boca del otro, el señor Guridi cerró los ojos, tal vez decepcionado, tal vez molesto de no haber llegado a tiempo. A Lander nunca se le había dado bien leer las emociones en los rostros de otros.

El viento bufó de repente y sacudió al hombre con tanta violencia que Lander creyó que podría derribarlo. El Bosque gruñía, molesto, y cualquiera de los dos podría haber sido el causante. El viejo aguantó la embestida e intentó erguirse todo lo posible, pero la ilusión no duró mucho y volvió a acomodarse sobre el bastón en cuanto el huracán le dio permiso. Aquellos ojos grises lo observaban ahora con una dureza que ocultaba angustia y desesperación.

—La plaga de procesionaria ha ido empeorando con los años —contestó, su voz de pronto calma y artificial—. Tuvimos que pedir ayuda. —Lander sabía que mentía por necesidad, por miedo, y que con esas palabras daba el tema por zanjado, al menos en este momento y lugar, con los ojos del Bosque como testigo. El joven asintió, comprensivo—. Dicen que han empezado a colarse en las casas, por cierto —se aventuró a decir. Le temblaba la voz. No debería seguir hablando con Lander—. Sé que en esa casa estarás bien, pero vigila por si encuentras algún nido. Una, dos, tres, cuatro esquinas del techo, como solía hacer tu padre, ¿te acuerdas? Y, lo dicho, cuando necesites verme... —Porque llegado el momento el camino lo llevaría hasta él, y Lander nunca había sabido

cómo apartarse del camino—, búscame en casa. Te esperaré allí. —Se acercó hasta el joven pasito a pasito con la intención de darle un abrazo, y se le encaramó al oído como buenamente pudo—. Ten mucho cuidado, hijo. El Niño Roto ha vuelto a por ti.



Hoy el maestro nos ha dicho que dibujemos a nuestro mejor amigo. No sé qué hacer. Se lo he dicho a papá, pero estaba muy ocupado hablando con el señor Guridi y su nueva mujer, Anna, la de los tigres, y me ha dicho que dibuje a Erio y ya, que no ve dónde está el problema.

El problema está en que no me atrevo a dibujar a Erio como es, porque entonces igual todos se ríen de él y no quiero que se rían ni de él ni de mi dibujo solo porque su cuerpo sea raro.

Y tampoco quiero que Erio se enfade conmigo, pero se enfadará si lo dibujo y pasa eso, y también si elijo a Mikel o a Josu o a cualquiera de los otros niños.

Creo que diré que se me ha olvidado hacer la tarea.

¿Es normal tenerle miedo a tu mejor amigo?

4

Cuando Lander abre los ojos, su cuerpo responde con una terrible descarga eléctrica que lo atraviesa del cráneo a los pies. Con dificultad, aparta la cabeza de la pared mientras se pregunta cuánto tiempo llevará dormido de pie en la ducha. Las grietas en el aplique hendido y la ausencia de sangre le describen una realidad diferente: la casa se ha alimentado de él sin pedirle permiso. Ya lo había hecho antes; de hecho, fue una de las razones que lo empujaron a abandonar Urrun y partir a la guerra. No sabe qué le había hecho pensar que podría haber mejorado, sobre todo ahora que está tan hambrienta.

No, no podía cargarle toda la culpa a la casa. Es muy probable que la desaparición de Erio hubiera sido razón suficiente para marcharse de Urrun, y que ella solo añadiese más leña a un incendio ya descontrolado.

«El Niño Roto está aquí», le había dicho el señor Guridi, en secreto. Duda de si por temor a que el propio Erio lo escuchara en ese momento, o porque el Bosque prefiriese que Lander se lo encontrara por sorpresa. Nunca lo sabrá, de la misma forma que tampoco descubrirá jamás si se durmió en la ducha y la casa aprovechó el momento, o si lo había estado drenando poco a poco desde que entró y por eso se encuentra ahora tan exhausto y febril.

—¿Qué me has hecho? —inquiere, pero la casa guarda silencio. Qué fácil es escudarse en tu frío cascarón de ladrillos y yeso cuando no quieres dar explicaciones de nada. Como antes de la guerra. Como siempre que discutían y él llevaba la razón.

El cuello se niega a regresar a su posición habitual, y cada tentativa se le clava en la herida de la cabeza como un cuchillo mal afilado. Siente la piel tirante y enrojecida allí donde el agua ha continuado golpeando. Cierra el grifo con la mano derecha; los vestigios de lo que antaño fueron sus dedos se agarran como bien pueden al metal.

Siente las piernas agarrotadas por la mala posición. No comprende cómo no ha despertado en el suelo. Gira sobre sí mismo, mantiene el peso de su cuerpo en la pierna izquierda y nada más descorrer la cortina el mundo da vueltas y vueltas antes de emborronarse en blanco y detenerse al final en un punto concreto. La pierna derecha despierta con un chasquido infernal.

El cuarto de baño está cubierto por un vaho espeso. El agua condensada resbala por las paredes y gotea desde el lavabo hasta las baldosas. El ambiente está tan cargado que Lander decide estirarse un poco, crujido tras crujido, e intenta abrir el pequeño ventanuco que hay junto a la ducha y da a la parte trasera de la casa. La parte que el Bosque ya ha invadido, le recuerda un aullido a su alrededor. La prohibición es tal que Lander siente que los músculos se le paralizan.

En el silencio de la madrugada, los árboles se agitan y arañan los cristales, lo que le trae recuerdos difusos de su niñez. Mamá vivirá por siempre. Tiene que bloquear el resto de las puertas y ventanas. Pensó en hacerlo cuando llegó y vio la situación, pero nunca se puso a ello.

Y ahora ya, ¿para qué? Es demasiado tarde como para andar de puntillas.

Su cuerpo tirita de frío; debería vestirse cuanto antes.

Sin embargo, algo en la superficie de la alfombrilla de baño que está a punto de pisar cobra vida de repente y se rebela contra él. El joven observa hipnotizado el desfile de procesionarias mientras estas regresan a su formación con rapidez y tratan de alcanzarlo en el interior de la ducha. Lander las evita de un pequeño salto, resbala y termina golpeándose el hombro contra el armarito que hay sobre el lavabo. La casa se agita ante una invasión que la ha cogido por sorpresa y el suelo engulle los cuerpos de los insectos en un abrir y cerrar de ojos. Aquellos que continúan sobre la alfombra se mantienen allí, quietos. Ningún insecto es tan inteligente. El joven observa su reflejo en el espejo oxidado del armario, las ojeras, los ojos vidriosos, y después se tambalea desnudo a través del pasillo mientras la casa mastica y traga.

Le sobrevienen las náuseas, completamente desacostumbrado a lo que antaño era una situación habitual. Padre le daba de comer, eso lo recuerda; pero no sabría decir el qué. Procesionarias no, desde luego, aunque ahora tiene la sensación de que lo observan a millares desde todos los recovecos ocultos de esta planta, porque la casa está débil y vieja, y mientras se entretiene con unas pocas, cientos más pueden ocupar su lugar.

O puede que quien lo observe sea la casa en sí, que ya ha terminado de alimentarse y teme que se adentre en habitaciones para las que no tiene autorización. Como el antiguo cuartito de mamá, cuya puerta cerrada no se atreve a rozar siquiera cuando pasa a su lado.

El joven se viste con la misma ropa que lanzó al suelo horas atrás. La sacude primero, por si acaso, pero no parece contener ningún parásito. Decide también buscar una escoba y regresar al baño para sacrificar a las criaturas que

han creído que podrían escapar de las mandíbulas de la casa. Los reflejos de la morada, lentos y débiles, lo aterran; nada le asegura que, exhausta, no cederá el paso a algún ser más peligroso que las orugas en sí.

«El Niño Roto está aquí», le había dicho el señor Guridi al oído, como si fuese un gran secreto y una amenaza igual de grande que el Bosque. Pero no podía ser cierto, porque nadie sobreviviría tanto tiempo entre los árboles, y es allí donde perdieron cualquier rastro de él.

De vuelta al baño, Lander se sorprende a sí mismo observando el techo en busca de nidos. Una, dos, tres, cuatro esquinas. Su padre solía hacerlo, sí. Lo que el señor Guridi no sabe es que justo después se encorvaba sobre su diario y escribía a toda velocidad, como si temiera que su mano olvidase las palabras que se le agolpaban en la mente.

¿Qué habrá sido de todas esas páginas emborronadas en letras torcidas y apresuradas?

La casa traga con gusto una última vez y a Lander tampoco le parece que quede ningún cuerpo que barrer, aunque las gigantescas motas de polvo y mugre cobrarán vida en cualquier momento si continúa observándolas. El vaho termina por disiparse por toda la casa y el joven soldado se descubre frente al espejo de nuevo: nunca se le habían marcado tanto los pómulos ni el filo de la mandíbula, y eso que la oculta por un principio de barba que crecerá indomable en tonos castaños, rojizos y blancos. Las heridas de metralla le bajan por el cuello y se extienden por su pecho y el brazo derecho. Siente cómo palpitan bajo la camisa que las esconde ahora mismo. Conoce de sobra las marcas de su mano, las falanges perdidas, las cicatrices que nunca sanarán del todo. Al comienzo de su viaje pensó en ocultarlas bajo un guante o una venda, pero no le importa comprobar cómo incomoda a la gente y mucho menos cómo la hace rehuir de él. Las marcas se deslizan hacia la cadera, y de allí hasta el suelo en relámpagos hambrientos de carne que agradece que estén cubiertos. Nota el cuerpo descompensado, sin ganas de funcionar, pero lo bastante curtido como para soportar otra contienda.

A Erio le hubiese fascinado verlo así.

Las primeras luces del día empiezan a colarse por las diferentes ventanas, lo que hace que le sobrevenga el agotamiento de golpe. El no atreverse a ocupar la única cama de la casa, aunque sea después de la Última Hora de su padre, acabará por pasarle factura. Ya no queda nada de lo que era su dormitorio —es lo primero que comprobó—, tan solo cuatro paredes vacías y sucias.

Su padre creyó en todo momento que lo había perdido para siempre.

La casa no da su opinión al respecto.

Desciende las escaleras hacia la planta baja con calma y poniendo especial

cuidado en no pisar el escalón que cruje. Necesita descansar, no otro asalto contra el edificio. Se detiene un instante a mirar la caja que descansa junto al sillón. Ir a casa, firmar lo que hubiera que firmar, huir del pueblo. ¡Era un plan tan sencillo! Pero ahora el informe miente, y necesita rebatirlo, y no puede ser casualidad que casi toda la información de esa caja esté de alguna forma ligada al Niño Roto. Está claro que su padre le dejó un último asunto que resolver antes de morir.

Se acomoda en el sillón y cierra los ojos, pero incluso así es capaz de vislumbrar las páginas de un Lander que pertenece a otra vida. Después de tantos años, leer su propio ayer le resulta igual de artificial que hojear una novela. Ni siquiera recuerda mucha de la información que en su momento creyó lo suficientemente importante como para dejar por escrito. Duda de si no añadiría mentiras para embellecer una vulgar vida de pueblo.

De pueblo maldito, se recuerda, porque nada de lo que ocurre en Urrun es, ni ha sido nunca, vulgar.

Lucha contra sí mismo: tiene que dormir. Los diarios seguirán allí cuando despierte.

Sin embargo, no puede resistirse a ellos. En su mente somnolienta y febril, la memoria de Erio se prepara para volver al escenario y torturarlo una vez más. A él sí que no puede evitarlo, ni siquiera cuando sueña. Lander reza para que no se acomode demasiado.



Hoy los soldados han vuelto a clase, a pesar de las quejas de los maestros, y nos han recordado que podemos alistarnos en cuanto nos veamos preparados porque ya estamos «autorizados por edad». Se lo he comentado a papá y me ha dicho que no entiende por qué siguen volviendo, año tras año tras año, guerra tras guerra tras guerra, cuando saben de sobra que nadie en Urrun aceptará jamás involucrarse en algo que nunca llegará hasta sus puertas. Nunca me explica por qué cree eso; si es una guerra nos afecta a todos, ¿no? Pero sé que tiene que ver con el bosque, seguro, porque todo en este pueblo está relacionado con ese lugar.

Lo he hablado con Erio también, tenía curiosidad por conocer la opinión de alguien que nunca podría alistarse. Para mi sorpresa, me ha confesado que tiene dudas, porque ir a la guerra significaría alejarse de aquí por fin.

Este no es su lugar, dice. Lo sabe, y, por si no lo supiera, se lo repiten cada vez que lo insultan y lo llaman «niño roto».

No entiendo por qué los soldados no se lo han dicho nunca de forma más directa, y yo tampoco quiero echárselo en cara, no quiero que se enfade conmigo, pero es evidente que un ejército nunca aceptaría a alguien como él en sus filas.

Hoy ha ocurrido también una cosa muy interesante, y es que hemos

escuchado, sin querer, cómo Eneko les contaba a sus amigos que por fin se había atrevido a ir al corazón del bosque. Que lo había pasado fatal por el camino porque estaba a reventar de difuntos, pero que al menos ahora ya se sabe por dónde hay que ir por si necesita pedirle un favor a «la voz que sale del túmulo». El resto le ha preguntado si sabría cómo ofrecerle un sacrificio y se ha encogido de hombros, y luego nos ha mirado de reojo y ha señalado a Erio con la cabeza y todos se han echado a reír.

A mí no me ha hecho gracia, pero mientras volvíamos a casa Erio parecía fascinado por la idea. Que ya había oído antes que había algo extraño en lo más profundo del bosque. Que tenía todo el sentido que estuviera oculto, protegido. Y que estaba deseando poder pedir un favor. Yo le he dicho que no me lo creo, que es mentira, porque si fuese verdad ya lo hubiéramos oído antes, pero es cierto que nuestros padres siempre nos dicen que no nos acerquemos al bosque, aunque sepamos de sobra que algunos mayores van. Ahora sabemos con qué intención. Lo que me da miedo es que tengo la sensación de que no todos regresan.

5

Lander bosteza, se frota los ojos, resopla agotado y observa el diario como si la página pudiese darle más información que la letra escrita —lenta, casi perfecta al principio, cada vez más apresurada e irregular hacia el final. Se esfuerza en recordar las sensaciones que lo embargaron mientras relataba lo relacionado con el Bosque, la inquietud de que hubiera algo acechándolos desde allí.

Se lo preguntó a padre, cree, que siempre se había mostrado tan opuesto a él, como si fuese una persona viva a la que odiar y de la que protegerse. Poco a poco, le vuelven a la memoria fragmentos de tardes y conversaciones posteriores, la obsesión de Erio, cada vez mayor. El circo, ese otro ente ligado a todo lo especial, pero también todo lo turbio que sucediera en Urrun. El empujón constante.

Su letra, cada vez más nerviosa e inestable, escurriéndose entre bostezos a través de la siguiente página.



Erio ha vuelto a insistir en que vayamos al bosque. Y quiere hacerlo después de cenar, además, tal y como le han dicho los del circo. Ellos aseguran que van un par de noches al mes para pedir favores. Yo le insisto mucho sobre el tema de los sacrificios; Eneko lo dejó bien claro, sacrificios, *pero él pasa de contestarme y comenta que es posible que el propio circo sea resultado de uno de esos favores, porque no es normal que sea tan bueno y les vaya tan bien en un lugar como Urrun.*

El circo es otra de sus obsesiones; no para de hablar de él e incluso me explica

funciones a las que hemos ido juntos. Baja a pista y habla con los artistas cuando la gente ya se está marchando, los vecinos lo miran y se ríen de él (porque podría ser parte de la troupe *sin ningún problema, es lo que siempre comentan) y yo me muero de la vergüenza, porque noto que los artistas quieren irse a los camerinos, darse un baño, descansar, y sin embargo están una buena media hora allí hablando con Erio como si se contaran secretos. Es de esas conversaciones que saca toda la información que después le obsesiona tanto. Y el padre de Eneko trabaja en el circo haciendo algo. Si se trata de una broma pesada me enfadaré mucho, pero si es verdad y quieren usarlo, ¿qué?*

Y Erio… no sé, papá opina que es un chico muy inteligente, que es una pena que tenga que cargar con un cuerpo así, pero yo creo que precisamente tiene ese cuerpo porque tiene esa mente. Hay algo de él que me inquieta cada día un poco más. La forma en la que se comporta con su madre, pobre, o que se burlara de mí cuando de más pequeño le decía que mamá viviría por siempre. Si el niño roto fuese otro, él estaría en primera fila riéndose de él, y veo que su objetivo es ese, dejar de algún modo este cuerpo atrás, pedirle al bosque que lo arregle.

Lo que me da miedo es que lo veo capaz de buscar un sacrificio con tal de lograrlo.

6

Noviembre.

No sé ni por dónde empezar.

La noche aúlla. No como cuando las tormentas retumban y el viento se desliza entre los árboles, sino como el lobo que sabe que está a punto de alcanzarle la muerte.

Estoy en el hospital. No dejan de repetir mi nombre. Necesito ayuda.

Lander abre la ventana de su dormitorio en contra de la voluntad de la casa y desciende por las cañerías hasta el suelo, donde Erio lo aguarda impaciente.

Erio y yo hemos ido al Bosque. Ya no sabía cómo retrasarlo más.

Atraviesan el pueblo de forma paralela a la avenida principal. Es una heladora noche de otoño y las calles están desiertas, pero Erio dice que es mejor asegurarse. Lander piensa que no le importaría cruzarse con alguien, con quien fuese, que alertaran a padre, y terminar con toda esta locura de una vez, pero al mismo tiempo lo empuja la curiosidad, esa curiosidad que padre dice que madre decía que era adorable pero también peligrosa en alguien que perteneciese a Urrun.

Mamá vivirá por siempre, pero Lander no recuerda la voz de mamá.

Nunca se había acercado al cementerio. Por alguna razón, ningún miembro de su familia está enterrado aquí, y padre dice que tampoco queda nadie a quien merezca la pena visitar. Erio prefiere no perder el tiempo con la tumba de un padre que nunca llegó a conocer, por lo que rodean el muro de piedra y le dan la espalda al camposanto con rapidez.

Estaba tan oscuro que incluso con la luz del quinqué de Erio nos ha costado mucho orientarnos. Sé que es imposible, pero creo que han sido los árboles los que se han quitado de en medio para dejarnos pasar. Erio ha dicho que era buena señal que nos indicasen el camino, aunque no sé por qué.

De repente, todo a nuestro alrededor se ha llenado de difuntos. A Erio le ha dado igual y ha seguido adelante, pero yo me he quedado atrás, a oscuras.

No me habían atravesado nunca. Papá siempre explicaba que es una sensación horrible, como caerse al río en pleno invierno, y por eso cuando los mayores jugaban a mantenerse quietos y a esperar a que ocurriera yo acostumbraba a quedarme al margen con la excusa de no dejar solo a Erio.

Pero él no ha dudado ni un solo segundo antes de seguir adelante sin mí.

¿Y qué hay del sacrificio?

Debería haber dado media vuelta, pero lo único que veía era árboles en todas direcciones, como si el camino no hubiese existido nunca y solo pudiera avanzar para no perder la luz. Después del primer difunto han seguido apareciendo más y más y más, y no tenía forma de apartarme. Se me congelaban hasta las lágrimas, y ha habido un momento en el que tenía tanto frío que he pensado que estaba a punto de morir.

Que me convertiría en uno de ellos y caminaría entre los árboles hasta desaparecer.

Papá vendría en mi busca, se torturaría presenciando mi círculo una y otra y otra vez por no haberse dado cuenta de que me había escapado de casa. Y ella creería que había sido culpa suya, por no ser lo suficientemente fuerte, y se desmoronaría para siempre, ese miedo que papá trata de ocultar pero que se le marca en las ojeras.

Lo que Lander no recuerda en ese momento es el pánico que se ha apoderado de él cuando un muerto ha conseguido agarrársele a las entrañas para intentar ocuparlas, pero no tardará mucho en tener pesadillas con ese rostro hueco y despertarse a gritos en medio de la madrugada.

Lo que sí recuerda, y nunca podrá olvidar, es el momento en el que escucha la voz del Bosque por primera vez, un susurro que se le cuela por el oído y se le instala en la cabeza.

—¿Vienes a saldar tu deuda? —pregunta. Le resulta melosa, casi hipnótica. Mira hacia un lado y hacia el otro, buscando de dónde proviene, pero una vez más, solo ve árboles y el brillo del quinqué de Erio, varios metros por delante. Asustado, echa a correr y no se detiene hasta llegar a su altura—. ¿Es él quien va a saldar tu deuda? Porque podría hacerlo… —Todavía tardará un tiempo en aceptar que esa voz es algo diseñado solo para él, que una no muy diferente asola la cabeza de su amigo en ese mismo momento. Avanzan en silencio, pendientes del monólogo que se desata en su interior, pero también del algarabío al que parecen aproximarse paso a paso. Los difuntos dejan de acercárseles en el instante en el que brota esta voz y hasta los árboles parecen mantener las distancias, pero ninguno se dará cuenta de ello.

Cuando por fin hemos llegado al claro, al corazón del Bosque, hemos visto que había una hoguera en el centro, justo delante de una montaña de rocas que, según lo que Erio sabe, es el túmulo que protege el corazón. La gente bailaba a su

alrededor, envuelta en un halo azulado, o eso me ha parecido al principio, porque saltaban y se tiraban al suelo, y gritaban y reían al mismo tiempo como si hubiesen bebido demasiado. Luego me he dado cuenta de que el halo eran decenas de difuntos que marchaban en una procesión sin inicio ni final, y los bailarines los atravesaban a la carrera una y otra vez hasta que quedaban enganchados, cuerpo y muerte, y entonces subían a la montaña de rocas y el halo azul desaparecía mientras se oía el eco de alguien que masticaba y tragaba con gozo.

Nadie puede entorpecer el caminar de un difunto. Si te pones en medio te atraviesan, todos lo saben, y si alguien intenta ocupar el sitio del otro se trata del difunto, que busca la manera de volver, no al revés.

De alguna forma, esta gente había descubierto un modo de conseguirlo, de atarlos a su cuerpo, de moverlos a su antojo. De llevarlos hasta el corazón del Bosque.

«Estoy soñando», piensa Lander, porque es lo único que podría tener sentido. Está muy asustado y cansado, y no sabe lo que ve. Bajo la mortecina luz de la linterna, Erio parece maravillado y murmura que es real, que el Bosque podrá arreglarlo, pero él solo quiere volver a casa y apagar esa voz que insiste en una deuda de forma cada vez más apremiante.

—Es muy sencillo, Lander Herrera. Entrégame al chico roto y vuelve a tu casa, a tu vida.

—No.

Y entonces ha estallado una tormenta, una que no recuerda, y todos los bailarines se han girado hacia ellos, los muertos enroscados a su alrededor como serpientes, las caras desfiguradas. Alguien silba, y los muertos acuden a la llamada, pero nunca existió tal monstruo, ¿verdad? Tan solo un terrible poder capaz de ahogarlo todo.

Un poder que se ha inmiscuido en un oscuro recoveco de su mente, entre recuerdos y palabras escritas hace mucho.

Cada relámpago refleja un mundo diferente: uno gris y deformado, pero terriblemente real, en el que Lander corre y Erio se queda atrás; una de sus piernas apenas funciona y además decía que necesitaba el favor del Bosque, que tenía que volver; y otro en el que Erio ya no es más que un nombre que repiten desesperados porque llevan días buscándolo en vano, porque acudió al Bosque solo y el Bosque se lo comió. Y Lander debería detenerse, recobrar el aliento, pero la orden no llega a su cabeza, que continúa saltando entre ambos mundos mientras trata de decidir cuál es el auténtico.

Los dos hemos tropezado y hemos rodado por el suelo hasta lo que parecía un pequeño círculo en medio del Bosque, demasiado ordenado para ser real, demasiado iluminado para pertenecer a la noche. Yo me he levantado de inmediato, pero Erio no. Gritaba de dolor, como si se hubiese hecho mucho daño con la caída. Me he dado cuenta en seguida de que el monstruo que nos

perseguía estaba muy cerca, que nos iba a atrapar. Entonces la voz me ha vuelto a decir que dejara a Erio allí y que siguiese corriendo, que lo aceptaba como pago por mi deuda. Estaba tan asustado, tan confuso, que me lo he llegado a plantear.

Ha sido solo un momento, y enseguida me he acercado a Erio para ayudarlo a levantarse, pero creo que él lo ha visto en mi mirada, porque ha retrocedido a gatas hasta desaparecer en la oscuridad.

Y Lander, o la parte de él que sospecha que está indefenso ante una pesadilla, sabe que tiene que ir tras él, que no se lo perdonaría si no lo hiciese, pero Erio ya ha desaparecido, ¿acaso no se acuerda? Porque al final, cuando realmente importaba, no se atrevió a acompañarlo. Y ahora ya es tarde para el pobre Niño Roto, pero no para él, que todavía puede salvarse. Así que corre, corre sin rumbo y como nunca antes lo había hecho, mientras los muertos ganan terreno y el Bosque se ríe de él, y Erio grita, alojado en algún punto de su mente, y Lander cae al suelo y su palma choca contra una roca afilada que se le hinca en la piel como el mordisco más hambriento de la casa. El mero hecho de imaginarse la herida hace que se le nuble la vista, pero puede continuar huyendo, gateando si es preciso, y ya se levantará cuando pueda.

De pronto, una pierna coloca todo su peso en su espalda y la boca de Lander se llena de barro.

—¿Qué haces aquí? —Lander reconoce la voz de su padre de inmediato, y no le preocupa que lo haya encontrado —la casa los debió delatar, menos mal —, pero el peso en su espalda es cada vez mayor y le cuesta respirar.

—¿Papá? —pregunta, al borde de las lágrimas.

—¡No hables! —grita el hombre, pero es posible que no se esté refiriendo a él, porque la voz del Bosque ha vuelto («¿Sabes que todo esto es culpa suya?») y se carcajea y miente, seguro que miente, porque nada de lo que dice puede ser verdad.

Lander logra de algún modo levantarse y dejar a su padre atrás. Se da de bruces con Erio, que todavía lo mira aterrado e incapaz de moverse.

Algo desciende desde las copas de los árboles con miles de ojos que los observan con ansia.

Algo ha caído de repente, algo que mordía y corría y nos arañaba todo el cuerpo. No podía respirar. Erio tampoco, podía oír su resuello. A ciegas, he dado con su mano, me lo he vuelto a cargar a hombros y he corrido hasta que he visto las luces del pueblo, he oído voces que se acercaban, y allí está su padre de nuevo, hacha en mano.

—No te muevas —le ordena, pero su mirada se intercala entre Erio y él, que tiembla todavía encaramado a su espalda.

—Vámonos, por favor —gimotea el Niño Roto, y de pronto es como si no pesara nada, y el mundo empieza a dar vueltas mientras su padre se acerca amenazante, y Lander se desploma mientras los árboles tratan de arrastrarlo de vuelta al Bosque, porque tiene que saldar su deuda.

Lander abre los ojos, sobresaltado, y por un momento todo su ser le grita que continúa perdido entre los árboles, a merced de quien mueve las ramas a su antojo. Tarda un par de segundos en comprobar que no es así, que quien lo arrulla es la casa, su casa.

No entiende cómo ha logrado que el diario no caiga al suelo, igual que en su momento no comprendió cómo había llegado al hospital, quién lo había llevado en volandas hasta allí.

En su frustración, no logra discernir qué es real y qué fruto de la pesadilla. Ni siquiera recuerda cuándo ha dejado de leer y se ha quedado dormido. Se concentra en la imagen de su padre, hacha en mano, en la locura instalada en sus ojos. Nunca fue con padre al Bosque, ¿verdad? Solo cuando buscaban a Erio…

La falta de aire le sobreviene de golpe, como una puñalada. Se dobla sobre sí mismo y la casa vibra a su alrededor para calmarlo. Tampoco puede hacer mucho más.

—Lander. —Una voz femenina lo sorprende en su mente.

¿Puede ser… puede ser la voz de ella? Aquella noche de noviembre, mientras huía tanto de los vivos como de los muertos, creyó oír la voz de su madre. Y decía cosas terribles sobre él.

Le preocupa que no haya surgido en mitad de la pesadilla, como si su alma le restara importancia a algo que fue vital en su infancia.

Desde muy pequeño, había tenido la sensación de que no lo quería, al menos no como una madre debería querer a un hijo, pero padre insistía en que estaba enferma y Lander idolatraba a su madre por encima de todo, porque su padre también lo hacía, porque era su madre, su mamá, y por ello siempre intentaba sonreír.

«Mamá vivirá por siempre», murmura la voz de su padre. Qué gran mentira. La debería echar de menos más de lo que lo hace, se juzga, y deja que un par de lágrimas caigan sobre el suelo desnudo. La casa las absorbe con rapidez.

Pero la casa no puede sonreír.

Dobla el cuerpo hacia adelante para sacudirse el mareo de encima y se queda varios minutos en esta posición, la cabeza colgando, los brazos inertes, la punta de los dedos a escasos milímetros de rozar el suelo. Los recoge de inmediato, no quiere que la casa crea que se está burlando de ella, y de forma inconsciente vuelve a fijarse en la mano derecha, mutilada por la guerra.

Nada de esto le hubiera ocurrido si hubiese cedido ante el Bosque aquel noviembre. Erio desapareció de igual manera, obsesionado por un poder que no lograba comprender, por lo que Lander nunca llegó a salvarlo.

«El Niño Roto está aquí».

Imposible, porque hace muchos años que ese niño roto murió.

¿Verdad…?

Se lleva las manos a la cabeza, lo que hace que el diario caiga finalmente al suelo con un ruido sordo que altera tanto a Lander como a la casa, que se pone a bufar como un animal malherido hasta que él recoge el volumen y lo coloca de vuelta en la caja de madera con el resto de las cosas. El gesto no parece apaciguarla del todo y comba los suelos, obligando a Lander a agarrar la caja para que no se aleje de él con el vaivén de la madera.

—¿Por qué te molesta tanto? —pregunta.

La casa no responderá, claro, pero él siempre intenta que sepa que la ha entendido, que quiere comprenderla todo lo posible. Sin embargo, el temblor de suelos y paredes aumenta, aunque los cuadros no llegan a caer. Lander le permite que arrastre la caja, que la estrelle contra el pie de las escaleras. El joven soldado se incorpora con un quejido y cojea hasta allí pero, en vez de recuperar la caja, abraza la baranda, como hacía de niño, aunque el gesto le resulte ahora extraño y hasta embarazoso.

La casa se calma muy poco a poco. Su latido irregular es preocupante, apenas identificable desde el escalón en el que se encuentra. Teme que un ataque directo del Bosque llegue a extenuarla hasta un punto de no retorno, por lo que sube algunos escalones más y, tras sentarse con mucha delicadeza, ofrece la palma de su mano a la madera que todavía palpita a destiempo. Dolerá, pero no está preparado para perderla y habitar una casa hueca. La única duda es si lo agotará ella a él, todavía mareado y débil, incapaz de descansar.

7

El tiempo se convierte en una niebla que lo zarandea como un mar embravecido. La casa se transforma a su alrededor: el segundo piso desaparece tras una oscuridad impenetrable y las paredes y los escalones se comban como si fuesen cabellos al viento. Algo levanta a Lander, lo aleja del suelo con el ruido de una última succión, pero el joven pierde el equilibrio y se golpea contra la pared. Uno de los cuadros cae al suelo y se hace astillas.

El rostro de su padre lo observa desde el otro lado del cristal resquebrajado: «¿Por qué no eres capaz de juntar las piezas del puzle? El Niño Roto ha vuelto a por ti», lo increpa y, cuando Lander se encoge de hombros, una figura fantasmal lo empuja hacia el vacío. Queda al pie de las escaleras, estirado como un muñeco descosido.

Alguien golpea la puerta principal, la casa responde «¡Ya voy!» con una voz que no le pertenece y Lander le ruega que no lo haga, que no le abra la puerta al Bosque, porque tiene una deuda que saldar y nunca estará preparado para ello.

Y su padre lo sabía, porque lo leyó en los diarios.

Y el informe miente.

Recupera el control de su cuerpo magullado, ignora los golpes en la puerta y se dirige a trompicones hasta la caja de madera para llevarla de vuelta a la sala. Tropieza con una de las patas del sillón, cree, o puede que el suelo le haya puesto la zancadilla, y cae de nuevo. No llega a volcar la caja por poco. Sus dedos rozan un papel que sobresale sobre el resto. Todavía de rodillas, mareado, fija su mirada en él, en los rostros que lo observan con sus ojos muertos, en el anuncio en mayúsculas gigantescas y coloridas que lo traen de vuelta a la esplanada abnegada en barro.

Las carcajadas.

Los animales.

El sonido de una campanilla.

El olor a quemado.

«Algunos amigos y colegas de Urrun hemos decidido reunirnos y, con la ayuda de compañeros de lugares más remotos, montar un circo. Sí, habéis oído bien, ¡un circo de Urrun y para Urrun!».

No debería recordar aquel primer anuncio que oyeron por la radio, la sorpresa del momento, pero de alguna forma lo hace y la voz de Markel Segarra, el jefe de pista, se entremezcla con vítores, gritos y una terrible sensación de desasosiego.

«Si suspenden la función por culpa del viento, nos vamos derechitos a casa y no quiero oír ni una queja». La gente grita, de pánico, de dolor.

Los golpes en la puerta son cada vez más fuertes y, aunque la casa se yergue para soportar el ataque, obedeciendo a sus ruegos, las paredes empiezan a aplacarse poco a poco, agotadas.

—¿Lander…? ¿Lander… Herrera? —Esa no es la voz del Bosque; es demasiado joven, demasiado humana. La casa también parece notarlo, porque cede en su defensa y se repliega a un rincón de sí misma.

—¿Quién es? —pregunta el soldado. No reconoce la voz, y por la duda que se cuela entre las sílabas, es posible que sea la primera vez que pronuncia su nombre. ¿Por qué iba un desconocido a venir a su casa a estas horas? Pero tampoco sabe qué hora es, solo que el sol golpea sin fuerza un lado de la casa, por lo que tiene que ser temprano.

Trata de hacer memoria: la Última Hora de su padre, la ducha, la nada, las procesionarias, las pesadillas, la campanilla.

—Soy Abreu, uno de los leñadores. Nos vimos en la plaza hace algunos días, ¿recuerdas?

—¿Quién es? —repite Lander de nuevo, porque podría ser cualquiera. Y podría pertenecer a las raíces del Bosque.

—¡Abreu!

—Los nidos se tiran sobre nuestras cabezas… —murmura Lander para sí mismo. No debería abrir la puerta. Deja el panfleto sobre el resto de los papeles de la caja y se arrastra un par de palmos hasta el recibidor. No debería abrirla, no estando como está en el punto de mira del Bosque y tal vez del pueblo entero; pero por encima de todo no puede hundirse más, y esta voz vomitará fango con cada palabra que intercambien—. Estoy muy ocupado, lo siento —dice, y el silencio como respuesta lo tranquiliza hasta que nota cómo lo acogota. A duras penas logra alcanzar la mirilla antes de caer desplomado al suelo. Los ojos al otro lado parecen luciérnagas, pero está convencido de que se trata de los ojos de los muertos. La casa lo lleva en volandas hasta el sofá. Su

voz y el crujido se solapan en el tiempo—. No abras… por favor, no abras… —Pero no le hace caso.

—¿Lander? —Abreu da un par de pasos temblorosos hacia el interior de la casa y la telaraña que la envuelve. Los rumores vuelan por el pueblo: un soldado desertor, una madre enferma, una familia maldita. Lander levanta un brazo, ni siquiera sabe cuál, para indicarle dónde se encuentra. No va a fingir que tiene fuerzas para levantarse—. Lander, ¿estás bien? ¿Necesitas que llame a alguien?

«¿A quién?», le gustaría responderle. No queda nadie aparte de él, o de la carcasa con huesos que todavía aparenta ser él. Qué curioso, el leñador tampoco parece tener un aspecto mucho mejor. Está pálido y tiene el rostro demacrado, como si hubiera adelgazado mucho demasiado rápido. Las ojeras son ya tatuajes que nunca abandonarán la cuenca de sus ojos.

—¿Has cerrado? —pregunta. El leñador asiente—. ¿Estás seguro? —El chico decide comprobarlo y regresa al lado de Lander—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo… cómo sabías dónde estaba…?

—Vi en qué dirección caminabas cuando nos dejaste en la plaza —responde, avergonzado—. Una vez aquí ha sido fácil encontrarte. Uno de tus vecinos me indicó qué casa buscaba.

—¿Me buscabas?

—Sí… Bueno, no lo sé, no estoy seguro. Tu vecino me dijo que era buena idea venir. Hablar contigo.

—¿Qué vecino? No entiendo nada, ¿quién te dijo que hablar conmigo era buena idea? —Abreu balbucea y no dice nada en claro—. Perdona, siéntate. Mueve esos papeles y siéntate en el sofá —dice con tanta naturalidad que no se da cuenta de que acaba de pedirle a Abreu que se siente en el mismo lugar que dentro de unas pocas horas ocupará su padre. El leñador fija la mirada en el Informe de la Última Hora el tiempo suficiente como para reconocerlo, pero lo aparta a la mesita que hay a un costado y no dice nada.

La casa se muestra incómoda de ver a un extraño en ese sofá, pero no se atreve a moverse. Al fin y al cabo, ha sido ella la que le ha permitido pasar.

Por si acaso, tampoco se repliega del todo.

—Empieza otra vez. Me decías algo de un vecino y unas cosas…

Abreu parece no saber qué decir. Gesticula sin llegar a pronunciar palabra alguna; tan solo resopla y suspira y se rasca la cabeza con ambas manos. Su nerviosismo no solo es evidente, sino contagioso. Lander se sorprende a sí mismo teniendo que calmar un torbellino en el estómago ante las preguntas que podrían avasallarlo en tan solo unos instantes. Le aterra que el leñador necesite respuestas, cerca ya del punto de no retorno, y él sea demasiado cobarde como para otorgárselas.

—No sé muy bien por dónde empezar —admite Abreu—. Pero lo que está ocurriendo en el bosque, lo que nos está ocurriendo, no es normal, ¿verdad

que no? Y me preguntaba si tú, que has crecido aquí, habías visto u oído hablar de algo parecido…

Lander se detiene antes de responder que no sabe de qué le está hablando, y lo hace porque una duda mayor acapara su mente: ¿por qué ha venido a preguntárselo expresamente a él? ¿Qué vecino lo ha atraído hasta esta casa? ¿Y con qué propósito?

—¿Entiendo que estáis teniendo muchos problemas? —pregunta al final, aunque sabe que los problemas no ocurren en ese lugar sino por culpa de ese lugar. Prefiere ser ambiguo; dar pie a una conversación, breve, en caso de que pueda elegirlo así, y mandarlo de vuelta a ese vecino con cero razones para atacar la casa o tenerlo bajo una vigilancia aún mayor. Demostrar que es inofensivo, que él solo quiere firmar el dichoso documento y desaparecer de allí para siempre. Que no sospechen de decisiones que tomó muy convencido y que ahora se balancean de un lado al otro.

El leñador resopla de nuevo.

—Sé que suena estúpido, pero en la vida había visto algo así. Entiendo que Urrun es un pueblo pequeño y que la gente tiene derecho a decidir dónde quiere morir, pero… ¿por qué hay tantos difuntos en el bosque? ¿Y por qué parece que no cumplan ningún círculo, sino que simplemente están ahí, paseando? —El cuerpo de Lander se hiela ante el recuerdo de los muertos en sus entrañas. Decenas de mujeres y hombres desconocidos, vagando por el Bosque, ilusos, incapaces de comprender lo cerca que estaban de su final. Lander se mantiene sereno, los pensamientos almacenados detrás de una boca seca que pide agua a gritos y siente arcadas al mismo tiempo. El leñador parece incapaz de callar una vez pone sus miedos en movimiento—: ¡Y las orugas! Las había visto antes en algún que otro pinar. Sé lo destructivas que son, lo rápido que se expanden, pero aquí resulta imposible dar dos pasos sin que un nido te caiga encima. Miras alrededor, compruebas que no hay ninguna ni en el suelo ni en los troncos, y de repente te rodean y te atacan como si alguien las enviara expresamente contra ti.

«Porque no has saldado tu deuda pendiente con el Bosque».

Lander se encoge de hombros, un gesto mucho más genuino de lo que pudiese parecer a simple vista. Es cierto que él conoce el origen de todo lo antinatural que sucede entre los árboles —lo ha visto, allí en el túmulo, y aunque no llegó a acercarse lo suficiente como para comprobarlo, confía que la tumba sin nombre esté allí, custodiada por barro y rocas—, pero tampoco tiene más información.

Y duda mucho que alguien la tenga.

Los vecinos van allí, hacen lo impensable, torturan, matan, y esperan que el favor no se convierta en una manzana envenenada, pero nadie va más allá. A no ser que… Clava la vista en la caja, pero la desvía de inmediato para no dirigir allí también la mirada del leñador.

—No lo sé. No sé qué decirte, la verdad. —Hace aspavientos con las manos, atrae toda la atención sobre su persona. ¿Podría ser algo tan sencillo como eso? ¿Padre trataba de averiguar la verdad de ese mal que los asolaba desde siempre? ¿Y si…?

—Sobre el Bosque lo único que te puedo contar es que desde pequeños se nos dice que no nos acerquemos demasiado, que es muy peligroso, así que lo he evitado todo lo que he podido y más. De hecho, solo fui una vez, de adolescente, y es tal y como lo describes: demasiados difuntos. Me asusté muchísimo, era la primera vez que me atravesaban, y di media vuelta tan rápido como pude, con tan mala suerte —se remanga el brazo izquierdo para mostrarle las pequeñas cicatrices de los mordiscos— que un nido se nos vino encima, a un amigo y a mí, y acabamos en el hospital. No volví a poner un pie dentro.

—Ojalá yo pudiera hacer lo mismo —suspira Abreu. Nada indica que el desliz de Lander lo haya hecho caer en la cuenta de que el problema de las procesionarias no es nada nuevo, o que no dijese nada al respecto cuando se conocieron en la plaza—, pero la verdad es que debería ir tirando o llegaré tarde a mi turno.

Lander asiente y con mucho esfuerzo se incorpora para acompañarlo a la puerta, satisfecho por su trabajo y actuación.

—Siento no haber sido de más ayuda.

—No te preocupes, el señor… Ah, qué rabia, no recuerdo su nombre. Un señor ya mayor, encorvado, los ojos tan claros que casi parecen blancos…

—El señor Guridi. —Lander mastica cada sílaba de ese nombre, que sabe a traición.

—¡Eso! Fue él quien me dijo que hablase contigo, que, si había algo peligroso o que debiéramos saber, tú nos lo dirías.

—Siento que no haya sido así —repite Lander, tratando de asegurarse que esa es la sensación que le queda al joven leñador. Así, si el señor Guridi le pregunta por lo que acaban de hablar, no podrá echarle nada en cara. No entiende por qué el mejor amigo de su padre ha intentado tenderle una trampa, pero sí que sabe que la ha esquivado a la perfección.

Lo que no tiene tan claro es si ha demostrado su valía para el pueblo, su neutralidad, o una cobardía terrible.

Los dos jóvenes se despiden sin palabras. Abreu sospecha que abandona una casa encantada y un morador enloquecido que trata de aparentar normalidad.

Urrun oculta secretos terribles, no es el único que lo intuye, pero necesita el dinero y se debe a su capataz. El tal Guridi ya le advirtió que bien podía encontrarse con un libro abierto como con un esqueleto parco en palabras, y el presente solo le ha otorgado lo segundo.

A medida que desciende la cuesta, sin embargo, se siente más ligero, como

si hubiera traspasado parte de su peso a ese pobre soldado. Se gira un instante y tan solo alcanza a ver el segundo piso de la destartalada casa. Y unos ojos que lo observan implacables y le prohíben regresar.

Lander vuelve al sillón nada más cerciorarse de que la puerta está cerrada a cal y canto. La casa vuelve en sí, algo inquieta. La oye moverse por el segundo piso antes de descender y detenerse a su lado.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta el joven—. Lo he hecho bien. —Para distraerlo, la casa agita los tablones de madera del suelo y atrae la caja de madera hacia él. El panfleto del circo vuelve a centrarse en Lander. Markel Segarra, jefe de pista; Anna Bellpuig, domadora de bestias; los tres payasos, sus nombres ensordecidos por el clamor de una campanilla. Caras muertas de miradas vacías, incluso desde las sonrisas que emanan del desgastado papel.

Erio decía que los integrantes del circo acudían al Bosque de forma habitual, y que el propio circo podía ser el resultado de un favor. Las miradas, aunque impresas, no mienten. Y esas miradas están pagando un precio mucho más alto de lo que esperaban.

Lander retira sus diarios de la caja y los deja sobre la mesita. Arruga sin querer el Informe de la Última Hora, pero no importa; tras el paso de Abreu, tanto el documento como el sofá se han transformado en dos piezas más de un decorado a punto de derrumbarse.

Hurga entre documentos y fotografías sin entender muy bien qué busca, pero el único recorte de periódico resalta sobre todo lo demás. Urrun nunca ha tenido prensa propia, así que una mención en un periódico de tirada comarcal o nacional solo puede tratar sobre una noche en concreto, sobre un hecho en concreto. Y ahí está, en brillantes letras negras:

UN INCENDIO ARRASA CON EL CIRCO DE URRUN

> *El fuego, cuyo origen se desconoce por el momento, ha sorprendido tanto a artistas como espectadores en la recta final de la función. Si bien por el momento no se cuentan víctimas mortales, varios de los heridos han sido trasladados al hospital de la propia localidad, algunos en estado muy grave…*

La palabra «hospital» está marcada con saña, subrayada y redondeada hasta el punto de que casi atraviesa el papel. Regresa a su diario, pasa páginas y páginas y encuentra el mismo ensañamiento alrededor de una entrada en concreto: la del once de noviembre, el día del incendio. El mismo día en que Erio y él abandonaron el hospital después del ataque de las procesionarias. No le hace falta releer lo que escribió en su día, la felicidad de abandonar por fin el

hospital, la extrañeza de que su padre quisiera llevarlos al circo cuando hacía años que no acudían porque se sentían demasiado mayores; la cara de los artistas al verlos llegar, una mezcla entre sorpresa y pánico que hizo que Lander desease no haber puesto un pie allí; la función, la campanilla. El olor a quemado que llegó hasta la casa, que temblaba desesperada porque no entendía lo que estaba ocurriendo.

La duda que se instaló en su mente y ni siquiera hoy ha desaparecido del todo.

Cuántas cosas creía que no olvidaría y, sin embargo, han perdido su hueco en la memoria frente a horrores más recientes. Lander observa su propia letra, temblorosa por el miedo, las páginas cuarteadas por las lágrimas, porque no lo recuerda, o no lo quería recordar, y le parece increíble que un momento así haya podido quedar arrinconado por los años. Los retazos del pasado lo envuelven ahora como si estuviera allí de nuevo, las noches sin dormir, las preguntas de su padre, las pesadillas.

Durante un tiempo indeterminado, su mente se niega a salir del bucle; podía haber hecho las cosas de forma diferente, podía haber cambiado el pasado en su momento, pero pronto encuentra un nuevo enigma en el que volcarse: el hospital.

Todos los que estuvieron involucrados en los acontecimientos de aquellos días pasaron en algún momento por el gigantesco monstruo gris, ellos dos incluidos.

Ese es su siguiente objetivo, la pieza del puzle que puede hacer encajar las demás. Su padre la marcó lo suficiente como para no dejar lugar a dudas.

No se lo piensa dos veces: se endereza como bien puede, coge el panfleto e intenta salir de la casa, pero esta bloquea la entrada y lo empuja de nuevo hacia la sala.

—¡Déjame salir! —grita Lander, sorprendido, ahora que tiene una misión, ahora que puede avanzar, pero la estructura tiembla y se retuerce a su alrededor—. ¡Necesito ir al hospital! —La mención de la palabra la enloquece todavía más. El sillón chirría apremiándolo a que vuelva a él. Le arde la cabeza.

Cae a cuatro patas y la casa lo debilita con un ansia que poco tiene que ver con el hambre.

—¡Deja de alimentarte de mí! —ordena, pero ella sigue y sigue, mareándolo, adormeciéndolo. Tal vez se haya cansado de su errática presencia, de sus momentos de ira, de su monstruosa forma de ser—. ¡Me quedan muy pocos días para firmar el documento! —grita Lander de pronto—. ¿No lo entiendes? Necesito saber qué pasó, completar esta última tarea de padre. —«¿Por qué?», pregunta su propia voz, y le da igual no tener respuesta, pero necesita hacerlo o vagará como un fantasma durante el resto de su vida.

No le debe nada a ese hombre al que llama padre, pero ni siquiera después de muerto se atreve a desobedecerlo. Lo hizo una vez, y el Bosque lo

reconoció. Cómo disfrutaría ahora con esta tortura a la que se somete por voluntad propia.

—¡Necesito saber qué pasó y tú no haces más que estorbarme! —aúlla. Las paredes reverberan y lo asfixian contra el suelo. Ojalá tuviera brazos para deshacerse de esa caja antes de que destruya a su pequeño por completo. Ojalá tuviese fuerzas para gritarle al Bosque que no le importa lo largas que sean sus raíces, ella reina entre esas cuatro paredes.

Lander está tan cansado que ni siquiera forcejea. Deja que los párpados caigan por su propio peso cuando la oscuridad por fin lo abraza.



A la hora de la verdad, tal y como mi padre decía, uno sabe de sobra la decisión que va a tomar. Puede que no sea la que debería escoger, puede que nunca se oiga de una decisión más errónea, pero tanto el alma como la mente saben de antemano que no hay forma de evitarla.

Mientras deshacía el nudo y la bajaba con lentitud, y ponía todo mi cariño y cuidado en evitar que el niño despertara en la habitación contigua, ya sabía que la ocultaría hasta la noche siguiente y peregrinaría al corazón del Bosque.

Sin embargo, hubo un tiempo en el que me convencí de que la decisión que tomé aquella segunda noche, entre árboles y criaturas, brotó de mis entrañas sin que pudiese controlarla; mi cabeza estaba obcecada en qué ocurriría si su hijo despertaba y se encontraba a solas en una casa demasiado grande para nosotros dos.

Que su nombre se escapó de entre mis dientes como el agua que rompe un dique; un pensamiento con voz propia.

He tenido que pararme a escribir para poder ser honesto conmigo mismo: bastó con observar el cuerpo sin vida de la mujer que tanto amo y echar después un vistazo al niño que dormía en la cama.

A fin de cuentas, con él es con quien había comenzado todo.

Mamá está enferma.

Papá me ha dicho que se curará pronto, pero que no entre en su cuarto.

He ido a abrazarla.

Se ha puesto a gritar.

Te quiero, mamá.

8

Se despierta desorientado, algo que se repite en exceso desde que entró en esta casa encantada que ahora solloza y hace que los cristales tiriten.

Un adorno cae desde lo alto de una estantería y se hace añicos. Dos más le siguen. Lander se incorpora tan rápido como puede; necesita alejar su pie de esa mandíbula que crece y lo amenaza con decenas de dientes.

Algo va mal, porque el llanto de la casa resuena irregular a través de las paredes, ahogado, como si respondiera a un antiguo eco. Da un par de pasos en dirección hacia la puerta principal, de nuevo entreabierta, y se da de bruces con la procesión de orugas que atraviesan el umbral al exterior, a escasos centímetros de sus pies.

La casa aúlla desesperada. Lander piensa con rabia que después de estar a punto de matarlo debería tener fuerzas suficientes para defenderlos del invasor.

No importa.

Las pisotea con furia para aplacar el llanto, y sin embargo este no hace más que aumentar. ¿Por qué no acepta lo que él considera una ofrenda de paz? ¡Es él quien debería estar enfadado!

Persigue la procesión por el pasillo hacia la cocina, polvorienta a más no poder tras mucho tiempo en desuso, y gira de vuelta a la sala por el lado de la mesa del comedor, completando así un círculo casi perfecto que lo coloca frente a la caja de documentos, infestada ahora por las venenosas criaturas. El viento arrastra una carcajada lejana.

La casa gimotea y hace que tiemblen hasta los cimientos.

En el interior de la caja, las orugas deambulan de un lado para otro sin cesar. El joven soldado comprende de inmediato que ha pasado por alto algo

importante, algo que el Bosque no quiere que vea. En cualquier otro momento, habría girado la caja y desparramado su contendido por el suelo, pero por alguna razón la casa no parece capaz de plantarle cara a algo así; no ahora.

El tiempo corre, no obstante, y él no puede permitirse esperar a que los insectos se agoten o se pisoteen los unos a los otros. El hospital sigue siendo la única pista que tiene, una imagen que se le ha quedado clavada en un punto intermedio entre las tripas y el instinto, que es quien lo empuja a aprovecharse de que la puerta esté abierta para probar suerte una vez más.

Tendrá que confiar en que la casa sabrá mantener a las procesionarias a raya mientras él no esté, a pesar de que grite y solloce y parezca que incluso haga un esfuerzo para llamarlo por su nombre.

Ella nunca tuvo esa voz.

Lander siempre se ha preguntado qué piensa, qué siente, y cómo a su vez logra entender lo que pasa por su cabeza, porque se revuelve intranquila cuando él recoge el folleto del suelo, aparta de un soplido las procesionarias que corretean sobre él, lo dobla un par de veces para guardarlo en el bolsillo y se estremece cuando su piel roza la pared sin querer y se aparta con rapidez para evitar otro mordisco.

De pequeño, padre le aseguraba que aquel lugar de ladrillo y hueso los quería con locura y que siempre estaría allí para ayudarlos en lo que necesitaran, y hacía hincapié en que él se encargaría de ello.

Pero también dijo que mamá viviría por siempre, y mintió.



Cuando me anunciaron que me convertiría en padre, preferí ignorar las señales de su cuerpo y su mirada, y me negué a creer que esta noticia podía ser algo diferente a la alegría que sentía explotar en mi interior.

Mi padre siempre había sido una figura extraña en el transcurso de mi vida, una sombra que caminaba de un lado para el otro, siempre preocupado por el trabajo y por el futuro que le podía quedar a una familia como la nuestra, incapaces de dar el paso y abandonar el pueblo.

Creo que comprendí su miedo desde una edad muy temprana, cuando lo ayudaba a segar las plantas de la parte trasera de la casa y me advertía respecto a la naturaleza que se movía incómoda y acechante a nuestro alrededor. No era la bendición que una gran parte del pueblo creía que era, pero tampoco lo veía peligroso si uno sabía mantenerse al margen y preocuparse solo por existir hasta el último aliento.

El tiempo le daría la razón al viejo, como con casi todo. La familia había logrado escapar de su embrujo durante mucho tiempo, demasiado, como para que la cuerda no estuviera a punto de partirse.

Aun así, todavía recuerdo la sensación de euforia tras la noticia, los casi siete meses que caminé por los últimos retazos de esa cuerda, arrastrándome hacia el final, mientras ella luchaba contra algo que no podía ni quería entender. El egoísmo logró alargar una historia que estaba condenada desde el principio y que todavía hoy colea, pero es la decisión que tomé la que nos ha traído hasta aquí paso por paso, y ahora sé que volvería a tomarla sin lugar a duda.

Mientras dependa de mí, vivirás por siempre.

9

El sol se muestra ante Lander con tanta intensidad que el joven se ve obligado a cerrar los ojos. El viento lo golpea por sorpresa mientras arrastra un lamento que lleva su nombre. El Bosque también llama su atención y agita las ramas de los árboles más cercanos para darle la bienvenida. Lander está tan desorientado y débil que se pregunta si no sería mejor dejarse devorar. Tal vez si se acercase a esas frondosas ramas podría oír la música que las hace bailar a su ritmo.

El trayecto hasta el hospital es prácticamente el mismo que hizo cuando se apeó en Urrun, solo que a la inversa. Decide optar por la arteria principal del pueblo una vez más, con tal de ahorrar tiempo, aunque nada más poner un pie en ella entiende que ha cometido un error. Un sinfín de personas se acercan a saludarlo, y las que no lo hacen lo observan de manera inquisitiva antes de ponerse a cuchichear entre ellas.

Odia ser el centro de atención.

Lleva un rato caminando e ignorando cortesías cuando siente que algo lo observa desde la sombra de los árboles, allá a lo lejos. En parte ve y en parte imagina la irregular figura de Erio, ese niño roto que ha vuelto aquí a esperarlo y a poner punto y final a la historia de ambos.

Los Herrera no creen en las casualidades.

No se le ocurre ninguna otra razón para que ese niño, que había surgido de cada batalla contra la muerte como un espectro que ni siquiera el Infierno acepta entre sus filas, haya brotado de la tierra casi a la vez que él. Una de las razones por las que busca su imagen entre el paisaje, confiesa, es para comparar heridas y malformaciones, en un vano intento de demostrarse que la vida no ha terminado transformándolo en él. La pierna responde con una fuerte sacudida que lo obliga a aminorar la marcha todavía más. No se había

dado cuenta de lo enfermo que está en realidad, del esfuerzo que le ha supuesto alimentar a la casa y afrontar su enajenación; necesita descansar. Y comer algo.

El olor a panadería lo envuelve un par de calles antes de llegar, por lo que tiene tiempo suficiente para rebuscar en los bolsillos de su pantalón y rescatar unas pocas monedas sueltas. En el frente no le hacía falta monedero, y es la suerte la que ha predispuesto que el cobre no se le haya caído por culpa del traqueteo del tren o del temblor que ahora acompaña a cada uno de sus pasos.

Le ruge el estómago. No tiene idea de la hora que puede ser y nunca fue de los que lograban calcularlo mirando la estela del sol, que descansa en lo alto. Tiene la sensación de que ha transcurrido una eternidad desde que llegó a Urrun con la mochila a cuestas. En realidad, es muy posible que apenas hayan pasado un par de días.

El corazón le da un vuelco cuando se detiene frente a la panadería de los Zubeldia y una mano conocida lo saluda con efusividad y lo invita a ocupar una de las pocas sillas libres que quedan en la terraza del establecimiento. Son más que la primera y última vez que los vio, y muchas caras desconocidas todavía cargan con los morrales, lo que indica que acaban de llegar. Frunce el ceño mientras se imagina los eufóricos rostros de los vecinos y cómo el Bosque se relame ante el banquete que le están por servir. Fruto de la indignación, y en parte también de su estado actual, a duras penas puede disimular un par de arcadas cuando la hija de la panadera, un rostro vagamente familiar, se acerca hasta él antes incluso de que haya logrado alcanzar el asiento.

—¿Qué será, Lander? —Odia su nombre en bocas desconocidas. Odia esa familiaridad con la que ocultan un escrutinio voraz, una advertencia y puede que incluso una amenaza.

—Una ración de tostadas, por favor —contesta, y clava su mirada en la de ella a la par que imagina que su melena son raíces repletas de alimañas y su boca tiene espinas en vez de dientes. La chica sonríe. Algunos leñadores aprovechan que la tienen allí para añadir más cosas al pedido.

Lander los observa y se gira hacia Jonás. Ni siquiera le hace falta formular la pregunta que arde en su lengua.

—Tengo a la mitad de los compañeros en el hospital —explica el gigante.

«Bien», piensa el soldado. «Una excusa de buen samaritano para acercarme hasta allí más tarde. Puede que incluso alguien quiera acompañarme». Al lado de Jonás, Abreu da buena cuenta de un plato de embutido del cual no aparta los ojos en ningún momento. Tal vez sienta vergüenza por haber acudido a él ayer. No, hace dos días. ¿Hace tres? Qué más da. Lo único que sabe es que no ha transcurrido una semana, o alguien habría pasado por casa en busca del informe. Por alguna razón, el chico parece más tranquilo que la última vez que se vieron. Tal vez ya haya llegado a la conclusión de que cuanta más gente lo rodee más posibilidades tendrá de volver a casa con vida. O quizás ahora

entienda que Lander no es más que un cobarde egoísta, y se arrepienta de haberse mostrado frágil ante él.

—Está siendo duro, muy duro —continúa el leñador. La preocupación se le marca en las arrugas de la frente—. Me queda muy poco para empezar a pensar que los chicos no se equivocaban al hablar de maldiciones, porque la verdad es que yo ya no entiendo… nada. Nada de nada —repite la palabra «nada» tres o cuatro veces más, perdido en el hilo de su propio pensamiento. Abreu se vuelve hacia él como si fuera a calmarlo de alguna forma, pero en el último momento decide que es mejor volver a concentrarse en su plato—. Lo de ese bosque no es normal, ¡no puede serlo!

Aunque sabe que lo ha dicho en busca de alguna reacción en él, Lander comprueba con el rabillo del ojo que los tres Zubeldia —padre, madre e hija— prestan toda su atención al monólogo del leñador. Es más, los pocos vecinos que han logrado ocupar las otras mesas parece que hayan sacado las sillas desde el interior, pero ninguno come ni bebe. Tan solo observan. Algunos, confirma Lander, sonríen.

—Lander, no es normal, ¿verdad? —insiste Jonás.

Los árboles se carcajean. Lo que diga a continuación lo colocará a un lado u otro de la contienda. ¿Se atreverá a avisarlos? Y si lo hiciera, ¿qué podría llegar a ocurrirles, a ocurrirle? No puede abandonar la casa durante demasiado tiempo, no en las condiciones en las que está. Y siente que tiene el deber de resolver el puzle, esa última petición muda que padre dejó preparada antes de morir. Volver, firmar el documento, huir. Parece un plan sacado de otra vida. No los conoce de nada, se repite, no les debe nada. No es él quien los está sacrificando, sino esa gente que no deja de mirarlos, ese monstruoso Bosque cuya carcajada no parece tener fin.

Por suerte, es Jonás el que se rinde primero y acepta el silencio como respuesta:

—Id terminando los aperitivos, chicos —murmura, apesadumbrado—. Tenemos que volver al trabajo. —El grupo obedece de inmediato; apuran los platos y las bebidas, reúnen el equipo que pudiesen tener por el suelo y marchan en formación calle abajo antes incluso de que Lander sea capaz de terminarse la primera de las tostadas. Abreu se despide de él con un gesto apenas perceptible y se aleja arrastrando los pies como un condenado a muerte. O una hilera de insectos que alguien está a punto de pisar.

La hija de los panaderos se acerca a limpiar y ordenar las mesas, y parece asentir cuando ve que Lander la está mirando, satisfecha de que no haya dicho nada. Podría habérselo imaginado, piensa, pero entonces ve que el resto de los vecinos también asiente, sus sonrisas ensanchándose por momentos. No necesita que lo congratulen por su cobardía, y sobre todo no quiere que crean que es uno de los suyos. Aunque le venga bien.

Sujeta las tostadas con la boca, deja el dinero que tiene sobre la mesa, y

continúa su camino. A lo lejos, todavía logra distinguir a los leñadores, camino del cementerio. Se pregunta si es allí donde han erigido el campamento, ya que sabe a ciencia cierta que ninguno de los vecinos ha abierto su casa para dejarlos pernoctar. Como con los animales de granja destinados al matadero, no pueden arriesgarse a encariñarse con ellos. Ha ocurrido otras veces. Siempre ha acabado mal.

Maldice no haber preguntado si alguien quería acompañarlo al hospital y así visitar a sus compañeros.

Toma el cruce hacia el edificio gris al mismo tiempo que el viento le hace llegar el anuncio de un tren que está a punto de detenerse en uno de los andenes, apenas un kilómetro hacia el sur de donde se encuentra.

No podría alcanzarlo, no con el estado de su pierna, pero tal vez debería ir a la estación y esperar a que pase el siguiente, aunque tarde horas. Su mente salta de una decisión a otra en cuestión de minutos, y es el miedo quien gobierna ahora: sí, podría dejar los árboles, los susurros, el Niño Roto y el pasado atrás en un abrir y cerrar de ojos. La casa lo odiaría por ello, pero solo al principio, porque estaba destinada a apagarse en breve. El futuro de los leñadores también estaba más que sellado. Y su padre… a su padre ya no le importaba lo que hiciera.

Y, aun así, no se atreverá a desobedecerle.

Esa caja antaño azul era lo más parecido a una orden que obtendría ya de él. Un último deseo, una última oportunidad de autoconvencerse de que podía sentirse orgulloso de su hijo, él, tan obsesionado con repetir el mantra «mamá vivirá por siempre» que en ningún momento se había parado a prestarle atención a ese niño que primero crecía y después se rompía por culpa del Bosque.

Todo siempre ha sido culpa del Bosque. Debería haber ardido a la vez que el circo.

La palabra «hospital», redondeada, arañada, vuelve a convertirse en su único objetivo. De nada sirve perderse en cábalas y posibilidades.

10

El hospital no parece haber cambiado a pesar del tiempo que lo distancia desde la última vez que estuvo aquí. El efecto del paso de los años se acrecienta a medida que se aproxima a él —las paredes blancas ahora sucias, algunas grietas, ventanas que nadie ha limpiado desde hace mucho—, pero tampoco puede detenerse a observar cada diferencia con detalle.

Los aledaños de hospitales, ambulatorios, enfermerías y similares son un caldo de cultivo de difuntos que ya no volvieron a salir, o de quienes abandonaron el edificio y a duras penas llegaron a casa antes de que la hora se les echara encima. Rostros en su mayoría desconocidos, sacrificados a un mal mayor.

El flujo de muertos es rápido y constante, y entran y salen de las puertas con un chirrido que no acaba nunca y se solapa en decenas de círculos. Ni siquiera los más antiguos, los que están a punto de apagarse y centellean, son oriundos de Urrun, sino personas que acudieron aquí en busca de una última salvación.

De niño, el edificio gris siempre le había parecido un monstruo que había escogido su pueblo como lugar de reposo. Nadie pudo llegar a confirmárselo, pero antes de marcharse había llegado a la conclusión de que no todos los difuntos habían tenido un círculo natural. No podía ser casualidad que, a medida que otros pueblos construyeron sus propios hospitales y la gente dejó de venir a Urrun, el circo brotase de la nada para, ahora lo piensa con convicción, alimentar a un Bosque cuyo estómago retumbaba famélico.

Al final todo se reducía a eso, a mantenerlo contento. Los vecinos sacrificaban gente para obtener favores, claro, pero también para evitar que el hambre pudiera volverlo contra ellos.

—Lander… —No se había percatado de la línea de árboles que lo señalan

desde la parte posterior del hospital, pero su carne los recuerda: el pánico a volver allí a comprobar que las heridas de las procesionarias habían sanado; la sensación de que en cualquier momento una rama atravesaría la ventana de su habitación para arrastrarlo de vuelta al corazón del Bosque; el terror a cruzar puertas sin nombre que lo dejasen fuera del edificio, a merced de la voz y sus bestias.

Y, sin embargo, ahora fuerza la pierna para entrar en ese esqueleto de ladrillos lo antes posible.

Cuando abre la puerta, lo golpea con fuerza una extraña mezcla entre olor a quemado y perfume barato, como si alguien hubiera hecho un pésimo trabajo tratando de ocultar uno de los dos.

La campanilla reverbera en su cráneo. ¡Abandonad la carpa de inmediato!

Le empiezan a lagrimear los ojos y se queda parado en medio de la entrada, pero muy lejos de allí, hasta que unos cuantos difuntos lo atraviesan y un médico le indica con impaciencia que, por favor, se haga a un lado.

La estancia es una pequeña antesala que fue blanca en su origen, pero cuyas paredes se muestran ahora igual de grises que el exterior. El mostrador está ocupado por una anciana que charla con la enfermera al mando. Parecen buscar algo en un libro dorado y rojo, muy parecido al recuerdo que tiene de los diarios de padre. No hay cuadros, y las ventanas que dan al exterior, las que había visto desde fuera, apenas dejan entrar la luz del sol. Una bombilla desnuda parpadea un par de veces, pero nadie parece darle importancia.

El médico que ha llamado la atención a Lander ocupa la mitad del único banco disponible mientras hojea una carpeta de documentos. Esta es la primera vez que el soldado se detiene a pensar en los doctores, enfermeros, cirujanos que cambiaron Urrun por la gran ciudad, estudiaron y, después de todo eso, decidieron que la mejor opción era volver a casa.

¿Por qué? No lo entiende, y la única razón que le viene a la mente es que todos ellos hubiesen obtenido sus estudios como favor del Bosque, por lo que se habían visto condenados a regresar y saldar sus respectivas deudas.

Lo que lo coloca entre los colmillos de la boca del lobo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Debería volver a casa. Debería huir. Y cuanto antes.

—Caballero, cuando quiera —le indica la enfermera. La señora mayor se aleja dando pasitos cortos y temblorosos, el libro bajo el brazo, y desaparece por una de las puertas que hay al fondo de la sala, no sin antes girarse a mirarlo sin ningún disimulo.

Todavía algo mareado por la mezcolanza de olores, y haciendo caso omiso de la incipiente ansiedad en su estómago, Lander se acerca muy poco a poco al mostrador.

«Debería reconocer a esta chica», le urge su cabeza de repente; por

apariencia parece que compartan edad o que ella sea algo mayor, pero no por muchos años. Es muy probable que coincidieran en la escuela. Su rostro, y sobre todo su nariz aguileña, le son muy familiares, pero esto no lo reconforta en absoluto. Es más, su mente parece identificarla como una planta venenosa o un peligro inminente.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunta ella, de forma muy cortés. Demasiado cortés, le recrimina su cabeza, que ya reconoce la voz, pero no es capaz de compartir la información con Lander.

—Sí, gracias, vengo a… —Lander se rasca el brazo, pero no lo hace de forma consciente. Acaba de darse cuenta de que es incapaz de recordar cómo había pensado abordar el tema en cuestión, y los murmullos en su interior se han transformado en gritos que le impiden pensar en nada más que en rebuscar a esta chica por todos los recovecos de su memoria. «¿Quién eres? ¿Por qué debería saber quién eres? ¿Y por qué debería asustarme saber quién eres?».

—Ya veo, picadura de procesionaria… —continúa ella, y asiente al mismo tiempo, como si no le hiciera falta respuesta. Como si fuese a lo único a lo que se dedica desde hace tiempo. Lander deja de rascarse el brazo de forma automática.

—No, la verdad es que no…

—No me refiero al brazo, sino a la pierna, ¿me equivoco? Lo he visto entrar cojeando.

—¿Qué? —No termina de acostumbrarse a esta sensación de pueblo pequeño en la que todos observan a todos en todo momento—. No, tampoco. Esto es… Son gajes del oficio, supongo. Metralla. —Muestra su mano derecha como si necesitara darle veracidad al asunto. La enfermera enrojece y se le marcan los pómulos de forma muy curiosa. Su cuerpo responde con un escalofrío y todas las fibras de su ser lo empujan a dar media vuelta y marcharse de allí. Ahora que todavía tiene tiempo, le urgen las entrañas.

La voz de un antiguo compañero resuena en su cabeza: «¡Emboscada! ¡Emboscada!».

—Lo lamento mucho, señor, no quería… Lo siento.

—No le dé importancia, de verdad.

—¿En qué puedo ayudarle entonces, señor? —Hay algo siniestro en la forma en la que marca las palabras, en especial «señor», como si quisiera llamarlo por su nombre y dejarse de formalidades. Es obvio que ella sí que lo reconoce a él y que está esperando a ver qué le pregunta antes de decidir cómo actuar. Pero le pueden las prisas—: ¿Te ayudo en algo, Lander Herrera? —El soldado retrocede instintivamente. La sonrisa de ella adquiere una silueta cada vez más felina, incapaz de ocultarse durante más tiempo.

Y entonces, recuerda.

Edurne Aranburu era una chica que siempre parecía estar en todas partes, pero nunca hacía nada ni era responsable de lo que ocurriera a su alrededor. Con su cuerpecito esquelético y su pelo castaño recogido siempre en una coleta, Lander juraría que en ocasiones aparecía de la nada, tras un parpadeo más largo de lo habitual, y desaparecía de igual manera, como un gato atraído por el ruido que corre a esconderse cuando las cosas se ponen feas o simplemente le aburren.

En ocasiones, compartía con sus amigas de clase anécdotas o momentos en los que Lander no recordaba su presencia, pero sí la de todos los demás. El niño no entendía cómo pasaba tan desapercibida siempre, y más de una vez se había encontrado a sí mismo buscándola entre el grupo. Había decidido que no era posible que estuviera en todos esos momentos, que muchas veces lo que ocurría era que lo escuchaba en boca de otros y después repetía la historia incluyéndose a sí misma en la narración. Lander había querido ponerla en evidencia más de una vez, pero su sonrisa, afilada y sibilina como la de un gato salvaje, lo asustaba.

Aquella maldita expresión, recuerda, siempre mostró mucho más de su carácter de lo que nadie llegó a comprender; era el único punto de su ser en el que derramaba toda su malicia y donde mostraba sus intenciones ocultas, aquellas que de algún modo traspasaban la anécdota en sí y se clavaban en la mente de quienes la escuchaban como una zarza que aguarda el momento idóneo para introducirse bajo la piel.

Afortunadamente, Edurne Aranburu nunca prestó demasiada atención a Lander. Sí que azuzaba a los chicos mayores en contra de Erio, siempre desde las sombras y con la coartada perfecta por si alguno se sobrepasaba, pero con él se mantenía al margen, observándolo, compartiendo esa maldita sonrisa que se traducía en una creencia absoluta de que Lander era demasiado cobarde como para ayudar a Erio.

Y tenía razón.

Aun así, el soldado jamás le perdonaría la vez que Edurne le convirtió en el coprotagonista de una de sus historias más famosas. Su voz, pero muchos años más joven, se le clava ahora en la mente: «Yo la vi, yo la vi, flotaba en el piso de arriba. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda…».

Pero ella nunca tuvo razones para pasar por delante de su casa y desde luego nunca pudo verla desde la calle como siempre insistía. No cuadraban las horas, ni lo que su padre le había dicho. Y, sin embargo, todo el colegio la había creído a pies juntillas.

Y la muerte de su madre pasó a ser una siniestra pantomima que repetían a su paso.

—¿Todavía no, Lander? —pregunta el gato de sonrisa imposible.

—Edurne… —contesta él, que no está dispuesto a dejarla hablar y envenenarlo con sus palabras, por lo que añade—: No esperaba verte de vuelta. Creí que tu sueño era quedarte a vivir en la gran ciudad tras acabar los estudios. —La joven trata de mantener la serenidad, pero aprieta los dientes con rencor.

«Todos podemos jugar a este juego», piensa Lander, orgulloso, pero la conversación acaba de comenzar.

—Tú también estás aquí de vuelta —le recuerda, recomponiéndose del primer golpe de inmediato—. Bueno, una gran parte de ti, al menos. De hecho —continúa, sin perder la sonrisa—, vas tarde. Te llevo esperando varios días ya.

—¿Qué? —Se está dejando enmarañar, lo sabe, pero la pregunta brota de su boca antes de poder evitarlo. Edurne suspira de forma muy dramática.

—Lo lógico es acudir al hospital nada más comprobar que hay incongruencias en el Informe de la Última Hora —explica, como si tuviera delante a un niño pequeño que no entiende algo muy simple—. Se pregunta quién se ha encargado del documento, se concierta una nueva visita para solucionarlo… Todo eso. —Disfruta al ver el gesto desencajado de Lander, por lo que no se detiene—. Y sé de primera mano que en el informe de tu padre hay cosas que… digamos que no te cuadran, así que no lo entiendo, ¿por qué has tardado tanto en venir a verme?

Lander a duras penas consigue bloquear las decenas de preguntas e insultos que necesita expulsar. «No merece la pena», se repite a sí mismo, «no entres en su juego». Un doctor ha podido hacer un comentario al respecto, tal vez tenían dudas, tal vez se lo esté inventando por completo como con lo de su madre. «No»; «tú».

—¿O acaso te ha retenido la lectura, Lander? —continúa el monólogo—. Tenías una letra muy bonita de niño. No era tan elegante como la de tu padre, pero se le parecía muchísimo. Bueno, puede que no tanto cuando tenías miedo y llorabas sobre las páginas, también te lo diré… —Esta arpía ha estado en su casa, se ha paseado entre sus paredes, ha visto la caja, ha husmeado para ver qué contenía. Ha entrado en el dormitorio de padre sin permiso, puede que lo haya visto morir, ha leído pensamientos con su propio puño y letra…—. Era más divertido cuando el niño roto era Erio y tú te quedabas al margen, ¿verdad? —añade.

—¿Te encargaste tú del informe?

—¿Yo? Yo solo soy la enfermera que acompañó al doctor.

—¿Qué doctor?

—No sabía que tu casa estuviera en tan malas condiciones, la verdad. Si es que se le puede llamar así a esa ruina, claro. Todo desperdigado por ahí, el suelo y las paredes llenas de mugre…

—¿Qué doctor? —insiste Lander, pero ella no piensa ceder.

—¿Sabes una cosa que me llamó mucho la atención? Que tu padre te dejase miguitas, todo muy sutil, como si creyera que eras lo suficientemente listo como para atar cabos. La lectura está siendo apasionante, eso sí que te lo voy a admitir. —Lander decide que ya ha tenido suficiente y hace un ademán de marcharse, pero ella se inclina sobre el mostrador y lo agarra por el brazo —. Pasó por aquí poco antes de morir, ¿eso te lo ha dejado por escrito? Preguntó por los heridos de aquella noche, que cuántos habían sido en realidad, que si esto, que si lo otro… Información que, sé que me entiendes, no le podía dar. Discutimos un poco, y me amenazó. Tu familia siempre ha sido un poco dada a los extremos, pero aquel día Antxo logró asustarme. —Lander la deja divagar y apenas atiende a nada más que a los golpes en su pecho y a esa mano enroscada alrededor de su brazo. Podría partirle los dedos uno a uno, sabe cómo hacerlo. Podría cambiar su discurso por gritos de dolor.

—Lander, ¡Lander! Presta atención o te arrepentirás. Te lo has tomado con excesiva calma, pero has conseguido llegar hasta aquí. Enhorabuena, sabía que era buena idea redondear la palabra «hospital» en todas partes para que terminara resonando en tu cabeza hueca y obsesiva. Ahora, siguiente paso.

—Vete a la mierda. —Hasta aquí; no aguanta ni un minuto más y está a punto de perder los estribos. Romper un dedo es como partir una zanahoria en dos. Si no se hace es porque el cerebro indica que no es buena idea. Agita el brazo.

—Cállate. Y estate quieto, hombre, que no eres un niño. Te estoy haciendo un favor, ¿o es que no lo entiendes? Necesitamos que hagas lo que se espera de ti. Y que lo hagas bien. El Niño Roto ha vuelto, sé que lo sabes, sé que te lo han dicho. Lo que todavía no sabes, porque no le dejas hablar, es que el Bosque quiere que te encargues de él. Y que mantiene la misma oferta de aquella otra noche. Dice que sabes cuál es.

—No te creo.

—Pero sabías que el Niño Roto había vuelto, ¿verdad que sí? Alguien se ha ido de la lengua… —Tuerce el gesto de la misma forma que lo haría una niña caprichosa a quien alguien se ha adelantado con un chisme—. En fin, no importa. Lo que te decía, que está dispuesto a hacer un trueque: su vida por la deuda de tu familia. Parece que, después de todos estos años, todavía tiene la paciencia suficiente como para no arrancarte de tu cama por la noche y saborearte mordisco a mordisco. Y no vuelvas a decirme que no me crees, porque fue precisamente el Bosque quien nos alertó de la muerte de tu padre, porque sabía que así tendrías que volver. Llevaba días desaparecido, y antes de eso cada vez que aparecía era para preguntar tonterías para su plan maestro de destruir el túmulo, dejar el corazón expuesto. —Resopla, cierra los ojos y su sonrisa de gato se afila—. Ey, que te veo venir. Nadie puede acabar con el Bosque, Lander; ni te lo plantees. Y ahora además deberías darle las gracias,

porque de no habernos avisado no habríamos ido a comprobarlo. Un buen día, Antxo Herrera se habría esfumado y nadie se hubiese puesto a buscarlo. Pobre, ya no aguantó más la soledad. Primero pierde a la mujer, luego al hijo…

—¿Cómo te atreves a mencionar a mi madre? —escupe Lander.

—Ah, es verdad, siempre fue un tema sensible para ti, se me olvidaba. De acuerdo, admitiré que… ¿cómo decirlo? Puede que embelleciera lo que conté, pero supongo que son cosas de niños. Pero te puedo asegurar que la vi desde la calle aquel día, y que hacía así. —Tuerce el cuello hacia un lado y mueve su cuerpo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. No deja de sonreír; es evidente que está disfrutando de la conversación, de volver a ser la narradora principal de una historia. Llevaba mucho tiempo fantaseando con este momento.

Lander intenta convencerse de que le da lástima, que se ha refugiado en su propio veneno para camuflar la realidad en la que vive: que, después de haber descubierto lo que el mundo puede ofrecer, se vio arrastrada aquí de nuevo, sin posibilidad de escapatoria.

Y, además, el soldado sabe que miente porque después de la muerte de su madre, y a pesar de que padre cerrara su habitación con llave, él encontró la forma de entrar en ella y pasó horas y horas allí, tanto de día como de noche, esperando volverla a ver, aunque fuese durante su Última Hora.

Algo que no sucedió.

—Lander, Lander, Lander. Noto que te pierdo de nuevo, céntrate. El trato es muy bueno: encuentra al Niño Roto, acaba con él, llévalo al corazón, sé libre. ¿Qué otra cosa pretendes que ocurra? ¿Acaso crees que puedes encontrarle una razón a la última locura de tu padre? ¿Es eso? ¿Necesitas dejarlo todo zanjado antes de dirigirte al túmulo por tu propio pie, porque no puedes irte sin asegurarte de que papá te quiso siempre? —Se pone seria de golpe y marca cada palabra como advertencia—: Nadie ha sobrevivido nunca a un enfrentamiento contra el Bosque. Jamás. Su existencia puede gustarte más o menos, puedes utilizarlo, puedes rehuir de él, pero no puedes vencerlo. ¡Y te está dando una salida, joder, algo que no nos ha ofrecido a los demás! —farfulla con dolor, lo que la humaniza durante un momento. Toda vida tiene dos caras, y no creyó que Edurne Aranburu fuera a confesar su verdad. Pero tampoco se va a dejar envenenar.

—Déjame en paz.

—Como quieras —se rinde ella—. Vuelve a casa a obsesionarte con la cajita. Desperdicia el tiempo. En cuanto se acabe la semana, empezaremos a hacerte la vida imposible. Puede que para el Bosque el tiempo fluya de otra manera, pero nosotros ya estamos hartos de tanta tontería. Yo ya he cumplido con la parte que me tocaba y pienso disfrutar de la función. Y ahora, por favor, apártate, tengo gente a la que atender. —Lander ni siquiera ha oído llegar a las tres o cuatro personas que hacen fila detrás de él. Todos lo observan sin

pestañear mientras se aleja del mostrador y hacia las puertas.

La voz de Edurne se alza sobre el silencio de la sala:

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarle?



A LA MUERTE DE ANTXO HERRERA:

Lugar de origen: Urrun.

Lugar de la defunción: Urrun.

Lugar de depósito de los restos: a determinar. Se conservan en la morgue del hospital por si hiciera falta una nueva inspección para determinar la naturalidad de la Última Hora.

Inspección actual de la Última Hora: el difunto permanece sentado en el sofá cuarenta y dos minutos. Se encontró el televisor encendido. El movimiento de los ojos determina que miraba una película/un programa (contenido no relevante). En los minutos siete, trece, quince-dieciséis, veintiuno y veinticuatro, el difunto investiga de forma metódica las cuatro esquinas del techo de la sala de estar (no se halla nada relevante). A partir del minuto treinta y cinco, mantiene la mirada fija en un punto de la sala en el que se encuentra una caja repleta de documentos (tras inspección, se determina que su contenido no es relevante. Se deja en el lugar).

Se incorpora, tal y como se indica anteriormente, en el minuto cuarenta y dos, sube las escaleras, se detiene un instante sobre el octavo escalón, que cruje (comprobación estándar), entra en el aseo, cierra la puerta (chirrido de la puerta), utiliza el inodoro, se lava la cara con agua. Minuto cuarenta y cinco, observa las cuatro esquinas del techo (de nuevo, no se halla nada relevante).

Se acuesta en el minuto cincuenta y cuatro.

Ojos cerrados, movimiento del pecho regular.

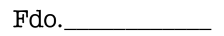
Minuto cincuenta y siete, abre los ojos, movimiento de pecho irregular. También abre la boca.

Minuto sesenta, cierra los ojos.

La investigación se centra en la apertura de ojos y boca y en el cambio de movimiento pectoral. Se determina que el difunto sufrió algún tipo de ataque y como consecuencia abrió los ojos (miedo, incertidumbre) y la boca (búsqueda infructuosa de oxígeno).

La investigación concluye que se trata de una muerte natural, por lo que, a falta de confirmación por parte de un familiar, no se le practica una autopsia.

El familiar abajo firmante da su conformidad con este Informe de la Última Hora:


Fdo.____________

11

Es curioso cómo el tiempo decide a cada momento el ritmo que prefiere llevar, cómo hace de suspiros eternidades y de trayectos un instante o un simple pestañeo.

La guerra descansa lejos, mientras devora carne y mentes enfermas; los soldados pierden su nombre e identidad por unos objetivos que ni siquiera les repercuten.

Los heridos aúllan en camastros improvisados en tiendas de campaña torcidas e igual de miserables. Los generales discuten, a veces a gritos, a veces entre murmullos, mientras el vino corre como la pólvora y estalla en pequeños vasos de sangre desconocida. Los muertos lo observan todo y al mismo tiempo no ven nada, atrapados en sus bucles, pero libres del infierno, de ese laberinto de órdenes y almas, por fin.

El verdadero final feliz al que se aferran tantos y tantos desgraciados, los miembros desperdigados por el campo de batalla, pasto de las alimañas o de un enemigo con el hambre suficiente. Las caras desencajadas por el horror.

Siempre se ha dicho: no es algo de lo que uno pueda recuperarse nunca.

Pero la guerra descansa lejos, y las bombas que restallan en el cráneo de Lander no son más que ecos que se apropian de su cerebro a la menor oportunidad. Continúa vivo, que ya es más de lo que muchos pueden decir. Las heridas internas no interesan y uno se acostumbra a las externas cuando observa su dibujo día y noche, mientras padre reinicia el círculo y la casa a veces grita, a veces llora, y a diario se deshace y recompone, exhausta pero condenada a sobrevivir.

Mamá vivirá por siempre.

Ni siquiera ese eco parece dejarlo en paz ahora, en este presente cautivo que lo ha dejado sin opciones.

No puede perseguir a un monstruo de cuya presencia todavía desconfía.

No puede abandonar un pueblo empeñado en atormentarlo y traerle de vuelta a rastras aunque decidiera regresar al frente.

No puede alertar a los leñadores porque es un egoísta, y en su egoísmo sus vidas estiran ese tiempo caprichoso que lo ahogará a partir de ahora a mayor velocidad. ¿Cómo es que nadie se ha atrevido a enfrentarse al Niño Roto? ¿Dónde se ocultó cuando todos lo buscaban, cuando Lander creía por fin que el pueblo se había reunido para hacer algo bueno por él? ¿Y por qué ha vuelto ahora?

En realidad, ¿quién busca a quién?

El regreso a casa se transforma en un borrón de pasos y vecinos que, ahora sabe, tienen una razón para observarlo con tanta atención. Ningún encuentro es fortuito, ninguna conversación inocente.

Lo busca entre los árboles, algo que les sorprende también a ellos, acostumbrados a que aparte la mirada, aterrado. Se mecen al viento para llevarle el mensaje al Bosque, que también entrecierra los ojos y lo observa, intrigado por el cambio. Intenta atraerle a su interior una vez más, solo por si acaso, pero el soldado ni siquiera parece atento a una voz que debería hacerlo temblar. Lo sigue de cerca hasta que la casa gruñe para recordarle que no todo Urrun se postra ante sus pies de musgo. El Bosque toma aire y le recuerda con calma que, al igual que Lander, ella también está maniatada por un tiempo que muestra ya la guadaña.

El soldado deambula de un lado para el otro como alma en pena, arañándole minutos a la nada. La casa vibra ligeramente a su alrededor, su forma de compartir el miedo entre ambos, pero nada surte efecto. El joven ni tan solo se ha preguntado por qué la puerta seguía abierta ni por qué ha sentido que la atención de la casa se alejaba de él, despacio, casi como si quisiese hacerlo sin que pudiera darse cuenta, antes de volver veloz a su lado.

Lander observa el Informe de la Última Hora de su padre, una y otra vez, de forma obsesiva, pero nada de lo que lee tiene importancia ahora. Está claro que el informe no era más que una excusa para atraerlo aquí de vuelta. El único señuelo con el que arrebatárselo a un monstruo y entregárselo a otro.

Sin tener muy claro el porqué, se sienta a la mesa del comedor, aparta de un manotazo años de polvo y motas que no deberían moverse sobre tantos pares de patas, y decide dejar por escrito todo lo que ha ocurrido hasta este momento. Por si acaso quedase alguien en Urrun que tuviera venas y no raíces recorriéndole el cuerpo.

El bolígrafo garabatea letras temblorosas sobre el reverso del documento y sobre el primer papel que ha extraído de la caja. No perderá el tiempo en descifrar fechas y marcas que no cobren sentido nada más verlas.

Decide también que transcribirá las discrepancias con el informe, aunque nunca vaya a entregarlo. No fue algo natural, ahora lo sabe con certeza. El

Bosque no pudo ser quien avisase al pueblo de lo que había ocurrido, pero sí el causante. De alguna forma, sus raíces penetraron las defensas de la casa, y acabó así con la vida de Antxo.

Cuando su padre abre los ojos, apenas un minuto antes de morir, fija la mirada en un punto muy concreto. No los mueve aturdido o asustado por el supuesto ataque que está sufriendo, sino que observa algo. O a alguien. Alguien que no debería estar en esa habitación, en la casa. Lander casi se atreve a decir que es la mirada de quien reconoce al que será su verdugo.

—¿Se te hizo conocido a ti? —le pregunta a la casa, el único testigo mudo de lo que ha pasado en su ausencia. Debería serlo, se plantea, porque no hay otra razón para que le dejara entrar en sus dominios a semejantes horas.

No obtiene respuesta.

Sabiendo como sabe ahora que el Bosque necesitaba atraerlo a Urrun, que parece que los vecinos dependan de él en exclusiva, acabar con la vida de padre era, sin lugar a duda, la mejor forma de hacerlo. Una carta oficial, sin firma ni sello, con el único salvoconducto para sacarlo de las trincheras. Muchas quejas y reproches, muchos susurros de «traidor», «cobarde», pero unos oficiales más que dispuestos a librarse de él sin más miramientos.

Puede que el propio hombre lo desentrañara, reflexiona, en algún punto de su investigación. Si descubrió que el Niño Roto seguía vivo, y había leído los diarios de su hijo, sabía que el estómago del Bosque rugía de ansia y rabia.

Que su muerte era la única salida que les quedaba.

Los pensamientos de Lander se aceleran todavía más.

Por eso se le ve tan nervioso durante toda la hora, una, dos, tres, cuatro esquinas, como si ya se hubiese dado cuenta de la existencia de las orugas y supiera a qué habían venido. Por eso verifica que la caja de documentos continúe donde la ha dejado, al pie de las escaleras, y que una rama no ha atravesado en silencio algún cristal podrido para hacerla desaparecer.

Y de pronto, la revelación: todo cuanto hace, cada gesto, cada movimiento, es una pista para el hijo que tendría que volver y desafiar, tal vez no a uno, sino a dos monstruos. Y él no es capaz de entenderlas.

Desesperado, Lander también levanta la mirada hacia el techo. Una, dos, tres, cuatro esquinas impolutas. Tanto, que contrastan con la sensación de dejadez general que desprende la casa. Su padre estaba realmente obsesionado con que no construyeran nidos en el interior del que ya nunca volvería a ser su hogar.

El hogar de nadie.

Se incorpora de la mesa del comedor y se deja caer en el lado del sofá que no ocupará un difunto horas más tarde. Se queda dormido sin percatarse de que la casa no consigue cerrar del todo la puerta principal.



Se que fuiste tú. De alguna forma que no alcanzo a comprender, mientras no miraba, no escuchaba; puede que ni siquiera estuviese aquí. Cada noche, serpenteando entre sus pesadillas, aprovechando el respiro de ese par de ojos que se negaban a descansar si pensaban que todavía podías estar cerca.

Incluso después de que hiciera todo lo posible para que no pudieses ponerlo en peligro de nuevo, navegaste hasta aquí y envenenaste su mente con heroicidades y guerra. Le dijiste que lo importante era que se marchara lejos. Le pediste que huyese.

Sé que serás tú, y no me importa. Siempre creíste que estabas dos movimientos por delante en esta estúpida partida de ajedrez, pero cuando mi padre decía que cada uno es protagonista de su propia historia se refería a personas de carne y hueso, no a ecos que se niegan a apagarse.

Es cierto que la historia de nuestra familia llegará a su final, pero seré yo quien decida los detalles. Las miradas me preguntan insistentes qué voy a hacer, como si fuera a permitirles salpicar mi petición y mi destino. Todo empezó por culpa suya, aunque tú trates de llevarte parte del mérito. Es razonable que también acabe gracias a él.

Y tú solo podrás mirar y lamentarte.

12

En las raras ocasiones en las que Lander no sueña, se despierta con el recuerdo de una oscuridad absoluta, un profundo vacío pintado de negro. En ocasiones siente que se ha pasado la noche huyendo de él y otras que necesita hacer cualquier cosa por alcanzarlo, pero nunca logra su propósito.

Esta vez, el soldado se ve a sí mismo luchando contra un vórtice oculto por la penumbra. Lanza puñetazos a la nada, que se desgarra como una niebla inquieta y de algún modo devuelve el golpe. La sangre que le gotea de la nariz se pierde a su alrededor, consumida. Quiere gritar, pero en realidad no hace más que murmurar entre dientes, sin llegar a pronunciar palabra alguna.

Es de hecho otra voz la que lo zarandea y logra expulsarlo de la pesadilla. El joven abre los ojos y se descubre de vuelta en su casa, tumbado en el sofá. Abreu lo observa de cerca y da unos tres pasos hacia atrás cuando comprueba que por fin ha despertado. A pesar de la neblina que todavía cubre la mirada de Lander, advierte que el leñador tiene la cara manchada de barro y sangre, la boca desencajada y el labio partido. El vendaje que ya le cubría parte del cuerpo el día en el que se conocieron se ha transformado ahora en una segunda piel que lo tapa casi por completo y cuyos extremos se mueven como si alguien hubiese tratado de arrancarla. Lo poco que alcanza a ver de sus piernas está repleto de mordeduras que reconoce de inmediato.

El soldado se incorpora todo lo rápido que puede y se aproxima a él, pero al ver la puerta de la calle abierta de par en par, levanta el índice de la mano izquierda para excusarse, las dudas ardiéndole entre los dientes, y se dirige hasta ella. Fuera, la noche lo paraliza todo y a su vez impide que Lander pueda asegurarse de que nadie los vigile. El frío termina por despertarlo del todo y, tras dar un portazo y comprobar que las cuatro esquinas del techo están limpias, empieza a enlazar preguntas de forma atropellada. Sin tener modo

alguno de saber qué hora es, su padre podría recomenzar el círculo de un momento a otro, un acto íntimo del que no quiere que Abreu sea testigo.

—¿Estaba la puerta abierta cuando has llegado? —inquiere. El leñador asiente y se deja conducir de vuelta a la sala, donde Lander le ofrece el sillón—. ¿Qué haces aquí? —Antes de que Abreu responda, Lander advierte que podría estar en una recreación de la primera vez que hablaron, y trata de recordar si hay algún detalle sobre el que le convendría no dar una nueva versión. Nervioso, se da cuenta de que todas las conversaciones se le entremezclan y tan solo una retumba con rencor en su mente: «De izquierda a derecha, de derecha a izquierda…».

—He salido corriendo del hospital —tartamudea Abreu, lo que saca a Lander del recuerdo envenenado.

Al leñador le es imposible estarse quieto, en parte por el picor, en parte por el nerviosismo, y gira la cabeza en todas direcciones, como si esperara que algo le saltase encima.

—Aquí dentro no hay procesionarias, tranquilo. —La respuesta de Lander da justo en el clavo. Abreu parece creerle y se deja hundir un poquito más en el sillón.

—Es… es una plaga imposible de detener —explica, y aunque todavía balbucea parece que su voz recobra algo de firmeza—. No estamos avanzando nada, ¡no estamos logrando nada!

—Sí estáis avanzando, créeme —se oye responder Lander, y tiene que hacer un gran esfuerzo para no cubrirse la boca con la mano como cuando un secreto sale al mundo. Trata de arreglar el desaguisado cuanto antes—. ¿Cuántos trabajadores nuevos ha tenido que traer Jonás?

—Unos… Espera, ¿qué? ¿Qué tiene que ver eso con… nada?

—¿Los demás están en el hospital?

—Sí, pero ¿cómo sabes que…?

—¿Por qué has huido de allí? —El leñador, aturdido, decide que lo mejor que puede hacer es concentrarse en dar respuesta a esta última pregunta. El tono de Lander indica que sabe más de lo que deja entrever, aunque Abreu no está convencido de que su explicación no haga que lo tome por un loco.

Los primeros leñadores que se vieron obligados a acudir al hospital, expone, él incluido, recibieron la atención esperada. Puede que se les interrogara más de lo estrictamente necesario, está convencido de que algunos de los detalles respondían más a la mera curiosidad que a razones médicas, pero lo achacó a que se tratara de un pueblo pequeño y nada más. Sí que es cierto, recuerda, que los cuchicheos y risas a su espalda lo pusieron nervioso, pero en seguida lo cubrieron con vendas y lo mandaron de vuelta al trabajo, así que no le dio importancia.

Sin embargo, ya aquella primera vez vio cómo los médicos aconsejaban a algunos de sus compañeros que pasasen la noche en observación, solo por si

acaso, aunque acabaran de explicarles que no existía ningún medicamento demasiado útil contra las mordeduras de procesionaria. Los leñadores se negaron en rotundo, les parecía demasiado alboroto para una tonta picadura, y todos marcharon en dirección al cementerio.

El segundo día, no obstante, un hombre llamado Iván, que era algo mayor que el propio Jonás, accedió a ser ingresado, alentado sobre todo por las dudas médicas respecto a la reacción que semejante cantidad de procesionarias podría acarrear en alguien de su edad. Al día siguiente, cuando otro pequeño grupo tuvo que acercarse hasta el hospital, una de las enfermeras explicó apurada que Iván había ido empeorando a lo largo de la noche y se habían visto obligados a cambiarlo a una habitación especial en la que no podía recibir visitas. Ante la preocupación del resto, aseguraron que estaban haciendo todo lo que podían por él, una frase que nunca nadie quería oír. Falleció al día siguiente, lo que ocultó su círculo de todos los compañeros que quisieron verle caminando una última vez. Para entonces, otras dos personas del grupo habían tenido que ser trasladadas a esa misteriosa sala. Uno de los médicos, previa aprobación de Jonás, firmó el documento de la Última Hora del pobre Iván, que se envió a su viuda junto a una pequeña suma de dinero.

Después de aquello, otro leñador empezó a tener complicaciones, y después un par más, y a los dos días un cuarto y un quinto. De una manera más o menos similar, y ante la atónita mirada de los sanitarios, que decían no comprender lo que estaba sucediendo, fueron perdiendo a más y más compañeros, algunos con picaduras leves, otros con heridas de mayor gravedad. La paranoia los cogió a todos por el cuello, por lo que cada minúsculo percance se transformó en una duda tal vez mortal.

Jonás se puso en contacto con otros grupos de leñadores y les propuso mantenerlos al tanto de la situación por si decidían prestarles ayuda. El problema era que, una vez explicadas las condiciones y sobre todo la paga, nadie se veía capaz de resistirse a venir a Urrun, aún con la amenaza del peligro sobrevolando un trabajo en apariencia común.

—Y digo problema —explicó Abreu— porque, para aquel entonces, y aunque nadie me creyera, estaba convencido de que algo iba mal en ese hospital. Tanto que, cuando un nido me estalló en la cabeza, y sentí que las procesionarias se extendían sobre todo mi cuerpo con rapidez, le pedí a Jonás que me prometiese una cosa: que, por favor, si yo no era capaz de pedirlo, no permitiera de ninguna manera que me ingresasen allí. Pero después, una vez en el hospital, unos médicos llamaron la atención de Jonás para que diera el visto bueno con otros informes y lo apartaron de mí, así que cuando me vi rodeado por enfermeras que insistían en que pasase allí la noche, me levanté con los vendajes a medio colocar y eché a correr hacia aquí.

Lander escucha a Abreu con atención y deja que el silencio se afiance en la casa una vez acaba de hablar y su respiración entrecortada se ve necesitada de

un pequeño descanso. El leñador tiene razón, claro, pero el soldado no se atreve a dársela hasta que no sepa qué hacer a continuación. Un Bosque donde las orugas atacan coordinadas y un hospital más preocupado por ocultar a los heridos que por sanarlos no son más que los primeros pasos hacia un precipicio al que no quiere empujar a nadie. Aunque Abreu busque respuestas, no las obtendrá de su boca. Aún no. Lo que Lander sí que puede hacer, no obstante, es acompañarlo de vuelta al edificio gris y darle su palabra de que no dejará que le ocurra nada.

—Pero tienen que acabar de curarte las heridas y ponerte bien el vendaje, o corres el riesgo de que se complique el asunto. —El leñador lo observa con detenimiento. Lander cree que se pregunta si puede confiar en él o no, y lo entiende, porque no hace más que contestarle de forma esquiva y dejar todas las explicaciones a medias. Abreu, sin embargo, solo piensa en la suerte que tiene de que este vecino del pueblo crea lo que un forastero como él le cuenta, que no lo tome por loco, algo que no le haría demasiada gracia al propio Lander, obsesionado con poner suficiente distancia entre los dos como para poder dejarle atrás en caso de que fuera necesario.

La casa, por su parte, espera paciente a que el leñador salga por la puerta para indicar a su morador lo preocupada que está por el cariz que está tomando todo. Lander se encoge de hombros antes de cerrar la puerta con cuidado y comprobar que nadie ajeno a ella tiene permiso para entrar.

Los dos jóvenes atraviesan el pueblo en un silencio apenas rasguñado por la respiración de Lander, agotado de tanto forzar la pierna, y unos leves quejidos que en ocasiones acompañan el vaivén natural de los brazos de Abreu. El leñador es muy consciente de las miradas que atraen sobre sí, y si bien se resguarda de las mismas bajando la cabeza u observando a Lander, después de un rato necesita consultar con su compañero si hay algo más que debería saber.

—No —contesta Lander, veloz, aunque su boca está a punto de traicionarlo y añadir un «por ahora» que le sería muy difícil de explicar. Decide achacarlo a sus gestos de cansancio y a la ropa medio raída de ambos, y sobre todo al gigantesco vendaje cuyos retazos vuelan en la espalda de Abreu como si de una capa se tratasen. El chico asiente, convencido, y se avergüenza del torbellino que no logra aplacar del todo en su mente.

Al leñador, el trayecto hasta el hospital se le hace todavía más largo que cuando huyó de él. A pesar de que la oscuridad a su alrededor es muy semejante, le inquieta que las farolas parezcan haber perdido fuerza y las sombras se alarguen a un lado y otro de la calle. Los árboles parecen estirarse hacia ellos empujados por un viento que no nota, y juraría que hay alguien que camina oculto entre ellos, siguiéndolos muy de cerca. Prefiere no decírselo a Lander.

La leve inclinación frente al hospital aminora su marcha todavía más, pero

no es Lander quien se queda rezagado sino él, que continúa observando el linde los árboles tratando de distinguir si la enigmática figura es real o fruto de su imaginación. Para su desgracia, Jonás advierte su presencia y les sale al paso, algo que puede otorgar a Lander la posibilidad de separarse de Abreu y llevar adelante una idea que lleva considerando desde que dejaron la casa atrás.

—¿Adónde has ido? ¡Estaba muy preocupado por ti! —grita Jonás, aunque palabras y tono no vayan de la mano. Abreu titubea como un niño frente a su padre, pero Lander le da una explicación bastante convincente que hace que continúe observándolos con incredulidad, pero no añada nada más, al menos por el momento.

—De cualquier forma, Jonás, hemos vuelto para que alguien cualificado pueda echarle un vistazo a la espalda de Abreu. Solo por si las moscas. Y que acaben de colocarle bien el vendaje, por supuesto.

—Me parece correcto. Y me alegro de que al menos uno de los dos tenga un poco de raciocinio. —Abreu baja la cabeza y casi parece que mengüe de tamaño.

—Lo que sí que me gustaría pediros, si no os importa, es que os adelantéis vosotros mientras yo me encargo de otro asunto —dice Lander. Abreu abre la boca, dolido por la traición—. Necesito consultar algunas cosas relacionadas con la Última Hora de padre y me gustaría aprovechar el viaje. —Esto aplaca de inmediato al leñador, que a pesar de sus miedos comprende que en el estado de Lander lo mejor es tratar de evitar cuantos más viajes mejor.

El gigante también asiente y prácticamente arrastra a su compañero hasta el interior del edificio, aunque Abreu en ningún momento oponga resistencia. Lander los sigue de cerca, pero una vez dentro, ellos se dirigen a una enfermera que Jonás reconoce y que los acompaña a la siguiente sala, y el soldado aprovecha que no conoce de nada a la enfermera al otro lado del mostrador para probar suerte de nuevo.

—Buenas noches, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, sí. Me preguntaba si sería posible hablar con un encargado con relación a unas discrepancias en un Informe de Última Hora. —Trata de evitar el tono de pregunta, pero le es imposible. Al menos, al ver el rostro de la enfermera, añade—: Sé que es muy tarde y probablemente no haya nadie, lo entendería sin problemas, pero es que mis horas de sueño se han visto un poco trastocadas desde que regresé. —Ella asiente, comprensiva.

—Me temo que no, señor, no hay nadie que pueda ayudarle. Los dos doctores que están de guardia se encuentran muy ocupados ahora mismo y no sabría decirle cuánto pueden tardar. Pueden ser minutos o puede ser toda la noche.

—Entiendo, entiendo —contesta Lander, que no se rinde y todavía busca la manera de lograr lo que se propone—. ¿Y un forense? —pregunta de forma

atropellada. La enfermera abre los ojos, sorprendida. Él mismo parece impresionado por sus propios reflejos.

—¿Un forense, señor? —articula.

—Sí, por… adelantar trabajo, por decirlo de alguna manera. Creo que las discrepancias podrían ser visibles en el cuerpo del difunto.

—¡Oh! Vaya, lo siento muchísimo, señor. Sería un gravísimo error por nuestra parte.

—No pasa nada, de verdad.

—Diría que el forense dejó de trabajar hará ya unas horas, pero sí que es cierto que hay ocasiones en las que su horario varía, sobre todo si ocurre algo y nos vemos en un apuro. ¿Me podría indicar el nombre del difunto, por favor?

—Antxo Herrera —contesta Lander, paladeando cada sílaba, y se concentra en ver algún tipo de reacción en la enfermera.

Todo el pueblo debería estar al tanto de la situación con su familia, pero si la chica sabe de la conspiración lo disimula muy bien, porque busca un documento entre la pila que tiene a un lado, tuerce el gesto como si no lo encontrara y finalmente se vuelve de nuevo hacia él.

—No encuentro el horario de nuestro forense por ningún lado —admite—, pero todavía cabría la posibilidad de que se encontrase en el edificio. Lo único es que, y me avergüenza tener que pedírselo, estoy sola en este momento y no puedo abandonar mi puesto. ¿Le importaría cruzar esa puerta de ahí, bajar una planta y explicarle esto mismo que me acaba de decir a mí a la enfermera que se encuentre en el mostrador de ese piso? Ella puede avisar al forense, en caso de que esté. —No parece muy convencida de sus propias palabras, lo que no augura nada bueno. Aun así, Lander sabe que no tiene otra opción que seguir con la pantomima.

—Ningún problema, señorita. Muchas gracias por todo.

—¡A usted! ¡Si necesita cualquier otra cosa, no dude en acudir a mí de nuevo!

Lander se despide con la mano al mismo tiempo que cojea hasta la puerta que da a las escaleras. Al llegar allí, sin embargo, se queda paralizado por el alboroto proveniente de la sala en la que ahora mismo se encuentran Jonás y Abreu. De hecho, es la voz del gigante la que se alza sobre todas las demás, aunque no sea capaz de entender una sola palabra. Se pregunta si debería aplazar su pequeña misión y ayudarlos a defenderse de lo que quiera que esté ocurriendo. Su mente se ofusca en mostrar una reyerta entre médicos y leñadores, una en la que los primeros vencen y los segundos son sacrificados, pero al mismo tiempo teme que entrometiéndose no haga más que tentar todavía más a la suerte. Si quiere aprovechar la ocasión que la enfermera le ha brindado, debe atravesar esa puerta antes de que sea demasiado tarde. Avanza un par de pasos más, cierra a su espalda y empieza a descender peldaño tras peldaño para que la distancia ahogue los gritos de una supuesta pesadilla de la

que, si todo va bien, nunca tendrá que ser testigo.



Todos saben lo que ocurre y les da lo mismo. Lo han visto deambulando por las calles, arrastrando su cuerpo despedazado; han visto en qué se ha convertido y no le dan importancia. Como si todos supiesen lo que el Bosque había decidido. Como si pudieran controlarlo; como si no hubiese roto este pueblo ya antes de ser lo que es ahora.

Un incendio, en una noche de viento como aquella, podría haber sido un simple accidente, pero algunos dicen que lo vieron, primero encarándose con Anna, después lanzando el quinqué al suelo; y hay incluso quienes aseguran que estos rumores empezaron a correr por el pueblo casi al mismo tiempo que se apagaban las llamas, cuando los muertos ni siquiera habían empezado a caminar. ¿Cómo es posible que todo el pueblo acepte que el Bosque lo haya escupido de vuelta a su realidad?

13

Lander se percata de que no habrá nadie en el piso inferior nada más bajar dos escalones envueltos en una amarillenta penumbra. La luz que proviene de allí es demasiado débil para que trabajar sea posible. El silencio, antinatural.

Y sin embargo continúa descendiendo, poco a poco y consciente de que es una trampa, porque necesita saber qué o quién le aguarda allí abajo. Está convencido de que el hecho de que lo necesiten implica que no pueden deshacerse de él.

Pero siempre pueden mostrarle cosas.

Al llegar al último escalón, Lander se ve obligado a taparse la nariz con la manga de la camisa. El hedor a abandono y humedad le cosquillea la nariz de forma muy desagradable. Casi parece que hayan preferido dejar morir la planta al completo que buscarle solución. Todas las salas están bañadas por la misma luz enferma y los pasillos, desiertos, pero sospecha que no tardará en descubrir a quienes habitaron este lugar en el pasado.

La primera difunta con la que se cruza es una joven enfermera que, encorvada en medio del pasillo, intenta recobrar el aliento. Cuando Lander llega a su altura, ve que se trata de una chica muy joven, de ojos grandes y oscuros. Tiene el pelo recogido en un moño alto, pero algunos cabellos han logrado escapar y le caen ahora por encima de la cara. Se da cuenta de inmediato. Se deshace el moño, se peina con los dedos y en cuestión de un minuto vuelve a tener el recogido en perfectas condiciones.

De repente, mira hacia un lado y hacia el otro. Lander lee en el gesto de su cara que oye algo que no sabe de dónde proviene. Y que no logra identificar. Da un par de vueltas sobre sí misma hasta que parece adivinar su origen y clava la mirada en un punto lejano que se acerca con rapidez, porque ella va agachando la cabeza poco a poco hasta que, apenas a unos escasos pies de

distancia, reconoce lo que viene y abre mucho los ojos.

La joven grita muda y se golpea el cuerpo con fuerza, se frota las manos, vuelve a girar como si buscara una salida, gimotea al borde de la desesperación. Lentamente primero y tan rápido como el cuerpo se lo permite después, se aleja de algo que prefiere no mirar. El soldado intenta seguirle los pasos, aunque se le haga difícil debido a la cojera.

Y entonces, cuando ambos llegan al fondo de un pasillo especialmente mal iluminado, la enfermera se gira hacia él, se lleva las manos a la garganta y empieza a atragantarse. Lander aparta la mirada, angustiado por esos últimos momentos. Decide dar un par de pasos más y colocarse en su espalda, donde no pueda ver su rostro. Aun así, prefiere entrecerrar los ojos hasta que percibe el fuerte ruido del cuerpo contra las baldosas. Se vuelve hacia ella en el momento justo en el que su cuerpo desaparece. Lander se da cuenta de que tiene la respiración acelerada, por lo que se agacha y queda en cuclillas mientras intenta calmarse. Sin preverlo, el hedor le induce a vomitar el poco alimento que ha consumido a lo largo del día. No, espera… que consumió ayer. ¿Cuándo…?

El olor acre se añade al ya inaguantable hedor, lo que termina por marearlo. Se apoya en la pared que tiene justo al lado y deja que su espalda resbale hasta que queda sentado en el suelo. No tiene prisa; se da a sí mismo todo el tiempo del mundo.

Al cabo de un rato, alza la mirada hacia las paredes que lo rodean y descubre un manto ennegrecido que se mueve como un único latido. Se pregunta cómo han podido llegar hasta allí, pero sospecha que lo estaban buscando a él y no lo dejarán ir ahora que le han dado alcance. La enfermera del mostrador ha avisado al Bosque, es la única explicación. Había jugado con él desde la primera frase. Le preocupa cómo estarán los pasillos que acaba de cruzar detrás de esta chica, si será viable utilizar las escaleras de vuelta al vestíbulo. Tendrá que sufrir algunas mordeduras de procesionaria, eso seguro, pero no llegarían a matarlo, ¿verdad? Conoce casos de animales pequeños, y nada más. Los niños sienten que arden por dentro, que se quiebran —estén rotos de antes o no—, pero después despiertan en el hospital. En este mismo hospital.

Decide que lo mejor es no arriesgarse y se adentra todavía más en el esqueleto de la planta abandonada en busca de otra vía de escape. No echa a correr, no puede, pero acelera todo lo que su pierna le permite. Unos pasos le persiguen, y están cada vez más cerca.

En cuanto gira a la derecha y se adentra en un larguísimo pasillo, los difuntos se multiplican a su alrededor. Un hombre boquea y se desploma a su lado. Los espectros se amontonan en las pocas camas que ve en las habitaciones a ambos lados del corredor. Sus cuerpos se entrelazan en apenas minutos de diferencia, lo que hace que alguien grite y una mano le brote de la

garganta, o que una señora mayor de repente tenga una segunda cabeza y una tercera pierna famélica. Todos sufren.

Lander comprende de pronto que se encuentra en el ala de los pacientes ingresados, allí donde no se admiten visitas, y teme que la situación solo pueda ir a peor. O puede que encuentre a los leñadores.

Unos niños corren a su alrededor sin una preocupación en el mundo. Otro los observa desde el borde de una camilla sucia. Su única pierna se balancea de un lado al otro, inquieta.

El soldado cruza una nueva puerta que, en vez de conducirle a otro tramo de escaleras, le da la bienvenida a la sala de los pacientes más graves: seis camillas abandonadas al polvo en las que todavía se distingue la sangre seca, los restos de vómito y orines. Los muelles chirrían sin cesar. Los difuntos se retuercen en muecas de agonía silenciada. Lander intenta no perderse en la desesperación de sus círculos, pero enseguida se percata de que uno de ellos lo observa con unos ojos sin párpados, carbonizado de los pies a la cabeza, y a pesar del amasijo de otros espectros que se intuyen a través del cuerpo, su mente revela a Lander que reconoce esta mirada: Markel Segarra, jefe de pista del circo de Urrun.

«No puede ser real», piensa, porque el círculo de este hombre debería haber terminado años atrás. Nadie repite su muerte por toda la eternidad.

Y sin embargo ahí está, delante de él, cubierto de quemaduras tan graves que apenas queda piel o músculo más allá del rostro, y las costillas le sobresalen de forma grotesca. Un oscuro recodo en el cráneo de Lander libera de nuevo el repicar de una campanilla.

«¡Abandonad la carpa de inmediato!».

El espectro abre los ojos con lentitud y se gira hacia él. Lander identifica de inmediato la palabra en su boca sin labios: «Tú». Tarda en reaccionar, porque de pronto se da cuenta de que no solo ha reconocido lo que decía, sino que también lo ha oído.

—Tú podrías haberlo evitado —espeta el difunto con rencor.

El soldado retrocede mientras su cabeza grita que está desvariando: el jefe de pista no puede seguir ahí, en el plano de los vivos; el difunto no puede verlo ni admitir su presencia; y, por encima de todo, no puede hablar en alto.

—No tienes idea de lo que el Bosque puede hacer cuando quiere algo de ti —continúa el jefe de pista, tal vez como amenaza, tal vez como advertencia, y, ante la aterrada mirada de Lander, el hombre-espectro desciende de la camilla y avanza hacia él, paso a paso, hasta atravesarlo.

La campanilla se acerca cada vez más. Los recuerdos de su niñez se entremezclan con los horrores de la guerra. Los soldados se desploman en un amasijo de carne y brasas; los niños ríen a carcajadas, los adultos aplauden. Su familia amenazó con desheredarlo cuando les habló de la creación del circo. Un favor desaprovechado. ¡Y a saber cuáles serían las consecuencias! Su mujer

se negó a ver ninguna función y terminó abandonándolo y marchándose del pueblo. Eso espera, al menos. Por vergüenza, supuso el día que encontró la casa medio vacía y ni rastro de ella.

No, espera, esa vida no le pertenece. Esos recuerdos no le pertenecen.

Un soldado muere en sus brazos y se pregunta si flotará durante su Última Hora, pero nunca se atreve a comprobarlo.

No quiere utilizar el circo para atraer a futuras víctimas, esto no es lo que acordaron.

Las promesas del Bosque son promesas vacías.

Se camuflaron entre los muertos para acabar con la vida de muchos más, pero tantos círculos en un mismo lugar, unos encima de otros, terminaron por engullir el cuerpo y alma de más de uno.

Debería haber movido esa lámpara, haber dispersado a los artistas. Podría haber evitado lo que vino a continuación. Pero ni siquiera su amigo hizo algo.

Sus compañeros no comprenden que regrese al pueblo y le dan la espalda, de igual manera que él se la dio a Erio cuando más lo necesitaba.

El Niño Roto no debería haber sobrevivido ni siquiera a su nacimiento, debería haber muerto allí, sacrificado en el Bosque, pero su madre se negó a hacerlo y ahora todos compartimos su carga.

Tal vez debería haber ardido en el circo.

Tal vez deberías haber ardido con el circo.

El fuego le destroza las entrañas y asciende por la tráquea. No puede gritar. Morirá si no consigue separarse de este difunto que escupe arrepentimiento y odio a partes iguales.

La piel de ambos se desgarra cuando Lander rompe el enlace y cae de bruces frente a una marea de difuntos que lo observa con una terrible mueca dibujada en las caras. De forma ordenada, todos se hacen a un lado para dejar paso a una pequeña figura que avanza con paso renqueante. No puede ser. El jefe de pista explota en cientos de motas brillantes que lo aguijonean como trozos de cristal, pero su mente ni tan solo es capaz de interpretar el dolor.

—¿Erio? —pregunta, y aunque sabe que es imposible, y que debería retroceder, avanza hipnotizado hacia él.

—¡Lander! ¡Lander, ten cuidado! —La voz de Abreu se materializa a sus espaldas y lo hace regresar al presente.

Aturdido y desorientado, como si una bomba acabara de estallar a su lado, se descubre solo y se tambalea un par de pasos hacia el leñador.

—¿Lo has visto? —pregunta, antes de desplomarse hacia adelante. Abreu tira de su cuerpo de vuelta hacia las escaleras, donde Jonás les aguarda.

—¿Qué ha ocurrido? —inquiere.

—No lo sé —responde el joven leñador, pero no se atreve a apartar la mirada del oscuro pasillo hasta que no se encuentran a salvo.

Cuando están a punto de atravesar la puerta, decenas de orugas

descienden de las piernas de Lander y desaparecen como si nunca hubiesen estado ahí.

Los muertos ríen.

Abreu los oye perfectamente.



Acorde a lo que ya sospechaba, Markel Segarra murió con la certeza de que Urrun no tenía salvación. En los diarios recuperados de la que fue su casa menciona que «al pueblo no le importaba la realidad que se ocultaba tras el poder del Bosque» y que «nadie estaba dispuesto a enmudecer aquella voz para siempre». A continuación, listaba diferentes favores de los que había tenido conocimiento y las consecuencias que cada uno de ellos había traído tanto para quien había pedido el favor como para sus descendientes. «Padres que obligan a hijos a continuar con los pagos, que a su vez obligan a los suyos…».

Lo más triste de todo es ver su evolución a través de las páginas, cómo el pobre hombre pasa de estar ilusionado por el circo y sus compañeros a tener dudas respecto a lo que se ven obligados a hacer, a sentirse humillado al ver «en primera persona» lo que el «monstruo» hace a sus «acólitos». Es posible, por cierto, que esta sea la primera vez que alguien utiliza dicha palabra para referirse a los vecinos, ya que nadie se había planteado la existencia del Bosque y sus favores como una especie de religión maldita.

La última anotación del jefe de pista es la siguiente: «No habrá forma de pararlo. Terminará por devorarnos a todos. Ya puedo oír cómo me llama. Este pago se saldará conmigo, al menos. Mientras tanto, la función debe continuar».

14

A pesar de la insistencia de Jonás, Lander decide que no quiere ponerse en manos de ningún médico, y les pide que lo ayuden a salir del hospital antes de que alguien se dé cuenta de su estado. El gigante parece querer protestar, pero Abreu lo obedece de inmediato y, entre los dos, arrastran a Lander hasta el exterior, donde esquivan a una veintena de difuntos antes de encontrar un sitio tranquilo en el que el soldado pueda sentarse.

Lander, inquieto, observa cada una de las demacradas caras que pasan demasiado cerca por si alguna se girara hacia él. No lo hacen y, sin embargo, eso tampoco le tranquiliza del todo.

—¿Qué ha pasado? —vuelve a preguntar Jonás. Abreu clava la vista al suelo; no está seguro de poderse fiar de lo que cree haber visto en ese sótano. Los muertos no hacen ruido, se repite a sí mismo, y lo hará todas las veces que sea necesario hasta que se lo crea: los. Muertos. No. Hacen. Ruido.

«No tienes idea de lo que el Bosque puede hacer cuando le fallas».

—No estoy seguro —responde Lander, su confesión genuina—. Pero… —continúa—, creo que sé con quién debería hablar. Y creo que vosotros deberíais recoger el campamento y marcharos de aquí.

—¿Cómo? —inquiere Jonás—. ¿Por qué?

—Estamos en peligro —responde Abreu, que no necesita esperar a las palabras de Lander. El soldado asiente.

—No podemos marcharnos con el trabajo a medio terminar —argumenta Jonás.

—Es más que probable que nunca acabéis este trabajo —confiesa Lander, dispuesto a poner las cartas (no todas, pero sí las necesarias) sobre la mesa. El Bosque aprieta los dientes y sisea como una serpiente a punto de atacar.

—No quiero oír más tonterías. —El gigante se aleja un par de pasos de Lander y Abreu. Su compañero lo observa con preocupación y miedo. Las

manos del soldado se frotan la una contra la otra, demasiado nervioso como para sacar fuerzas y enfrentarse a Jonás. Los árboles se burlan de él.

—Deberías dejar que cada uno decida si quiere continuar con el encargo o no —balbucea Abreu de pronto. Resulta evidente que no está acostumbrado a dirigirse así a nadie de un rango superior a él, y el labio le tiembla incluso después de haber terminado de hablar. Jonás se lleva las manos a la cabeza y después se encoge de hombros y gesticula.

—No podéis pretender que tire a la basura tantos días de trabajo, ¡tantos heridos!, si no me contáis qué está pasando. Quiero una explicación detallada sin maldiciones ni otros cuentos de por medio.

—Pero Jonás, es que…

—Ni «es que» ni nada, Abreu. Quiero una explicación. Ya.

—Él no tiene toda la información, Jonás —responde Lander, y resopla—. La verdad es que ni siquiera yo la tengo. Por eso necesito hablar con… —El gigante levanta una mano y Lander se queda a media frase.

—No sé qué juego te traes entre manos. Tampoco sé cómo ni por qué has enredado a Abreu en él, pero estoy agotado y tenemos varias jornadas antes de poder volver a casa. Y tú y yo —se dirige a su compañero— hablaremos en el campamento —concluye, y camina cuesta abajo sin esperar a que ninguno de los jóvenes responda. Abreu da un par de pasos hacia él, duda y se gira hacia Lander.

—Tengo que… Voy a… Tengo que ir con él —anuncia. Lander, asiente, comprensivo.

—Ten mucho cuidado.

—Lo haré, tranquilo. —Abreu corre tras Jonás hasta llegar a su altura. Lander ve cómo los dos giran hacia la derecha mientras la voz del Bosque trata de abrirse camino hasta él.

«No volverás a verlos», miente. «Tus inseguridades y tu cobardía acaban de sellar su destino. Claro que, siempre puedes acudir a mí…».

—No —dice Lander en alto. Un hombre que pasa a su lado lo observa con gesto de extrañeza. El soldado toma el camino hacia su barrio con lentitud mientras su cabeza se transforma una vez más en un hervidero de dudas y miedos.

A pesar de todo, es la primera vez que sabe con toda convicción lo que tiene que hacer.

15

El señor Guridi responde a los golpes en su puerta con la cautela propia de una persona entrada ya en la vejez.

—¿Quién es? —pregunta, a pesar de estar convencido de quién espera al otro lado.

—Soy yo, soy Lander. —Tal y como temía.

Descorre el candado y abre la pesada puerta con lentitud y cuidado. La forma en la que observa a Lander hace que este recuerde el terrible aspecto que debe tener y se frote la cara con las manos, como si así pudiese difuminar las terribles ojeras o la mueca de espanto en una cara que lleva demasiados días sin dormir.

A su vez, Lander observa de vuelta al señor Guridi, y la bata de lana que el anciano lleva anudada al cuerpo le hace temer que sea más tarde de lo que cree. Sin embargo, el anciano sonríe de forma desproporcionada antes de que pueda disculparse y lo apresura para que entre en casa como si temiera que alguien pudiese verlos. El anciano apoya la escopeta de su difunta mujer en el costado de la puerta una vez se cerciora de que nadie lo acompaña.

—¡Bienvenido, bienvenido! —Su tono es demasiado jovial. A Lander le recuerda a un mal actor de teatro—. Me alegro mucho de verte, hijo. ¡Y qué puntería! Justo nos preparábamos para cenar. Pasa, pasa, hay comida de sobra para todos. —Otra vez ese plural que se le clava como una mata de alfileres.

Se resiste a cambiar el gesto cuando descubre a Anna, la antigua señora de la casa, sentada a la mesa. Mientras el señor Guridi entra en la cocina como una exhalación, alertado por un ínfimo olor a quemado, él se queda de pie en el linde del comedor y observa cómo ella se alimenta sin ganas de una cena que ya no está ahí. No le sorprende encontrarse con que el hombre haya preparado platos y cubertería para dos ni que haya vertido un poco de agua en

la copa que el espectro tiene delante. Siente lástima, pero todos conocen casos similares en los que la familia deja la cama descubierta para que el difunto pueda acostarse, o la televisión encendida durante toda la noche para que le haga compañía.

Si los muertos no desaparecen, los vivos no descansan.

Cada día que pasa lo comprende un poco mejor.

—¿Puedes coger un plato y cubiertos de la alacena, Lander? —pregunta el señor Guridi desde la cocina—. ¡Esto ya casi está! ¡Un minutito y un par de vueltas como mucho! —El joven soldado obedece aún a pesar de las vocales que brotan demasiado agudas de boca del anciano.

Se acerca al mueble, que está justo detrás de Anna, y retira lo pedido tan rápido como le es posible. El fondo de la alacena está repleto de fotografías dobladas que el pobre hombre ha descolgado de las paredes: Anna con sus animales, la carpa del circo un brillante día de sol, una foto de él, bastantes años más joven, sonriendo mientras graba una función. Por toda la casa, los marcos continúan colgados pero vacíos.

El viento que se cuela a través de la única ventana abierta arrastra una carcajada siniestra. De pronto, Lander siente la mirada de la difunta clavada en la espalda y por un momento imagina que se la va a encontrar girada hacia él, observándolo. Como los espectros del hospital. Como el resto de las almas provenientes del circo que, por alguna razón, no logran descansar. Está convencido de que habría salido mal parado si el señor Guridi no hubiese aparecido en el salón en ese preciso momento, un puchero repleto de carne guisada entre sus temblorosas manos.

—Bueno, muchacho, dime, ¿qué tal va todo? No quiero ser de esas personas, pero la verdad es que no tienes buena cara. ¿Se ha complicado la cosa? ¿Necesitas ayuda con algún documento en concreto, algo? —pregunta el hombre mientras sirve una cena que, Lander sospecha, había preparado para él mismo y su mujer.

—No exactamente —titubea, aunque su primera reacción es la de enfrentarse a él y acelerar esta farsa todo lo posible. A fin de seguirle el juego, que crea que Edurne no ha hablado con él, decide describirle la Última Hora de padre, pedirle opinión sobre lo que él cree ver, ese «no», «tú», que lo trae de cabeza.

Para su sorpresa, el anciano se levanta y cierra la ventana. A ojos de Lander, parece que tenga que luchar contra una fuerza que se resiste a quedar fuera de la conversación, pero al final es el señor Guridi el que sale victorioso y corre también las cortinas, opacas, como si necesitara cerciorarse de que no quede ni un solo resquicio del mundo exterior. Hasta ese momento, demasiado concentrado en Anna, Lander no se había percatado de que es así como se encuentran el resto de las ventanas que alcanza a ver.

—¿Qué haces todavía aquí? —le pregunta en un susurro, cauteloso.

—Necesito ver la grabación del incendio del circo —responde él.

—¿Qué? —La pregunta coge al anciano por sorpresa—. Pero, pero ¿para qué? —En su cabeza, ninguna de las opciones posibles pasa por esa grabación. Nadie había mencionado que la necesitase. A no ser que…—. Lander, ¿con quién has hablado?

—Con los vecinos que han sido tan amables como para venir a darme el pésame —contesta el joven, dispuesto a ofrecerle la lista completa de los últimos días—. Contigo. Con Jonás, el capataz de los leñadores. Abreu, otro de los leñadores, que a su vez sé que también habló contigo. Con Edurne, en el hospital. —El anciano, que hasta ese momento removía el guiso con la cuchara, la deja apoyada en el plato, observa a su mujer y se gira hacia Lander como si fuera a contestarle, pero entonces Lander da la estocada final—: También he visto a Erio. —Ambos se miran en completo silencio, como si hubiesen quedado petrificados. La difunta es la única que continúa atenta a su cena, el chirrido del tenedor sobre el plato el único ruido del lugar.

—¿Dónde? —pregunta.

—En el sótano del hospital. —Los hombros del señor Guridi se relajan como si Lander acabara de quitarle un gran peso de encima.

—Sí, yo también lo he estado viendo —confiesa—. Desde hace semanas, sobre todo de noche. Deambula alrededor de tu casa como si buscase la forma de entrar. No sé si llegaste a poder observarlo de cerca, pero no parece real; es como si estuviera hecho de ramas, barro e insectos, y sin embargo de lejos tiene el mismo aspecto que entonces, la misma forma de caminar…

—¿Por qué tiene el Bosque tanto interés en que alguien se deshaga de Erio?

—No lo sé —responde el anciano.

—¿Acaso simboliza algún tipo de amenaza para él?

—De verdad que no lo sé.

—No me mientas, por favor.

—No te estoy mintiendo Lander, es solo que no lo sé.

—De acuerdo. Tengo otra pregunta. —El señor Guridi asiente, aunque es posible que el nudo en la garganta no le deje responder.

—¿Cuándo apareció Erio?

—Hace semanas, ya te lo he dicho.

—¿Antes o después de la muerte de padre?

—Eso sí que no lo sé.

—¿Antes o después? Vamos, sí que lo sabes. Yo lo sé. Solo necesito que me lo confirmes.

—Antes.

—¿Y por eso estaba padre intentando recopilar información sobre él? ¿Porque creía que era la clave para destruir el Bosque?

—¡No pienso volver a tener esta conversación! —brama el anciano dando un golpe sobre la mesa.

El guiso tiembla en los platos, aunque no llega a rebasar. Lander sabe que ahora es el momento de sonsacarle el resto de la verdad, de que le confiese hasta el último detalle; pero, antes de que pueda añadir nada más, la difunta se incorpora de la mesa con tal decisión que ambos oyen cómo la silla de aquel día cae hacia atrás. Lander también se incorpora, derramando ahora sí parte de la salsa, e intenta retroceder, convencido de que el Bosque la acaba de sustraer de su círculo. Sin embargo, el señor Guridi la mira con tanta ternura y dolor que comprende de inmediato que es algo que vive a diario.

Entonces, para sorpresa del soldado, Anna levanta la mirada al techo y observa las esquinas. Una, dos, tres, cuatro. Lander la imita, aterrorizado, pero no hay procesionarias a la vista.

Mientras tanto, la mujer recoge un poco la cocina, se enjuaga las lágrimas un par de veces y corre escaleras arriba.

—Nos vemos pronto, mi amor —se despide el señor Guridi con los ojos brillantes.

Lander continúa paralizado donde está. En el segundo piso, una silla se arrastra por el suelo y, después de un par de minutos agónicos, cae un gran estallido. Lander siente el nudo de la soga en su propia garganta. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda… Odia que haya pasado por un final semejante. Sin saber muy bien qué hacer, vuelve a sentarse a la mesa y observa al pobre anciano.

—Sabía que no estaba bien —admite este con voz temblorosa—. Hacía noches que ella se había obsesionado con fantasmas e insectos y que yo veía cómo se apagaba. Te juro que quería comprender por lo que estaba pasando, por lo que yo le había hecho, pero lo cierto es que estaba igual de aterrorizado que ella. Le decía que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, que yo no oía nada, pero era mentira y sabíamos que algo iba a por ella. Me intenté convencer de que no era… —Señala hacia la ventana. Las ramas acarician el cristal desde fuera—. No sé, todos los favores se marchitan, ¿por qué iba a ser este la excepción? Así que, a pesar del miedo que tenía a dejarla sola, decidí acudir a tu padre. ¿Quién mejor para saber qué hacer, cómo actuar? Y me dijo que él también llevaba días oyendo su nombre en el viento, como si el tiempo se le agotara, pero que tenía un proyecto entre manos que lo solucionaría todo.

»«Por nuestras mujeres», creo que fueron las palabras exactas. Tú te habías marchado al frente hacía ya semanas, por lo que supongo que Antxo había tenido tiempo de sobra para hundirse en los recuerdos de Amalur. —Lander siente un escalofrío al oír el nombre de su madre después de tanto tiempo de silencio—. Piensa que a veces no es fácil avanzar, sobre todo cuando la sientes a tu alrededor todo el día. Me mostró su proyecto y me dijo que tenía que tomar una decisión cuanto antes. —Bebe un poco de agua y se enjuaga las lágrimas—. Le dije que necesitaba tiempo para pensármelo y de camino a casa lo vi por primera vez: una sombra desfigurada, como hueca, que arrastraba

una de sus piernas. Se giró hacia mí, me llamó por mi nombre y desapareció en el linde del Bosque entre carcajadas. Supe de inmediato que esa era la voz que habíamos estado oyendo, así que corrí tan rápido como pude de vuelta a casa. —Su voz se pierde más allá de los susurros y se tapa la cara con las manos, incapaz de detener las lágrimas durante más tiempo. Lander lo oye sollozar—. El silencio, muchacho —continúa, haciendo un gran esfuerzo para que se le entienda—. Creo que nunca antes me había aterrado tanto el silencio de una casa. La encontré arriba, en el dormitorio. Intenté reanimarla, pero no pude. No llegué a tiempo. Las primeras noches me obsesioné mucho con su círculo, porque me daba la sensación de que el último gesto del cuerpo antes de desaparecer era un movimiento que no podía ser natural, como si alguien tirara de ella. Estaba convencido de que era yo tratando de soltar el nudo de la soga, bajarla de ahí. Que podría haber llegado a tiempo de no haberme cruzado con el Niño Roto. Y que él lo sabía. Así que cuando el Bosque ordenó que encontrásemos a alguien que pudiese darle caza, no dudé ni un instante en decidir. —Arrastra la silla hacia atrás con pesadez y se levanta poco a poco para asegurarse de que las piernas aguantan el peso del resto de su cuerpo.

—¿Cuál era el proyecto de padre? —pregunta Lander, pero el anciano lo ignora y abre diferentes puertas de un mueble en busca de algo que no acaba de encontrar. Lanza mantelería al suelo, aparta vasos sin ninguna delicadeza—. Señor Guridi, por favor, si es una forma de acabar con el Bosque, por peligrosa que sea, necesito saberlo. Por favor, ¿cuál era el proyecto de padre?

—Tú —contesta él, apenado, al mismo tiempo que le entrega una cinta de vídeo y se aferra a sus manos con dolor y remordimiento.

16

Once de noviembre, función de la tarde.

La grabación da comienzo unos minutos antes del inicio de la función en sí. El público, muchos de ellos rostros vagamente conocidos, ocupan sus lugares en los asientos de la carpa. Varios niños cruzan la pista de lado a lado, a la carrera y sin parar de gritar, felices de pisar la misma arena por la que luego desfilarán tanto artistas como animales maravillosos. A uno de ellos se le derrama parte de su gigantesca ración de palomitas. Un padre entra veloz en escena a reprenderlo, y un trabajador aparece igual de rápido para barrer las palomitas derramadas, ve que se lleva parte de la arena y después de un par de intentos, y algún que otro juramento, opta por recogerlas una a una.

—Anda que… —murmura Senen Guridi al otro lado de la cámara. Su voz es la misma, pero se nota menos cansada.

Lander se busca entre el público guiado por lo poco que recuerda: Erio siempre prefería sentarse en uno de los laterales, preferiblemente a la izquierda de la entrada a pista, por si de algún modo lograba ver algo de lo que ocurría entre bambalinas.

Ahí están, primero Erio, después él y por último su padre. Se acongoja cuando ve que su yo del pasado mira a cámara y saluda al señor Guridi. Erio, como de costumbre, parece más interesado en mirar hacia las telas que cubren la parte privada de la carpa. Su padre también saluda a cámara con efusividad y grita algo que Lander desde el sofá no descifra, pero sí el señor Guridi, que contesta con un «luego, luego» que supone que exagera con la boca o los gestos, porque apenas se lo escucha en la grabación, aunque hace que la cámara tiemble, algo que lo obliga a centrarse de nuevo en su labor.

Lander rebobina la cinta y se detiene sobre el fotograma en el que puede ver la cara de Erio antes de que se gire hacia su izquierda. El chico que ve en la

imagen estática de su televisión no es más que un chiquillo que tuvo la mala suerte de nacer diferente, pero, a pesar de su pierna y de las pequeñas deformidades que se intuyen en cuerpo y rostro, tiene el mismo gesto de emoción, el mismo brillo en los ojos que cualquier otro de los niños, a pesar de que estén más cerca de doblarlos en edad.

Nada que ver con el monstruo que percibió en el sótano del hospital y que estuvo a punto de matarlo ni con el espectro que tomó partido en la muerte de Anna y, cada vez está más convencido, en la de su padre.

De repente, y después de tantos años, Lander se descubre capaz de recordar todos los detalles de aquella función como si hubiera tenido lugar apenas unos días atrás, pero también sabe que los recuerdos mienten, por lo que repasa número tras número, ovación tras ovación, con la mirada clavada tanto en los artistas como en los pocos momentos en los que la cámara graba la reacción del público.

Por si acaso, por si hubiese algo más importante aparte de lo que ya sospecha.

A pesar de ello, llega incluso a disfrutar del espectáculo como ya lo hizo en su momento, y es que resulta fascinante que un proyecto semejante brotara de un lugar como Urrun, fuese un favor del Bosque o no. Las piruetas de los trapecistas son espectaculares; los trucos de magia, para los que el señor Guridi tiene que emplear a fondo el zoom de la cámara, algo irrepetible; y la maestría de Anna con sus animales es tal que se sorprende a sí mismo conteniendo la respiración mientras los tigres saltan de un obstáculo en llamas al otro.

Sin embargo, su cabeza presiente que el momento acecha, y se lo recuerda con un extraño cosquilleo en el estómago.

El primero de los payasos, el de peluca verde, hace su entrada de forma muy graciosa, pero Lander, que sabe de sobra lo que está a punto de ocurrir, traga saliva con dificultad y resopla un par de veces, incapaz de entrar en el juego. El payaso ejecuta los tres primeros números en el centro de la pista y en dos momentos distintos se le unen otros dos payasos más, el de peluca naranja y el de peluca azul. Los aplausos y las carcajadas resuenan por toda la carpa.

A continuación, los tres payasos se repliegan hasta la entrada de la pista, apenas un par de metros por delante de la cortina que oculta la zona de bastidores. El payaso de la peluca naranja coloca allí un lienzo gigante que los tapa por completo. Azul trae una lámpara; Verde, la segunda. Todos los focos se apagan para que los espectadores tengan un único punto de luz en el que concentrarse, pero, dependiendo del momento, Lander alcanza a verse a sí mismo, y a Erio, en la parte izquierda del plano.

Naranja se introduce detrás del lienzo tras un original número de mímica y empieza a dibujar sombras con las manos. Simples primero, una paloma, un perro, un elefante. Siluetas que cualquiera podría hacer con un poco de

práctica.

Al mismo tiempo, Azul pide al público que grite con todas sus fuerzas qué son las imágenes que ven. La cámara se gira hacia a la gente y, debido a su localización, se ve respondiendo a pleno pulmón. Su padre llegó a abroncarlo en alguna ocasión por quedarse afónico tras una de las funciones.

Poco a poco, algunas de las figuras se transforman en marañas absurdas que nadie puede adivinar, y todos gritan y se carcajean al mismo tiempo. Otras son literalmente imposibles de crear con las manos, como un zapato de payaso o un gato que incluso maúlla, inquieto, lo que hace que el público se ría todavía más.

De repente, y tras apartar algo que parece un trombón, Naranja tropieza con el cable de una de las lámparas y la derriba. Azul corre a colocarla de nuevo y, durante un momento, su sombra aparece reflejada en el lienzo, completamente deformada.

Lander cierra los ojos y escucha al público antes de que ocurra en la propia grabación. «¡Es el Niño Roto! ¡Es el Niño Roto!», gritan, y las carcajadas resuenan tan alto que es posible que hayan traspasado el televisor y llegado al presente.

Se dice que el jefe de pista, de camino al hospital, no cesaba de pedir perdón por lo sucedido, arrepentido de no haberle puesto freno de inmediato.

El propio Lander se siente apesadumbrado. ¡Hubiese sido tan fácil coger a Erio de la mano y sacarlo de allí! En la realidad, no obstante, cuando los payasos decidieron aprovechar el ímpetu de las risotadas —y Naranja empezó a moverse de un lado a otro del lienzo, a arrastrar una de sus piernas como lo hacía Erio, e incluso el resto de los artistas se asomó a pista para no perderse ni un detalle del espectáculo—, Lander bajó la mirada al sucio suelo infestado de palomitas y se mantuvo quieto en su asiento, en silencio y casi sin respirar, deseando que acabara, y ni siquiera se atrevió a girarse hacia ese chico que, si no había estado roto hasta el momento, lo estaría de aquí en adelante.

Demasiado tarde para cambiar el pasado.

La función sigue su curso y él recuerda oírla, pero no verla. El Lander del presente tampoco disfruta de la función y tan solo espera el próximo barrido de cámara; necesita que llegue cuanto antes. Y ahí está, fugaz para centrarse en los acróbatas una vez más, por lo que rebobina, avanza, pausa. Rebobina otra vez, pausa. Se acerca al televisor, se pone de rodillas. Después de unos minutos que se le hacen eternos, de manipular la cinta segundo a segundo, Lander logra descifrar la imagen tras el granulado: él, con la cabeza aún agachada.

Y a su izquierda el asiento de Erio, vacío. Justo antes de que todo comenzara a arder.

17

El tiempo se detiene, o al menos se repliega sobre sí mismo, mientras los pensamientos de Lander saltan de un recuerdo a otro hasta que finalmente se transforman en un terrible dolor de cabeza. La fiebre, que había logrado apartar a un segundo plano, parece estar lista para un nuevo asalto. El soldado cambia de posición e, incapaz de asegurar que la pierna no vaya a traicionarle si intenta incorporarse, se sienta en el suelo. No puede dejar de mirar la pantalla, el hueco que siempre había sospechado que estaba ahí. Si tan solo se hubiese atrevido a girar la cabeza…

Un escalofrío recorre el cuerpo de Lander; alguien le observa. Podría ser la casa, la cual había decidido no reaccionar a pesar de sentirlo otra vez en su interior, pero la tensión en sus hombros le advierte de un peligro mayor, algo a lo que no se ha enfrentado aún.

Tal vez el Niño Roto, harto de esperar, haya decidido que lo mejor es que Lander no vuelva a deambular por las calles de Urrun.

O puede que sea el Bosque, lo suficientemente hambriento como para arrancar un pedazo de sí mismo y enviarlo a matar en su nombre.

Lander se gira muy poco a poco y trata de convencerse de que podrá hacer frente a quienquiera que lo amenaza. Y de pronto se encuentra cara a cara con el espectro de su padre, que lo observa desde el sofá.

—No es la hora —se oye murmurar en alto. Y es cierto que no debería ser tan tarde, que la madrugada no ha podido alcanzarlo por sorpresa, ¿verdad? Hace apenas un par de horas que ha salido de casa de los Guridi con la cinta de vídeo bajo el brazo.

Y, sin embargo, su padre está allí. Sabe que no lo ve, sino que observa la televisión, pero su mirada lo atraviesa de igual manera. Despertando poco a poco de la parálisis que lo gobierna, el soldado se acerca a gatas para

contemplar por primera vez los rasgos de su rostro, demacrado y surcado por viejos temores antes incluso de morir.

La casa, ahora sí, despierta y gimotea a su alrededor. El televisor tiembla; tal vez le esté pidiendo que apague la cinta, que evite que su padre reviva aquel momento de nuevo, pero la imagen está congelada en ese preciso instante y él no se ve capaz de apartar la mirada del difunto.

—Lo siento mucho, papá —suspira. Hace años que decidió no llamarlo así y marcar una distancia entre ambos, pero encontrarse tan cerca de esa mirada pétrea lo ha devuelto a su niñez.

Este es el hombre que le gritaba cada vez que desobedecía, que lo ignoraba cuando más lo necesitaba, que abandonó a Erio a las llamas del circo, pero se queda a su lado, agazapado, mientras el círculo a deshora sigue su curso. Si llegó a perdonarlo fue porque era incapaz de imaginarse a sí mismo como alguien de quien Antxo no estuviera orgulloso, pero ahora algo reaviva tanto el miedo como el rencor, como si el pasado continuase repicando en su cráneo.

El espectro ya no entiende de sentimientos, solo de repeticiones. Se incorpora del sofá y levanta la mirada al techo por primera vez: una, dos, tres, cuatro esquinas.

Lander decide dejarlo solo por el momento, pero algo le obliga a subir al piso de arriba antes de que él lo haga, cerciorarse de que están solos. El octavo escalón cruje y la casa protesta, pero Lander no entiende que está intentando avisarlo antes de que sea demasiado tarde.

Contempla los movimientos del difunto desde allí; los gestos, las miradas. La casa todavía intenta llamar su atención, cada vez más desesperada: «No es tu padre». Lander abre la puerta del baño cuando oye cómo su padre asciende las escaleras, aunque sabe que no sirve de nada. Ahora que ya no tiene que analizar sus gestos, ahora que ya nada importa, puede simplemente observar cómo se lava la cara y cómo, por un instante, parece que busque a alguien en el reflejo del espejo. Cosa de su imaginación, que le juega una mala pasada a sabiendas de que ya nunca podrá despedirse de él.

Se queda en la puerta del dormitorio, una vez más, a escasos centímetros de ese lugar sagrado e impenetrable. La casa aúlla y Lander cree que, como le está ocurriendo a él, se siente incapaz de canalizar su dolor. Los golpes rítmicos que provienen de las paredes le recuerdan más a un reloj que al latido habitual.

Su padre lo roza cuando entra en el cuarto. El tacto le resulta diferente al del resto de los difuntos, más caliente que el hielo al que está acostumbrado. Le sobrevienen tantas emociones que cierra los ojos y levanta la cabeza, impidiendo así que las lágrimas le resbalen por las mejillas. Los latidos de la casa se aceleran cada vez más, al igual que su propio corazón, que amenaza con desbocarse.

¿Por qué no crujen los muelles de la cama?

Y entonces lo oye, demasiado nítido como para tratarse de algo que brota de su imaginación: «Tú». La casa grita y, por primera vez, Lander distingue su voz de mujer, enfrentándose a la del difunto. El joven vuelve a abrir los ojos y se encuentra con el muerto a escasos milímetros de su cara.

—¿Padre? —titubea, aterrado.

El difunto lo observa con su mirada blanca y vacía. Tiene el rostro desfigurado por un sentimiento que ya no comprende, que tal vez ni siquiera recuerda. Abre la boca hasta desencajar la mandíbula con un chasquido que retumba por toda la casa y se desdobla en ecos de desesperación que se empeñan en persistir. Emite entonces un chillido que hiela la sangre de Lander y lo hace retroceder a aquella noche de noviembre en el Bosque, a aquellos espectros arrancados de sus círculos. Alguien —el Bosque, el Niño Roto— reverbera en una carcajada y lo acusa de ser el culpable de esta situación, porque él podría haber cumplido su parte, haber hecho el pago.

El espectro de padre piensa igual y lo atraviesa mientras la casa grita el nombre de los dos, incapaz de hacer nada más.

El recuerdo de su progenitor expulsa todo cuanto queda de Lander y lo transforma en un pasajero en el interior de su cabeza.

Es noche cerrada, y Antxo Herrera camina con lentitud entre los árboles del Bosque. Lander, que ahora ve el mundo a través de él, nota el nerviosismo de sus palpitaciones y dos pesos diferentes; uno sobre el hombro, el tacto frío en contraste con la piel sudada, y otro del que tira con mucho esfuerzo. No puede girarse para identificar ninguna de las dos cosas, pero el peso que arrastra parece hacer fuerza en dirección contraria. Unos sollozos amortiguados rompen el silencio de la noche.

El objeto sobre el hombro es una pala, algo que no descubre hasta que Antxo no llega al corazón del Bosque y la suelta un momento para resoplar, mover los brazos, agarrotados, y mientras oye los patéticos lamentos, convencerse de que todo esto es buena idea; la única, si se sincera consigo mismo. Los difuntos lo miran extrañados, pero ninguno se atreve a acercársele demasiado. Un niño pequeño huye de él y se pierde entre los árboles. El Bosque susurra su nombre, pero no es el tono frío que Lander oyó aquella vez. La familiaridad con la que se dirige a su padre es peor que cualquier amenaza que pudiera llegar a escuchar.

—¿Qué haces aquí de nuevo, Antxo? —inquiere la voz, cordial—. ¿Acaso crees que esta vez serás capaz de hacerlo? —Ahí está: la malicia. A pesar de no saber de qué habla, siente su existencia en el interior, pero también en los pelos en punta de su padre y alrededor del cuerpo que comparten, como si pudiese estar en todos lados al mismo tiempo.

El hombre no responde y avanza un poco más. Exhausto, cada paso se le hace más difícil que el anterior. El peso que arrastra parece de pronto comprender dónde se encuentra e incluso puede que oiga al Bosque relamerse

en su cabeza. Los sollozos se transforman en histéricas súplicas que no se llegan a entender.

—¿Qué tienes ahí, Antxo? Esa no es su voz…

Su padre continúa sin decir palabra mientras atraviesa el claro en dirección al túmulo. Sin la hoguera de la gente del circo, la oscuridad es casi absoluta, pero él avanza con la seguridad que le da conocer bien el terreno. Lander no quiere que se acerque allí, no quiere ver lo que se esconde entre las piedras, pero su miedo no logra brotar de esa garganta ajena.

Cuando finalmente llega a los pies del montículo, Antxo se gira hacia el saco de arpillera, observa la mancha roja que se ha extendido por uno de los laterales y tenta con la mano hasta encontrar una figura redondeada que tiembla y todavía trata de hablar.

«¡No!». Lander desea gritar, lo intenta con todas sus fuerzas, pero no puede. Tampoco logra cerrar los ojos o apartar la mirada mientras su padre levanta la pala y golpea el saco una y otra y otra vez. Los gritos se transforman en un siniestro gorgoteo antes de apagarse. Las procesionarias brotan del suelo y tratan de apropiarse del saco, pero Antxo no se lo permite y ellas obedecen. En cuestión de segundos, desaparecen como si nunca hubiesen estado ahí.

—Todavía no me has dicho qué tienes ahí, por qué debería interesarme —insiste el Bosque. Lander no se lo imaginaba capaz de mantener una conversación más allá de las amenazas a las que se enfrentó en su día, y puede que ese haya sido el problema desde el principio: creer que luchaba contra un poder terrible, sí, pero no astuto ni inteligente.

Aún ahora, Antxo hace oídos sordos y escala a la parte superior del túmulo, donde Lander descubre una pequeña abertura redondeada, demasiado perfecta como para que tuviese un origen natural. Una tenue luz azulada brota del interior. El hombre deja la pala a un lado y se estira para alcanzar el saco y tirar de él con todas sus fuerzas. Cada centímetro le supone una eternidad, y sufre un par de retrocesos antes de agarrarlo con firmeza y deslizarse junto a él a través de la abertura y hasta el interior extrañamente alumbrado.

Ahí está, la tumba sin nombre, una lápida oscura y sucia partida en dos desde dentro. Las raíces que surgen de la grieta son huesos blancos y retorcidos que brotan en todas direcciones y también se extienden bajo tierra. El origen de todo. En el centro, tras un costillar de piedra, lodo y lo que parece óxido, late un corazón podrido.

—Necesito otro favor —explica Antxo. La voz se carcajea con desgana—. Necesito más tiempo.

—Sabes que no es el tiempo lo que me preocupa. Vuestras semanas, años, milenios, no tienen significado para mí. Siempre estaré aquí. Ahora, creo que ya hemos tenido esta conversación las veces suficientes como para que sepas que ansío su carne, que la he ansiado desde que nació. Y no habrá más favores

a cambio de desconocidos que ni siquiera saben a miedo.

—Pero sé que…

—¿Qué sabes, Antxo? Dime, ¿qué sabes? —El lugar tiembla un poco, lo que provoca un pequeño derrumbe de tierra e insectos—. Estoy demasiado hambriento para tonterías. Ese incendio, ese maldito incendio me ha arrebatado tanto…

—Por eso mismo creo que traigo la ofrenda adecuada.

—¿De veras? —El Bosque parece intrigado. Antxo abre el saco y Lander grita para sus adentros. «Desapareció sin dejar rastro», repite su cabeza. Había quienes pensaban que se había marchado del pueblo, dejando todo esto atrás. Él siempre había opinado que su obsesión por el Bosque lo había llevado de vuelta a él y esto, a su vez, a su perdición.

Y, sin embargo, los ojos muertos de Erio lo observan ahora de entre los pliegues, la cabeza ensangrentada, el cuerpo aún más destrozado y lleno de cicatrices. La voz del Bosque se relame.

—Tenía la certeza de que terminaría arrastrándose hasta aquí por su propio pie —explica, pensativo, y se queda en silencio—. Pero lo acepto y tienes mi gratitud. Debería haber sabido que inmiscuirse en mis asuntos traería consecuencias. De hecho —añade, y su risa retumba por toda la estancia—, devorarlo sería otorgarle un final rápido. Todavía podría serme útil. Mi enhorabuena, Antxo, parece que has conseguido romper la cadena de favores. No hay muchas familias que puedan decir lo mismo.

—No, el Niño Roto no es un pago por Lander.

—¿No?

—No, lo que busco es tierra. Su tiempo se está agotando, necesito enterrarla una vez más.

—Vaya —contesta el Bosque, al mismo tiempo sorprendido e intrigado—. Curioso. Pensé que los hijos eran lo más importante para unos padres. De hecho, estaba convencido de que te atenías al mismo trueque que yo mismo le ofrecí a Lander la noche en la que entraron en mis dominios. Pero ¿tierra? Esto sí que no me lo esperaba.

—Hablas del hijo que me arrebató a mi esposa.

—Hablo del hijo por el que tu esposa dio su vida, no te equivoques. Entiendes que esta será la segunda vez que vayas en contra de sus deseos, ¿no es así?

—¿Vas a aceptar o no?

—Ah, la codicia de los humanos. Por supuesto que acepto. Ya sabes lo que tienes que hacer. —El hombre se deshace del cuerpo de Erio, que queda tirado a un lado como un muñeco roto. Varias raíces brotan de entre las paredes del túmulo y se introducen en los brazos y piernas del cadáver. Antxo aparta la mirada y se concentra en llenar el saco de arpillera con la tierra que hay alrededor del costillar.

—Marcha al frente —explica Antxo una vez cierra el saco.

—Lo sé.

—¿Supondrá un problema?

—No, siempre que regrese cuando tú ya no te puedas pasarte las horas deambulando por el interior de esa casa. Y no, no permitiré que él simplemente ocupe tu lugar; el último saco de tierra que puedas arrastrar será eso, el último. A no ser que pretendas pagar la primera deuda, llegado el momento. El pago continúa siendo el mismo.

—No sé si podré hacerlo.

—¿No? —La voz del Bosque se distorsiona y oscurece. El corazón podrido bombea con mayor intensidad. Sus carcajadas parecen truenos—. ¿Por qué intentas engañarte a ti mismo, Antxo? ¿Acaso crees que llegado el momento estarás en condiciones de negarte? Piensa que tu mujer vivirá por siempre, Antxo, ¿no es eso lo que con tanta desesperación me suplicaste?

18

Cuando la imagen se deshace, Lander está de vuelta en el pasillo de la segunda planta de casa. La puerta del dormitorio está, por primera vez, cerrada, pero es evidente que algo se mueve al otro lado.

—¿Quién hay ahí? —pregunta.

La propia casa parece tener miedo del desconocido, porque vierte sus fuerzas en evitar que Lander pueda girar el pomo. En cualquier otro momento, el soldado habría hecho caso del aviso de la casa y corrido escaleras abajo, pero la visión, el cansancio y la certeza de conocer la identidad de quien aguarda al otro lado hacen que dar media vuelta, que huir, sea algo impensable.

—Déjame entrar —ordena, pero él no es Antxo, y la casa no se amedrenta ante él y tampoco le debe nada—. Ahora —añade, marcando cada sílaba con los dientes apretados.

En el dormitorio, alguien o algo se acerca también a la puerta. Lander aparta la mano instintivamente, a la espera de que giren el pomo desde allí, pero tan solo alcanza a oír su respiración, entrecortada y familiar, y después unos pasos que se alejan y los muelles de la cama. «No tengo prisa», parece decir. Pero Lander sí, y la impaciencia hace que se aparte un poco y embista la puerta con el hombro. La casa tiembla de arriba abajo, pero se mantiene firme. La segunda embestida resuena en el eco de una profunda carcajada, pero Lander no se rinde. El hombro le palpita y siente que un rayo le desciende por el brazo hasta la muñeca, pero vuelve a colocarse en posición. Al ver esto, la casa decide otorgarle lo que quiere, aunque le sepa a rendición.

Si las cosas se ponen demasiado feas, piensa, sabe lo que tendrá que hacer.

Una oscura figura espera a Lander, sentada a los pies de la cama. Una de las piernas cuelga y se balancea hacia adelante y atrás. El suelo parece replegarse

para evitar que lo roce siquiera. Recuerda esa cara: recuerda esos ojos de lobo hambriento, de obsesión. Un ciempiés le atraviesa la frente y vuelve a ocultarse en su cabello. Lo único que le queda de la nariz son los cartílagos a medio devorar por alguna alimaña. Sonríe con una boca sin dientes que rezuma barro como si fuese sangre. Una plaga de insectos de todo tipo lo cubre casi por completo, pero Lander logra apreciar el astillado cuerpo que se oculta detrás.

Debería haberse dado cuenta de lo improbable que era que siguiera vivo después de tantos años. Debería haber comprendido que cualquier vecino de Urrun se hubiese enfrentado a él de haber sido así.

A todos les habría resultado muy sencillo encararse con un niño roto, quebrarlo todavía más, pero este Niño Roto había escapado de las entrañas del Bosque y, en su huida, parecía que se hubiera llevado una parte de él consigo.

—Lander… —lo llama la criatura. Apenas mueve la boca, y Lander no podría jurar que no se lo haya imaginado, pero el monstruo intenta sonreír y un hilillo de fango le gotea desde la boca hasta el suelo. El soldado no puede evitar referirse a él así, «monstruo», porque la palabra resuena con tanta intensidad en su cabeza que le es imposible ignorarla—. ¿Lander? —repite, su tono ahora de pregunta, pero Lander es incapaz de reaccionar. Su voz mantiene un minúsculo eco de la voz infantil que recuerda de la última vez que se vieron, pero brota distorsionada de una garganta marchita hace mucho. Pudo haber sido un niño en aquel momento, su mejor amigo, tal vez, pero la criatura que continúa hablando, que remueve el pasado como si no los hubiese marcado a ambos para siempre, quien ríe y hace que la casa quiera salir huyendo de sus propios huesos, es un monstruo. Y olvidarlo, aunque fuera por un instante, podría resultar mortal.

—Te he estado llamando desde que llegaste —explica—. Creí que reconocerías mi voz, que podríamos hablar antes de que… bueno, antes de que lo hiciesen ellos. —Lander permanece en silencio, incrédulo ante lo que ve y escucha. Los monstruos no hablan, al menos no así. Los monstruos disparan sin previo aviso, y colocan minas y cavan trincheras; los monstruos tienen una siniestra voz que te hiela las entrañas y trata de engañarte.

—Erio, yo… —articula, incapaz de decir nada más.

—Hace muchos años que nadie me llama así —responde el niño. No, cuidado, el monstruo—. Sé lo que te han pedido, y también lo que dicen que te darán a cambio. —Lander aparta la mirada, pero todavía es capaz de ver cómo el monstruo asiente antes de que su tono se impregne de rencor—. Y sé que lo intentarás. Dudarás un poco, como ya hiciste en su momento, allá en el Bosque, ¿recuerdas? Pero esta vez esta es la imagen a la que tendrás que encarar a tu conciencia, y es obvio cuál será tu elección. —La casa, que ha sentido la amenaza oculta tras las palabras del Niño Roto, empieza a retorcerse y derriba la mesita de noche a escasos centímetros de su cuerpo. La lámpara se

hace añicos y lo rodea de cristales. Lander da un paso atrás, pero el monstruo no parece impresionado.

—Tranquilízate —le ordena a la casa—. No estoy tan loco como para enfrentarme a él contigo alrededor. Solo venía a avisarle. —Se gira hacia Lander—. Vete del pueblo. Se acabó lo de dar vueltas arriba y abajo y lo de intentar congeniar con los leñadores como si realmente te importase lo que les ocurra. Antes o después, deambularán por las afueras de Urrun transformados en difuntos. La única duda es si tú caminarás con ellos o si reharás tu vida lejos de aquí. El Bosque miente y, aunque no lo hiciera, ¿qué más te da si salda la deuda de tu familia o no? No es como si te fueses a quedar a vivir aquí, ¿cierto? ¿Qué decíamos de niños? ¿«Dormir lejos de aquí, no se me ocurre un final mejor»? —Lander se sorprende a sí mismo asintiendo, si bien la frase inicialmente era «morir lejos de aquí, no se me ocurre un final mejor». ¿Podía Erio morir siquiera, si no era a manos de otra persona? Su cuerpo no parecía estar vivo, sino que se arrastraba mediante poderes oscuros con los que el soldado prefería no interferir.

Y tiene razón, claro. No ha dicho nada que él no lleve pensando desde el momento en el que puso un pie aquí. La incógnita es si los vecinos lo dejarían marchar. Le extraña que Erio no haya llegado a esa misma conclusión.

—Vete, Lander —repite el monstruo, que se incorpora con dificultad y se acerca a él. A cada paso que avanza, Lander retrocede, algo que lo divierte sobremanera. Finalmente, el soldado se aparta lo suficiente como para que el monstruo descienda las escaleras dejando un terrible rastro de barro, malas hierbas e insectos detrás. El octavo escalón aúlla—. Asegúrate de que se va —se despide.

La casa traga los insectos y bebe del barro hasta que la única señal que queda de la conversación es un pútrido olor a muerte. Después se gira hacia Lander tratando de descifrar cuál será su próximo movimiento. El soldado parece dudar, y de repente le vienen a la mente cientos de preguntas y acusaciones que debería haber lanzado en dirección al Niño Roto. Debería haberle echado en cara el incendio del circo, las vidas que habían ardido por su culpa. Debería haberle preguntado por la muerte de su padre, ver si había tenido algo que ver en ella. La casa lo zarandea de un lado para el otro, furiosa. Tuerce los suelos, las paredes. Por un momento, a Lander le preocupa que se doble sobre sí misma y lo aplaste.

—No quiero uno de tus berrinches ahora —le dice, malhumorado. Desciende las escaleras a trompicones. El octavo escalón aúlla y algo golpea desde el interior de las tablas. Está tan enfadado consigo mismo, con que no haya reaccionado a tiempo para pedirle explicaciones, que no le importa en absoluto.

Abajo, en la sala de estar, las campanillas empiezan a repicar.

«¡Abandonad la carpa! ¡Fuego, fuego!».

En el televisor, las primeras llamas arrasan ya con parte de la estructura del circo. Algunos artistas se han visto sorprendidos por el repentino fuego y corren de un lado para el otro transformados en piras funerarias. El jefe de pista apremia al público a que abandone el lugar y se ponga a salvo. Entre los gritos, Lander escucha el inconfundible silbido de quien azuzó a las bestias en su contra, allá en el Bosque: Anna. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El señor Guridi la busca con la cámara mientras grita su nombre y, cuando por fin da con ella gracias al zoom, la grabación se corta de golpe.

Y el viejo decidió que merecía la pena gastar unos preciados segundos en salvar la cinta y después guardarla durante todo este tiempo, como si ya en aquel entonces hubiese sabido que alguien la necesitaría llegado el momento. Como si nada de lo que pasara en Urrun fuese realmente una casualidad o un accidente, sino una orden más que todos acatan en silencio.

Lander recuerda que su padre lo cogió de la mano y lo sacó a rastras de allí. Rememora el caos, la gente que corría y gritaba, los aullidos de los animales, el viento de un Bosque que ahora sabe que despertaba aterrorizado frente a lo que ocurría en su frontera. Recuerda pensar en Erio de repente y no saber qué había sido de él, apremiar a su padre para que volvieran a buscarlo. Él se detuvo, miró las sombras que se acercaban desde el linde del Bosque y se negó; tenía que poner a salvo a su hijo.

Quien encontró a Erio lo haría por pura casualidad, porque de pronto el amasijo de carne que humeaba junto al cuerpo inconsciente de la domadora empezaría a toser y a removerse. Él también reconoció el silbido, piensa Lander. Intentó vengarse allí mismo, pero el fuego fue más rápido que él.

Los rumores llegarían a oídos de Lander a los pocos días, mientras Erio luchaba por sobrevivir en una de las habitaciones del hospital.

«No para de reírse», afirmaban tanto médicos como enfermeras. «Ha perdido la cabeza». Su propia madre deseó a voz en grito que muriese, por favor. Que ni siquiera debería haber tenido la fuerza suficiente como para llegar al mundo, pero ella, que acababa de enviudar, se negó a perderlo. Que había aprendido la lección y ya solo quería descansar de él. Que renunciaba a su favor.

Pero Erio se agarró a la vida una vez más, testarudo, obsesionado con una única cosa: el Bosque. Así se lo dijo a su madre, y así se lo contó ella a Antxo.

Y, un par de días después, en plena noche, la mujer abandonó la casa y desapareció. Algunos testigos dirían que la habían visto tomar uno de los muchos senderos en dirección al Bosque con una antorcha en la mano zurda y lo que parecía ser un hacha en la diestra.

Los árboles gritaron de dolor, un par de veces, antes de que la antorcha se extinguiera con un chillido muy humano.

Fuese cierto o un simple rumor, Lander soñaría con ella en más de una ocasión: las raíces de los árboles se le enroscarían alrededor de tobillos y

rodillas para arrastrarla consigo. El suelo se abriría en pequeñas grietas negras. El Bosque empezaría a masticar, poco a poco, saboreando los huesos de quien se había alzado contra él.

A veces esta pesadilla se entremezclaría con los recuerdos de su noche en el Bosque y con la sensación de que en cualquier momento padre podría convertirse en aquella mujer enajenada y decidir devolver a Lander al lugar del que no debería haber salido.

O, ahora sabe, podría haberlo intercambiado por un puñado de tierra.



Se comió su carne. La deposité siguiendo sus indicaciones, la cubrí de tierra y esperé. Es posible que el niño sospechara algo, porque me encontró varias veces observando el lugar de lejos, como sumido en una ensoñación. Todas las fibras de mi cuerpo me pedían que lo comprobase, una y otra vez, por si veía una señal, un cambio, lo que fuera, que me confirmase que lo había hecho bien y que no había malgastado parte de mi alma.

Ni siquiera conocía al pobre hombre que me encontré mientras volvía para casa, las calles desiertas, la pala al hombro. Él zigzagueaba en dirección a la estación. Sabía que no era de aquí. El Bosque lo aceptó antes de que la decisión se formara del todo en mi cabeza. No hacía más que retrasar lo inevitable, el momento en el que tuviese que hacer frente a aquella primera promesa, pero aún podíamos tener muchos años los tres juntos. Me dejé arrastrar por la corriente, una vez más. Sabía lo que esa criatura realmente quería, nunca había sido muy dada a las sutilezas, pero aceptó el pago y aquello era lo único que necesitaba en ese momento.

No sé cómo contuve las ganas de vomitar cuando miré de nuevo y tan solo quedaban los huesos, blancos y afilados, que emergían de la tierra maldita como raíces que buscaban una forma de renacer al mundo.

19

La decisión llega hasta Lander en medio de una marejada de miedo y angustia. La parte de él que debería abogar por su supervivencia da un paso atrás, sollozante, y acepta lo que están a punto de hacer, si bien es prácticamente imposible que salgan con vida. Ahora no solo los conoce, sino que es muy probable que le deba la vida a Abreu.

Volverá al Bosque y acabará con el Niño Roto.

Y les ayudará a escapar.

Los recuerdos lo zarandean sin cesar: las partidas de búsqueda, repitiendo el nombre de Erio a voz en grito sin atreverse a penetrar demasiado en el Bosque; padre, martilleando la pregunta para la que apenas hace una hora ha encontrado la respuesta: «¿Puedes decirme si Erio estaba en su sitio?». El hombre necesitaba confirmar que no había sacrificado a un inocente, como si eso lo librara de toda culpa.

También podría habérselo preguntado al señor Guridi, aprovechar los momentos en los que ambos se cruzaban en los pasillos del hospital. Antxo siempre acompañaba a Lander cuando este visitaba a Erio, y el señor Guridi apenas se apartaba del lado de su mujer mientras los médicos le decían que era más que probable que nunca despertase, que estaba demasiado grave. Y, después, una mañana, Anna despertó de vuelta a la vida entre convulsiones, para sorpresa de los doctores y júbilo de su marido, que apenas retornaba al hospital.

Lander ve la escena en su mente como si estuviera ocurriendo delante de sus ojos: él despidiéndose de Erio y explicándole que el ruido que habían oído se debía a que algo pasaba con Anna. Algo bueno, añadió, al ver que el hombre sollozaba sonriente.

—Seguro que sí —contestó Erio, y sus ojos brillaron como los de un

depredador.

Lander sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, pero se lo quitó de encima con la intención de entrar en la sala para saludar a Anna él también. Su padre, sin embargo, lo agarró del brazo y se lo prohibió con tanta dureza que Lander pensó que tal vez las noticias no eran tan buenas como le habían parecido.

El señor Guridi y su padre discutieron entre murmullos, como si quisiesen evitar que Lander pudiera escucharlos. Aun así, alguno de los dos subía de tono, muy de vez en cuando.

—Senen, ¿qué has hecho? ¿Pero qué has hecho? —repetía Antxo.

—¡No estás en posición de recriminarme nada! Mi favor al menos acaba conmigo —fue la respuesta de él. Lander recuerda los frenéticos movimientos de sus brazos, que trataban de retirar el barro de sus pantalones. Tampoco logra olvidar la mancha en su camisa, de un rojo que se iba oscureciendo lentamente.

—Tiene que acabar —murmura ahora el soldado, mientras los ecos del recuerdo reverberan en su mente.

A su alrededor, la casa se ha transformado en un huracán que lanza objetos contra él, que grita, suplica y llora, todo al mismo tiempo. Algo cae en cascada; una, dos, tres, cuatro esquinas, empapadas en sangre de insecto. El suelo de madera está repleto de polvo, y pronto empiezan a llover cascotes. La noche escupe frío a través de las ventanas, que se desintegran con cada envite. El octavo escalón palpita lento, pero cada golpe tiene mayor intensidad que el anterior. La casa se extingue, pero no sin jugárselo todo a una última carta.

Vuelca todo cuanto le queda en él. Está harta de no poder explicarle las cosas, de no poder ayudarlo, de saber en su interior que se dirige por voluntad propia al Bosque y a su irremediable muerte. Que el plan de Antxo surte efecto. Que, después de tantos años, el Bosque gana.

Al mismo tiempo, está harta de sus propios pensamientos, de odiarlo y quererlo a la vez, de haberlo echado de menos cuando ella misma hizo todo lo posible por expulsarlo y enviarlo lo más lejos posible.

Las embestidas son tan fuertes que derriban los muebles del piso de arriba.

«Comparte el mismo abismo de rabia y busca venganza, como yo», piensa Lander. Cómo puede estar tan ciego de no ver que las fauces del lobo se relamen.

La estructura de la casa se comba tanto que logra derribar al joven, pero este se apoya en la pared rasgada para ponerse de pie una vez más. Que piense que es una pataleta más, un berrinche, como él los llama. Lo tengo que proteger. Un nuevo crujido, como el de un hueso al partirse tras una mala caída, y la casa logra abrir todavía más grietas en su cuerpo de madera y ladrillo. El octavo escalón salta por los aires y las astillas vuelan en todas direcciones. Antes siquiera de que la nube de polvo se asiente, continúa temblando y arrancándose pedazos de sí misma. Este es su último sacrificio,

ofrecer a su hijo un final indoloro y veloz, lejos de las artimañas del Bosque.

El soldado fuerza la pierna derecha para salir del edificio cuanto antes, pero la abertura en el tramo de las escaleras lo llama como el canto de una sirena silenciada hace mucho y lo hace volverse cuando está a punto de abandonar el lugar. Ella misma lo llama, con voz melosa y triste, como lo hacía de pequeño, y cierra la puerta muy poco a poco, sin que él se dé cuenta. Sabe lo que está a punto de presenciar: el origen de todo. El propósito de la tierra maldita.

Aparta los pedazos de madera con cuidado y observa el esqueleto semi enterrado que yace bajo ellos, el corazón que bombea de forma cada vez más lenta. Las raíces, que se esparcen por las entrañas de la casa.

El túmulo protege el corazón del Bosque.

Mamá vivirá por siempre.

Le es imposible evitar una arcada ahora que por fin entiende por qué padre repetía la misma frase una y otra vez; por qué, le grita su cabeza de repente, de niño nunca fue capaz de encontrar el espectro de su madre. ¿Cómo pudo Antxo transformarla en un monstruo igual que aquel que tanto despreciaba? ¿Qué razón tenía para no dejarla descansar?

Con cuidado, acaricia el cráneo y acerca la mano al costillar, a ese corazón imposible.

—Lo siento tanto —se disculpa, incapaz de hacer nada más por ella.

O quizá sí; quizá podría acunar sus últimos latidos, sentirlos cerca por última vez.

Y sin embargo un brillo distrae a Lander antes de que su mano roce las costillas siquiera: los huesos del dedo anular todavía llevan puesta la alianza de boda. Padre prefirió dejarla aquí como símbolo de su promesa.

De golpe, le sobreviene una implacable necesidad de coger el anillo, el único objeto que jamás podrá tener que le hubiese pertenecido ella. Al ver que no lo consigue, y que el tiempo apremia, aprieta con fuerza, con desesperación, hasta que escucha que la falange en cuestión se separa del resto. Lo tranquiliza saber que un pedazo de su madre lo acompañará hasta el final, que no lo dejará solo.

La casa repite su nombre como un canto de sirena, pero es incapaz de añadir nada más antes de que el techo y las paredes empiecen a venirse abajo.

Lander vuelve a la entrada y lucha contra la puerta que trata de mantenerlo preso; la estructura se derrumba, aunque el combate dura poco.

Una vez en el exterior, sin embargo, se fuerza a alejarse de allí todo lo rápido que puede y se interna en la oscuridad de la incipiente madrugada mientras la nube de polvo y los gritos quedan atrás.

Ella tan solo quería salvarlo, aunque su única solución fuera sepultarlo junto a ella y arriesgarse a que volviese a vivir. No lo había querido en su vientre mientras se gestaba, pero había estado dispuesta a acogerlo ahora, en el

momento de su muerte, y compartir la tierra maldita por toda la eternidad.

Las últimas tejas caen al suelo y la estructura se deshace como tendría que haberlo hecho hacía mucho. Envejece décadas en cuestión de un par de segundos y se descompone con rapidez, pero a pesar de todo, el corazón, ahora sepultado, se niega a apagarse del todo y una minúscula parte de él se separa de su hogar con rapidez, fuertemente protegido por la mano de su hijo.

20

Algo fue mal desde el principio, desde mucho antes de que los médicos le dieran la noticia. No supo expresarlo con palabras —aquello nunca se le había dado demasiado bien—, pero algo se removía en su interior, algo que se le escurría entre los órganos cada vez que pasaba horas buscándolo delante del espejo.

La noche en la que este ser encontró un lugar en el que alojarse, en el que nadie sospechara de él, ella despertó con sudores fríos y larvas que, más adelante, estaría convencida de que habían brotado de su interior. Su marido, incapaz de comprender lo que le ocurría de piel para adentro, la observaba preocupado mientras se retorcía de dolor en la cama, y la acariciaba con cuidado para despertarla cuando las pesadillas la asolaban.

Soñó con sangre, pero esta no llegaba.

Debería haberse alegrado, ¿no era esta la razón por la que se había quedado noches enteras en vela, junto a la ventana abierta y con la vista alzada a las estrellas, deshaciéndose en promesas?

Y de pronto, como una nube de tormenta que finalmente estalla y se parte en truenos y rayos, lo comprendió: quien había respondido a sus plegarias había sido un poder diferente y mucho más cruel. La familia que siempre se había mantenido al margen ahora estaba en deuda.

Cuando no quedó otra alternativa que acudir a los doctores, su marido se mostró eufórico ante la noticia. Ella, pálida y sin habla, que ya sentía cómo ese ser la devoraba por dentro, guardó silencio y se encerró en sí misma. Día tras día, notaba cómo la criatura serpenteaba de un lado para el otro, cómo pisoteaba su carne. Imaginó que sus entrañas se amorataban a medida que la tripa crecía de tamaño. La piel le ardía tanto que se pasaba las horas arañándola hasta el punto de que la decoró con pequeñas escamas rojizas,

indoloras pero brillantes, de forma que todo el mundo pudiera ver la primera gran obra del monstruo al que después se vería obligada a llamar «hijo».

Sin embargo, no todos los días la invadía este sentimiento de repulsión hacia lo que se gestaba en sus adentros, y en ocasiones se descubría a sí misma acariciándose la barriga o sonriéndole a la idea de un pequeño cuerpecito al que colmar de mimos y abrazos. Durante estas ensoñaciones, el origen de aquel presente no le importaba: les pertenecía únicamente a su marido y ella. Sabía que él sería un gran padre y se apoyaba en esta sensación para continuar adelante cuando las nubes volvían a encarcelarla.

—Eres y siempre serás lo más importante de mi vida —aseguraba él, y ella asentía, porque en ningún momento se planteaba luchar o sentirse celosa de un niño que, después de todo, nacería sano e inocente al mundo. Lo único que tenían que hacer era alejarlo de la influencia del Bosque; de alguna manera, su auténtico padre.

Cuando lo cogió en brazos por primera vez, después de un parto duro y difícil, una de sus manitas se enroscó alrededor de su dedo corazón, y durante un instante ella sintió todo el amor del mundo y se reprochó los nueve meses de pesadillas y dudas que se había provocado a sí misma.

—No eres del Bosque —le prometió, y entonces el recién nacido apretó su dedo con una fuerza que no le correspondía y le clavó unas uñas imposibles en la carne. El cuerpo respondió al recuerdo de su tortura interna descomponiéndose en un reguero ennegrecido de raíces y coágulos de sangre que impregnaron su vestido y la cama del hospital, que cayeron al suelo y lo salpicaron todo mientras ella gritaba y esa diminuta criatura que acababa de traer al mundo apretaba más y más.

De vuelta a casa, su marido le explicaría que el parto le había producido una fiebre altísima, lo que la haría dudar de todo cuanto creía real. Aun así, a partir de aquel momento se le hizo muy complicado cogerlo en brazos siquiera. El bebé balbuceaba o lloraba, muerto de hambre, y ella se sentía incapaz de acercárselo al pecho. Cuando lo miraba, durmiendo en la cuna, solo veía en él unos colmillos afilados como espinas y sedientos de sangre. Su primera palabra fue «mamá», y ella sabía que debía sentirse orgullosa y embelesada por el fruto de su vientre, pero no lo consideraba suyo, no del todo, y eso la hacía llorar sin descanso y dormir de puro agotamiento. Su marido intentaba ayudar; le recordaba lo mucho que había querido un hijo y lo mucho que el hijo la quería a ella, pero no sirvió de nada.

A medida que pasaron los años, empezó a encerrarse en casa cada vez más, avergonzada de lo que los vecinos pudiesen decir sobre ella.

«Su hijo es fruto del Bosque», cuchicheaban, y ella, que sabía que tenían razón, que sin quererlo había pedido un favor a un ente sin forma, sintió que enloquecía, y puede que aquello fuera lo mejor. Se escudaría detrás de esa farsa, porque nadie en su sano juicio hubiese sido tan tonta como para poner a

la familia Herrera, a su familia, ante una deuda semejante. A merced de un mal que le recordaba lo que tendría que hacer en un futuro cercano.

Enferma, oía a su hijo corretear por la casa y, desde la seguridad de su cama, con la puerta del dormitorio cerrada a cal y canto, todavía alcanzaba a recordar lo mucho que podría haberlo adorado, pero si lo miraba veía de dónde había surgido, quién lo había despertado a la vida, y tenía que alejarse una vez más.

Tampoco podía confesárselo a su marido, claro, y esto la llevaba a pensar que no hacía más que fallar como madre y como esposa. Oía un murmullo a su alrededor que así se lo indicaba, una voz melosa y sobrenatural, y ella lo creía, y esta misma voz le prometía cada día con mayor insistencia que podía librarse de él, que lo único que tenía que hacer era dejarlo entre los árboles más cercanos. Ella se negó, una y otra vez, porque su marido adoraba a su primogénito y probablemente la propia criatura la quisiera a ella, su madre, a pesar de todo.

Aunque ella no fuese capaz de responder a ese cariño porque estaba rota, y las madres rotas criaban niños rotos.

Empezó a conversar con la voz más a menudo para hacerla comprender que no podía renunciar a su hijo, que no podía apartarlo de su padre, porque sí, el Bosque había sido el origen, de acuerdo, pero era su marido quien había estado a su lado mientras crecía, quien lo había educado.

Y de pronto, un buen día, el propio Bosque se le presentó con una nueva forma de saldar su deuda: su vida a cambio de la de él. Ella no se lo pensó dos veces; si esta era la manera de salvarlo y de liberar a su familia de esas pútridas raíces, que así fuera. Su marido no lo comprendería, pero al menos tampoco tendría que enfrentarse nunca con la verdad.

Las únicas lágrimas que derramó mientras preparaba la soga y la silla fueron de alivio, porque al morir otorgaba a Antxo y Lander la oportunidad de avanzar juntos. ¿Quién sabe? Puede que incluso el empujón necesario para dejar Urrun atrás.

La oscuridad le sobrevino antes de lo esperado, pero ni siquiera allí dejó de oír al Bosque, que le advertía con una voz aterradora que la mente humana era frágil, manipulable, y que a largo plazo su sacrifico no significaría más que una pequeña pérdida de su tiempo eterno e inabarcable. Con tan solo esperar al momento oportuno volvería a insertarse en la historia de su familia, y ella no podría hacer nada por evitarlo.

Su último pensamiento fue que había sido engañada, como tantos otros antes que ella.

Después, el silencio, la sensación de existir en la nada.

Jamás creyó que la muerte fuese así.

En algún recodo de la penumbra eterna, otra voz, la de Antxo, repetía su nombre sin cesar y le recordaba la promesa que le había hecho tanto tiempo

atrás: «Siempre serás lo más importante para mí». Compungida, supuso que esa voz también desaparecería con el tiempo y se abrazó a ella una última vez.

Solo que, para su sorpresa, con el paso de los días la voz se fue acercando y haciéndose más nítida. Tras ella logró distinguir los llantos de Lander y su primer impulso fue el de acariciarle el pelo y decirle que no se sintiera triste, que ella no lo estaba, porque ahora los dos eran libres. De golpe, todos los temores se habían disipado y tan solo quedaba el amor que desde un principio debería haber sentido hacia él.

Sin embargo, la voz de su marido continuaba repitiendo la promesa que le había hecho antes del nacimiento de Lander, y ella, por alguna razón, tenía miedo de lo que aquello pudiese significar. A lo lejos, el Bosque se burlaba de ella.

Algún tiempo después, imposible de calcular en la nada, percibió una luz que palpitaba y se acercaba a ella poco a poco. Sentía su mente atrapada de nuevo en una cárcel de huesos, húmeda, mullida. Cegada tras tanto tiempo de oscuridad, vio finalmente una puerta de madera que se materializaba frente a ella. Intentó huir, apartarse, pero un único pensamiento intrusivo bastó para atravesarla sin querer y comprobar que se encontraba de nuevo en el que había sido su hogar. Avanzó con cautela y en completo silencio hasta uno de los dormitorios; allí, Antxo se preparaba para acostar a Lander, que parecía haber crecido demasiado rápido. ¡Y cómo la echaban de menos!

Tras el oído y la vista, recuperó también una extraña forma de… existencia. No podía reírse como tal, pero sí influir en las cuatro paredes que ahora componían su nuevo cuerpo. Si lloraba, las lágrimas caían por las tuberías que daban a la calle. Si se enfadaba, las ventanas temblaban. Algunas acciones la dejaban exhausta y la obligaban a dormir, y entonces temía que esta segunda oportunidad hubiese acabado.

Y cada vez regresaba a la vida a través de la misma tierra y la misma puerta en el techo.

No tardó demasiado en comprender el origen de la tierra que la mantenía allí; aquel día lloró tanto que el agua caía con fuerza a la calle y se perdía cuesta abajo. Descubrió también que su existencia se resumía a la estructura del edificio, que si expulsaba parte de ella al exterior dejaba de sentirla casi de inmediato. Trató de mover sus huesos, golpear la tabla con fuerza, pero aquella tierra maldita la mantenía presa.

Incapaz de hacer nada más, empezó a observar a Lander. Al principio, su hijo rehuía de ella y se ponía a llorar en cuanto la sentía cerca, pero terminó por acostumbrarse y le hablaba de su día a día, del colegio y los amigos, y de un tal Erio que la hizo estremecerse desde la primera vez que puso un pie en su interior.

«Otro niño del Bosque», pensó, pero su hijo no rezumaba el rastro de maldad que este monstruo deforme dejaba a su paso. Intentó separarlos, pero

no funcionó, porque Antxo los mantenía unidos a pesar de todo. El propio Bosque no reclamaba a esa criatura de vuelta, sino que se aprovechaba de él, le envenenaba la mente poco a poco y en ocasiones incluso lo enviaba a ella en su nombre.

Algunas noches, el niño despertaba y, mientras Antxo y Lander dormían, bajaba hasta su casa y se pasaba horas golpeando la puerta de madera, burlándose de su incapacidad de hacer nada más que existir.

El Bosque, tal y como amenazó en su momento, había logrado regresar a la vida de los Herrera.

Y lo peor estaba aún por llegar.

La primera vez que sintió que moría de nuevo, que su mente se apagaba y la oscuridad entraba en ella, por fin, se despertó tiritando de frío en su pequeña tumba de madera. Puede que los temblores se replicaran por toda la casa; se sentía incapaz de ver más allá de un par de palmos, y avanzar requería de una fuerza que había huido de ella. No sabría explicar si los huesos habían ido alimentándose de la tierra poco a poco, o si finalmente sus gestos y movimientos la habían esparcido hasta desaparecer, pero poco importaba. Después de todo este tiempo, resultaba reconfortante que el ataúd se hubiese transformado en un reloj de arena a punto de sobrepasar el límite de su tiempo, ese tiempo que terminaba poniendo las cosas en su lugar.

Ella desaparecería y la familia quedaría libre de favores.

No se le ocurría un final mejor.

Nunca supo si Antxo se percató de la pesadez de sus movimientos o si el Bosque le advirtió sobre lo que estaba a punto de pasar, pero un par de días después el hombre volvió a ella con su promesa, con la misma estúpida promesa con la que se había empeñado en trepanar la mente de Lander: «Mamá vivirá por siempre». Poco importaba lo que mamá quisiera, al parecer, porque se había convertido en un objeto más de la casa, como los muebles o el televisor. Él podía decidir por ella.

Intentó acabar con este encierro con rapidez, moviéndose a todas horas, haciendo temblar hasta los cimientos. Se concentró en una frase que había oído a menudo en boca de su madre: si los muertos no desaparecen, los vivos no descansan. Qué razón había tenido la buena mujer y cuánto tiempo había tardado ella en comprenderlo.

Cuando, al cabo de un tiempo, el veneno en la mente de Erio empezó a salpicar a Lander, ella intentó por todos los medios mantenerlo en casa, a salvo, pero el Bosque se las ingeniaba para agotarla ante la llegada del monstruo humano. Intentó detenerlos la noche en la que decidieron ir en busca del túmulo, pero su voz ni siquiera alcanzó a Lander y, por más que lo intentase, no logró despertar a Antxo. Aquella noche sufrió como nunca,

porque pensó que estaba a punto de perder a su hijo para siempre, que a pesar de ser libre de su deuda el Bosque acabaría con él por pura diversión.

—Pero, Amalur… —susurró el Bosque ante sus ventanas, burlón—. ¿Cómo crees que has vuelto a la vida? ¿Cuál crees que es el pago que Antxo me prometió? —No, su marido no sería capaz de hacerlo, no después del sacrificio de ella—. Oh, claro que fue capaz —interrumpió sus pensamientos el Bosque —. Tú eres y siempre serás lo más importante de su vida, ¿recuerdas? Que te sacrificaras por Lander no sirvió absolutamente de nada; en cuanto le mostré que el niño podía ser el pago por recuperarte… simplemente decidió. Nunca podrás salvar a tu hijo. A no ser que él me entregue a otro que quiero.

Ella creía conocer lo suficiente a su hijo como para saber que no caería en las artimañas del Bosque. Que no dejaría a ese niño roto a merced de su dominio. Y, efectivamente, no se equivocó; pero algo que debería haberla enorgullecido la entristeció aún más, porque la moral le había arrebatado la que tal vez fuese la única oportunidad que tendrían de cerrar el círculo de favores.

A partir de aquella noche, mientras Lander dormitaba en el hospital y ella no era capaz de sentirlo, decidió que volcaría toda su atención en él, en apartarlo de los árboles y de cualquier persona que palpitara al son de aquel túmulo. ¡Qué impotencia no poder abandonar su prisión de madera y tierra! ¡Y qué miedo aceptar que Antxo había accedido a sacrificarlo por ella, que no era más que una pila de huesos que habían vuelto a la vida en contra de su voluntad!

Lo peor era pensar que el Bosque podía aprovechar cualquier despiste suyo para arrancárselo del vientre artificial, y eso la hacía temblar de furia. La tierra se removía, y de pronto ella se sentía cansada, tan cansada, que dormitaba sin llegar nunca a ver cómo una parte de ella se erguía por encima de la maldición. Le pedía a Antxo que la liberara, que la dejase descansar. Hacía que las paredes lloraran y los cristales tiritasen de rabia, pero Antxo se mostraba ciego ante estas manifestaciones, incapaz de aceptar que su trato con el Bosque también era un regalo envenenado.

Puede que por eso decidiera ir al circo con ellos. Ella llevaba días, tal vez semanas, sin haber podido sentir a su hijo. Antxo había abierto su puerta en varias ocasiones, y siempre la miraba con el ceño fruncido. Traía una pala, removía la arena, la volvía a cubrir lo mejor que podía. Y ella se rebelaba de nuevo. Así que decidió castigarla, y se llevó a su hijo y a ese monstruo directamente del hospital a la esplanada de barro y luces, que estaban tan cerca que podía ver los destellos del lugar reflejados en las ventanas más altas. Demasiado lejos, al mismo tiempo, como para poder hacer nada.

Se despertó con los aullidos del Bosque y las llamas que brillaban en la distancia como una gigantesca pira funeraria. Intentó sacar su conciencia de la casa y derribó varios muebles. Trató de concentrarse para confirmar que

Lander estaba a salvo, y varios cristales saltaron por los aires. Los gritos del Bosque eran alaridos de dolor, de pérdida. No atendía a sus plegarias —por favor, dime que está vivo, por lo que más quieras, por favor— y sintió que incluso las fuerzas de aquel ser menguaban y se hacía pequeñito. Juraría que incluso vio cómo los difuntos brotaban de entre los árboles, azuzados por la necesidad, y sin embargo volvían a ellos con las manos vacías.

Volver a sentir a Lander, cuando su padre y él regresaron a ella a la carrera, fue como recuperar un calor del que el cuerpo se había empezado a deshacer. El joven quería volver a la esplanada, gritaba que habían perdido a Erio y que él no podía correr, que moriría porque ellos eran los únicos que se detendrían a ayudarlo. Ella se lo imaginó, solo, rodeado por las llamas.

No derramó ni una sola lágrima por él.

Para su desgracia, la historia del Niño Roto no había llegado todavía a su fin, y regresó de una muerte segura para encadenar a Lander una vez más.

El Bosque estaba gravemente herido y se comportaba como un animal rabioso; lo oía gimotear desde todas las partes de la casa, pero si en algún momento creyó que tal vez le había llegado el turno de disiparse como un mal sueño, se equivocaba.

Poco a poco, el pueblo empezó a bailar al son de sus raíces una vez más. Incluso Senen Guridi cayó entre sus garras, trayendo de vuelta a un esqueleto vacío que ni siquiera recordaba del todo haber sido Anna.

Y al poco, Antxo, aquel que tanto la amaba, la volvió a traicionar. Una noche, cogió una pala y un saco y regresó de entre los árboles con la pala manchada de sangre y el saco repleto de tierra. ¿Acaso no la iba a dejar descansar jamás?

No le costó demasiado atar cabos. Lander lloraba preocupado porque Erio había desaparecido, acompañaba a las diferentes batidas al Bosque y volvía convencido de que su cobardía lo había hecho cometer una estupidez, pero ella sabía lo que su marido había hecho, cómo la había ahogado en tierra maldita una vez más.

Se juró que sería la última. Empezó a gritar desde su pequeño rincón, a sepultar a Lander entre dudas e ideas que, durante el resto de su vida, creería que habían surgido de él. El pueblo no tenía salvación, pero él todavía podía huir. El niño roto había muerto por su culpa, su padre estaba enloqueciendo por su culpa, la casa sufría por su culpa. También empezó a entrometerse en sus sueños, a morder su carne en cuanto se acercaba a ella, a alimentarse sin permiso ni necesidad.

Hasta que, finalmente, terminó por romperlo, y Lander tomó una drástica decisión.

Lo que ella no anticipó fue que esta decisión lo condujera a la guerra, y para cuando lo oyó mencionarla en alto por primera vez, y fue testigo de la fuerte discusión con su padre, ya era demasiado tarde. Ni siquiera pudo

acercarse a despedirse de él, ya que se apartó nada más sentirla, sobresaltado y algo temeroso.

Tras su partida, la casa se sumió en el silencio. Antxo, abatido, se pasaba el día acostado o delante del televisor. Muchas veces era ella la que lanzaba alimentos fuera de la alacena para que se acordase de que debía comer. Durante meses, languidecieron juntos sin decirse una palabra.

Y después, un día, de repente, Antxo empezó a ir de aquí para allá; entraba en casa, volvía a salir. Desaparecía a altas horas de la madrugada y regresaba con cajas repletas de documentos y fotografías, de las cuales a continuación descartaba la mitad. Destruyó la que hasta el momento había sido la habitación de Lander: se deshizo de los muebles, rompió los juguetes, pero guardó la caja de madera en la que Lander solía guardarlos; arrancó casi todas las hojas de los cuadernos, pero solo quemó parte de ellas. Una mañana se dio de bruces con el escondite de los diarios de Lander y se encerró en ellos durante días: subrayaba pasajes, se enjugaba alguna que otra lágrima, farfullaba para sí mismo.

Y finalmente, una noche como cualquier otra, ella despertó envuelta en sudor y escalofríos. Algo correteaba por su piel. Se asomó y no vio a nadie, pero sintió que Antxo también estaba despierto, junto a la ventana. Lo más raro era que asentía sin cesar, satisfecho.

—Ya lo tengo todo, amor —dijo, dirigiéndose a ella por primera vez en lo que podría haber sido una eternidad. No comprendía cuándo había podido envejecer tanto, cuándo los años se le habían echado encima—. Voy a mantenerme fiel a la promesa que te hice.

21

Lander evita el camino más corto y cojea hasta la casa del señor Guridi con la intención de cruzar por detrás, pero aun sin luz es capaz de notar las vibraciones de la plaga, las procesionarias que cubren la estructura de arriba abajo. «Acostumbraba a tener las ventanas cerradas», piensa, y se plantea gritar su nombre, ayudarlo de la manera que sea, pero no sabe si está ante una obra de Erio o del Bosque, por lo que decide continuar y permitirle su venganza.

La cabeza no para de gritar y martillea una pregunta tras otra sin descanso. Su pierna derecha palpita por el sobreesfuerzo de los últimos días. Ha perdido la casa, su refugio, su madre. Puede que también haya eliminado cualquier rastro de su padre sin querer. Siempre ha preferido no indagar demasiado en los temas referentes a los difuntos. La caja ya no existe, o si todavía lo hace ya no volverá a verla. No sabe cómo se siente al respecto. Lo único que lo acompaña es la falange, y la aprieta con más fuerza a cada paso, como si temiera que fuese a desaparecer o a tirar de él en dirección contraria.

A su espalda, tan cerca que llegan a sobresaltarlo, empiezan a encenderse luces y a resonar las primeras voces de aquellos que se asoman a ventanas y balcones, llevados tanto por el miedo como por la curiosidad.

—¡Es la casa de los Herrera! —grita alguien, y el murmullo se extiende con rapidez como el zumbido de un enjambre. Lander trata de ocultarse de la luz de la luna, y sin darse cuenta se aproxima tanto al Bosque que las ramas se estiran hacia él para alcanzarlo.

El viento susurra su nombre, y es posible que dance también en boca de los vecinos. Puede que alguno llore su pérdida —¿quién sabe?—, pero es evidente que muchos otros se alegrarán, convencidos de que el pueblo estará mejor sin tener que lidiar con esa extraña familia.

«Que hablen», piensa Lander, mientras se aleja a hurtadillas en dirección al

centro y más figuras llenan la calle, en parejas o pequeños grupos. Tiene que dejar el pueblo atrás cuanto antes. A pesar de la hora, los vecinos del barrio no dudarán en avisar a otros, y estos a otros más, y lo último que necesita es que lo encuentren; podrían ser capaces de cualquier cosa.

Aun así, se detiene al llegar a la altura de la estación, aunque no es este el edificio que lo distrae sino el hospital. El vaivén de gente que corre hacia y desde el monstruo gris, para ser más exactos. Da un par de pasos en esa dirección, no muy convencido.

Uno de los leñadores pasa tan cerca de él que no lo tira al suelo de milagro. Lander está a punto de dejar caer la falange y decide que estará más segura si la guarda en el bolsillo.

—¡Lo siento! —grita el hombre, que se detiene apenas un instante para ver si Lander se encuentra bien antes de volver a lanzarse a la carrera.

—¿Qué ocurre? —pregunta el soldado a gritos, pero el leñador no llega a oírle.

Lander cubre la distancia hasta la entrada principal con tanta rapidez que la pierna flaquea al llegar al final de la cuesta. Un par de leñadores se acercan rápidos al ver que se tambalea. Uno de ellos tiene las mangas de la camisa ensangrentadas y cubiertas por vísceras de insecto. El otro tiene la cabeza vendada y un sarpullido que le atraviesa la parte izquierda de la cara y el cuello.

—¿Qué ha ocurrido? —vuelve a preguntar, alterado. Los latidos le palpitan tanto en la pierna derecha como en la garganta.

—Teníamos cambio de turno, pero nadie salía del bosque, así que entramos a buscarlos —contesta el hombre del vendaje mientras se frota las manos de forma obsesiva—. No sabemos qué ha pasado, pero los pocos compañeros que hemos encontrado estaban, están… —Le faltan las palabras y le falla la voz. Lander asiente y avanza hacia la puerta con decisión, pero antes de empujarla se gira de nuevo hacia todo el grupo que espera fuera del edificio.

—Tenéis que marcharos de Urrun —les explica. Después de pensar tanto en ello, al decirlo en voz alta siente como si estuviera vomitando una auténtica locura—. Bajad a la estación y coged el primer tren que pase, tenga el destino que tenga. —Los hombres lo observan estupefactos y después se miran entre ellos, pero ninguno se atreve a decir nada—. Y si veis que los vecinos se acercan a vosotros… defendeos. —Él mismo cree que ha perdido la cabeza; no logrará que le hagan caso.

—¿Qué? —pregunta alguien.

—No podemos dejar a los otros aquí —murmura una segunda voz.

—¿Qué está pasando? —Ni siquiera lo conocen; alguno puede que de vista, pero nada más. Lander siempre se preocupó mucho a la hora de marcar distancias, ¿acaso no lo recuerda?

—Sé que suena delirante, pero, por favor, hacedme caso. Si queréis,

acompañadme dentro a buscar al resto, pero después tenéis que iros. Este pueblo se ha vuelto muy peligroso para vosotros. —No le creen. Un par o tres de ellos ni siquiera parecen estar escuchándole.

—¡Pero no todos estamos aquí! —anuncia un chico de repente. Lander se gira hacia él con la cara desencajada.

—¿Hay gente que continúa en el Bosque? —Es el pavor en su voz, demasiado natural como para que sea mentira, lo que hace que todos le presten atención de repente.

—Sí, no todos hemos venido con los heridos —responde un hombre de mediana edad, con la cabeza rapada y empapada de barro. Lander asiente un par de veces.

—¿Qué les ocurrirá? —pregunta el chico. Su mirada refleja el horror que ha vivido en sus propias carnes.

—No lo sé, pero os prometo que voy a ir ahora mismo hacia allí. ¿Tenéis el campamento en el propio cementerio?

—Sí.

—¿Habrá linternas, algún tipo de quinqué, algún hacha que pueda coger?

—Debería haber de todo, sí.

—De acuerdo entonces. Entramos, sacamos a vuestros compañeros y después vosotros hacia la estación y yo hacia el Bosque.

—En serio, ¿qué está pasando? —preguntan de nuevo.

—¡No podemos marcharnos sin más! ¡Tenemos un trabajo a medias y no cobraremos si no lo acabamos!

—¡Nunca lo vais a acabar! —contesta Lander, marcando cada palabra—. La tarea es imposible, el pago es mentira. —No parecen del todo convencidos, no aún, pero sabe cómo rematarlo—. Y teníais razón, la teníais desde el principio: el Bosque está maldito.

El silencio que prosigue a estas palabras es abrumador. Algunos contienen la respiración; otros pocos se santiguan; hay quien alza la vista al cielo y quien clava la mirada en la tierra. Al final, cada persona tiene sus supersticiones y creencias, pero nadie está dispuesto a combatir una maldición. Menos todavía una que ya se ha cobrado varias vidas y parece haberse convertido en algo todavía más peligroso.

—Vamos a entrar a por vuestros compañeros antes de que les pase algo —explica Lander—. Y después derechos a la estación. —No espera a ver la reacción del resto. Se encamina hacia la puerta con decisión y nota que varios pies se ponen también en marcha.

El grupo entra en el hospital de forma atropellada. Alrededor, los árboles, que han sido testigos de la conversación, avisan al Bosque, que guarda silencio, pensativo.

Es la primera vez que Lander se sale del camino que habían preparado para él; esta pandilla de inútiles tendrá que esforzarse para que sea la última o

deberán atenerse a las consecuencias.

Su estómago ruge, hambriento.

22

La enfermera a cargo del mostrador principal durante el turno de noche está demasiado agotada como para alzar la cabeza cuando las puertas se abren de nuevo con un fuerte golpe. «Qué brutos son estos leñadores», piensa, y su propio pensamiento le sirve de confirmación.

Le advirtieron que ocurriría durante uno de sus turnos, bajo el manto de la luna. Vaya suerte. No es como si quedara alguien ajeno al Bosque —con el tiempo todas y cada una de las personas de Urrun le debían pleitesía y más de un favor—, pero los ataques más contundentes, los que marcaban el final de un grupo y el comienzo de la búsqueda del siguiente, siempre ocurrían a altas horas de la madrugada.

Edurne le había confirmado que el problema con los Herrera estaba a punto de solucionarse, por lo que nada le hacía pensar que tuviese que prepararse ni hacer nada en especial. Ocupar su puesto durante las horas pertinentes y responder de forma esquiva a las pocas preguntas que los futuros difuntos puedan tener.

Algo que, hasta ahora, ha sido como coser y cantar.

—¿Dónde tenéis a los leñadores? —pregunta una voz fatigada, y es la forma de preguntar la que le hace levantar la cabeza y encontrarse frente a la mirada de Lander Herrera. La muchacha se queda paralizada; ¿debería hacer algo? ¿Dar la voz de alarma? Nadie le había dicho que el soldado tuviera que pasar por aquí.

—¿Dónde están? —repite uno de los hombres que lo escoltan y acompaña la rabia que brota de él con un fuerte golpe en el mostrador. Ella, temblorosa, señala hacia la puerta del fondo.

—Alguien debería quedarse aquí —explica Lander—. No queremos que avise a nadie.

—No, yo no… —responde la joven, que parece estar a punto de echarse a llorar.

Algo está yendo mal: el plan del pueblo no está funcionando como debería. ¿Vendrá el Bosque a por ellos? ¿A vengarse? ¿A saldar cuentas? Algunos hombres rodean el mostrador y parecen no preocuparse por su respiración cada vez más agitada.

No puede acabar así para ella. No puede, no puede.

La sala es una estancia amplia y a rebosar de difuntos que parece dividida en dos. A su izquierda, dos hileras de camillas en las que descansan decenas de leñadores que gritan y se retuercen de dolor. Lander hace un barrido rápido, busca a Jonás o Abreu, y se pone aún más nervioso al no encontrarlos.

A la derecha, bancos y más bancos, también hasta arriba de leñadores. Entre ellos, un par de vecinos, que habían ido allí a comprobar que todo marchaba como debería y que intentan escabullirse cuando ven entrar a Lander. Este niega con la cabeza.

—Vosotros dos, al fondo —ordena el soldado. Los dos chicos, que no pueden tener ni veinte años, obedecen de inmediato. Sin que Lander tenga que añadir nada más, un par de leñadores los siguen de cerca y se sientan junto a ellos. Es entonces cuando ve cómo una enfermera, que estaba en mitad de una cura, desaparece por otra de las puertas en cuanto cruzan miradas—. ¡Tenemos que darnos prisa! —indica—. ¡No estaremos solos mucho rato!

Los leñadores se reparten por la sala. El mensaje pasa de unos a otros con rapidez; algunos asienten, otros se niegan en rotundo, y la mayoría se quedan observando al joven que cojea de un lado a otro hasta que lo reconocen o simplemente deciden que no merece la pena llevarle la contraria a una persona tan fuera de sí.

—¡Soltadme! —grita un compañero. Tiene el cuerpo vendado casi por completo y los brazos atados a los laterales de la cama.

—¡Dejadme salir de aquí! —gruñe otro con la cabeza cubierta por un vendaje ya ensangrentado. A su lado, un enfermero vierte agua sobre los ojos de un hombre con la cara en carne viva. Lander juraría que un par de orugas se deslizan desde el interior de las cuencas de sus ojos y desaparecen una vez tocan el suelo.

Un par de médicos intentan huir por la misma puerta que la primera enfermera, pero los leñadores están alerta y no se lo permiten. Ninguno se atreve a encararse con ellos, pero lanzan miradas furibundas a Lander y mascullan entre dientes. Al soldado no le preocupa en absoluto. Lo único que tiene que evitar es que los arrinconen allí dentro. De hecho, resopla al ver que la gran mayoría de los heridos abandona ya la sala.

—He hecho lo que me ha pedido y he conseguido salir —anuncia de

pronto un hombre que muestra unos profusos arañazos en el rostro. Tiene los ojos apagados, vacíos, y se observa las manos de vez en cuando, cubiertas de sangre, como si no entendiera del todo lo que acaba de ocurrirle. Lander no osa a acercarse demasiado a él, e impide que alguno de los otros leñadores lo haga.

—¿Qué te ha pedido? —inquiere desde donde está. El hombre sonríe.

—Esos arañazos no parecen de un animal —susurra alguien.

—Me dijo que podría volver a casa si otro se quedaba allí en mi lugar —explica, cada vez más sonriente. Una infestación de procesionarias surge de algún punto alrededor de la camilla en la que se encuentra sentado.

—No os acerquéis —repite Lander al ver que uno de los leñadores intenta aproximarse—. De hecho, deberíamos irnos ya.

—Pero… —tartamudea el leñador. Las orugas empiezan poco a poco a cubrir primero los muslos y el estómago del hombre, y después ascienden a través de su pecho y cuello. Él, todavía sonriente, no parece notarlo. O si lo hace, no le importa.

—Fuera. Ya —ordena el soldado, que se queda el último para corroborar que solo dejan atrás a los médicos, la enfermera del mostrador y un hombre ya muerto y condenado.

—Escupiré a tu espectro cada vez que me lo cruce por la calle —brama uno de los médicos. Lander no se digna en contestar.

Con ayuda de los leñadores, empujan a todos los trabajadores y al par de vecinos hasta las escaleras que dan a la planta de abajo. La chica no para de temblar.

—No, no, no, aquí no, así no… —Pero Lander no tiene compasión. Bloquean la puerta desde fuera y salen del edificio. Los difuntos continúan entrando al hospital, pero ninguno sale. Las súplicas resuenan incluso a mitad de cuesta.

Los leñadores descienden a toda velocidad con Lander detrás, que no solo camina más lento, sino que intenta prepararse mentalmente para lo que le espera en el Bosque. Se despide de ellos desde la distancia y toma el cruce en dirección al cementerio casi al mismo tiempo que los árboles se abalanzan sobre el grupo y silencian con ferocidad y rapidez cualquier grito de auxilio que pudiera brotar de sus gargantas.

23

El cementerio de Urrun ocupaba una pequeña parcela a las afueras del pueblo, al oeste del hospital y la estación, lo que lo mantenía oculto de la vista de cualquier persona que no conociera su paradero de antemano. Lo protegía un desigual muro de piedra del que nadie se había ocupado en años y que se había derribado de malas formas cada vez que el pueblo se había visto en la necesidad de exprimir cada centímetro de tierra. Habían intentado arañarle metros al Bosque en más de una ocasión, pero este siempre se había defendido. Mejor no arriesgarse.

De hecho, la existencia del cementerio se debía a una ley que obligaba a cada localidad a tener un lugar consensuado en el que almacenar los cadáveres de los difuntos, y nada más. La incineración estaba prohibida a raíz de un antiguo hecho que había mutado en leyenda urbana, y enterrar a la familia en terreno propio estaba penado por ley después de una serie de altercados, por lo que todos los cuerpos debían acabar aquí tarde o temprano.

Eran muy pocas las familias que se preocupaban en pedir una lápida pulida, con filigranas de flores o espinas y el nombre del difunto bien tallado en la roca; a la mayoría le era suficiente con tener una pequeña plaquita de metal que marcase el lugar del entierro, o ni siquiera eso. Algunas familias ocupaban un nicho profundo al que iban añadiendo niveles, los cuerpos unos encima de los otros. La única forma de saber quién se amontonaba sobre quién era observando la columna de placas que sobresalían de la tierra.

Hacía décadas que nadie visitaba a sus familiares o les rendía tributo llevándoles flores y otros obsequios. Los veían a diario durante una época que se hacía eterna y después, cuando desaparecían, todo el mundo sentía que por fin dejaba atrás el tiempo de luto y tristeza. Siempre había excepciones, por supuesto, como los familiares que visitaban una tumba vacía porque no había

quedado difunto al que contemplar, o progenitores que sentían que se les había arrebatado a sus descendientes demasiado pronto.

Lander se detiene frente al arco del cementerio y tose un par de veces para tratar de calmar su respiración. Las dos antorchas que marcan el emplazamiento del lugar descansan inertes a ambos lados de la entrada. Si el joven distingue algo mientras espera impaciente las primeras luces del alba es porque hay una parte interna que sí tiene algo de luz, algo que lo sorprende lo suficiente como para adentrarse en este lugar por primera vez.

Lo cierto es que los cementerios son de los pocos lugares en los que es complicado encontrarse con difuntos, por lo que se siente a salvo.

Todos conocen la historia del cuerpo ya enterrado cuyo espectro lo sigue hasta aquí, pero en realidad nadie ha sido testigo de algo semejante. Echa la vista atrás, apenas un segundo, como si una minúscula parte de él todavía se planteara volver con los leñadores que esperan en la estación, pero la enigmática luz es una fuerza aún más atrayente.

A medida que se acerca, el soldado se ve obligado a esquivar las tumbas más recientes como bien puede y tropieza en incontables ocasiones con raíces que brotan del suelo.

Lo que en un principio le parece un acto de torpeza por su parte, pronto se desvela como un ardid más del Bosque, que las azuza contra él como si fuesen serpientes. El pie de Lander se hunde de pronto más de lo normal y lo retira de inmediato, asustado por un súbito ataque, pero pide perdón a la nada en cuanto se percata de que, distraído, se ha salido del camino y pisado tierra recién removida.

Fuera de su pequeña burbuja de venganzas, favores y conspiraciones, hay quien ha dicho adiós a algún ser querido, quien ha tenido un gran día, quien ha tenido un día horrible. Pero el camino de Lander lo ha traído hasta aquí.

Una gran parte del muro interior parece haber explotado de fuera hacia adentro, prueba inequívoca de que no hace mucho que el Bosque se ha acercado en busca de algo. Observa la pequeña montaña de gravilla que hay alrededor, los cascotes que se ve obligado a apartar con el pie. El quinqué que había percibido desde lejos ilumina los rastros de una pintada que se pierde en el agujero: «Desaparecen los vivos», reza. Una advertencia para todos aquellos que escojan peregrinar al corazón del Bosque, pero no para él, que sabe lo que tiene que hacer.

Y ese quinqué puede serle muy útil en su cometido.

Hipnotizado, olvida buscar el campamento de los leñadores para hacerse con algún tipo de arma, pero sí que comprueba una vez más que la falange continúa en el bolsillo. Avanza hacia él y apenas un par de pasos después golpea algo metálico con la bota: una placa que parece haber sido arrancada de

la tierra y que de alguna forma ha marchitado todas las malas hierbas, raíces y ortigas que cubren todo lo demás.

La rodilla derecha cruje cuando se agacha a recogerla y se encuentra cara a cara con la letra de su padre, oscurecida por un arañazo, repetido una y otra vez, con las palabras «Niño Roto».

¿Acaso padre se tomó la molestia de crear una tumba falsa para un niño que él mismo había asesinado? Mira alrededor en busca de un montón de arena sin nombre. Las propias raíces son las que le indican aquello que busca, ya que brotan de un punto en concreto para morir antes de alcanzarlo.

«No tiene sentido que la tierra esté removida», piensa el soldado. No cuando el pueblo lo dio por desaparecido y se rindió antes de encontrar el cadáver.

Se pone de cuclillas junto a él y empieza a excavar. De repente, la tierra tiembla y Lander siente que algo se desliza hasta él desde el subsuelo. A duras penas logra apartar las manos y caer hacia atrás antes de que el montículo se transforme en una boca de dientes afilados que escupe procesionarias. Se incorpora con rapidez y se sacude a las orugas más veloces mientras la boca emite un par de arcadas y vomita un hacha y varios huesos a medio derretir.

Alguien grita en el interior del Bosque. Sin pensárselo dos veces, Lander coge el hacha del suelo, viscosa y con una parte de la hoja mellada, da un par de zancadas y se hace también con el quinqué. El temblor se detiene y los árboles se apartan con un bufido, violentados por la repentina luz.

Con este gesto, le muestran un grupo de hombres que lucha de forma desesperada contra un tornado de bestias y ramas.

Lander se escabulle entre las tumbas y abandona el cementerio tan rápido como puede y deja tras de sí un coro de raíces enfurecidas. Al ver esto, el Bosque se regocija y expande sus fauces. Los chillidos de los leñadores resuenan en un eco infernal, apremiándolo a que entre a rescatarlos —están ahí por su culpa, por su cobardía—, pero se repiten tanto que finalmente se desenmascaran ante el joven soldado como lo que son en realidad: un bucle.

El Bosque miente.

—¿Ah sí? ¿Eso es lo que crees? —Tras una sonora carcajada inhumana, los troncos de los árboles vuelven a retorcerse, lo que le permite oír de nuevo los gritos y mostrarle los pedazos de varios cuerpos a medio devorar.

Los espectros de los leñadores muertos también se han acercado al linde del Bosque y lo observan desde allí, inmóviles, como si no tuvieran permiso para abandonar el lugar. Sus párpados muertos le enseñan su más que posible futuro y, si se fija bien, el deseo de lanzarse sobre él y hacerlo trizas.

Uno de los difuntos se ve incapaz de esperar más tiempo y sale a la carrera, pero se destruye en cientos de motas brillantes y un último alarido en cuanto se acerca demasiado. El resto retrocede; saben cuál es su lugar.

Se quedan así, quietos los dos. El Bosque no ataca. Lander preferiría

esperar a las primeras luces del día —tendrían que estar ya aquí—, pero puede que ni tan solo ellas se atrevan a inmiscuirse. Solo uno de ellos tiene el tiempo en contra, y ambos lo saben.

El soldado acerca el quinqué a los árboles, que se retraen una vez más, y la figura de Erio surge de la oscuridad de sus entrañas. Camina poco a poco, cargando con el peso de su pierna muerta. Su carne parece haberse podrido desde la última vez que se vieron y se cae a pedazos. Las procesionarias le corretean por todo el cuerpo y entran y salen de orificios que ni siquiera deberían existir.

Igual que él.

—¿Qué haces todavía aquí? —gruñe—. Te dije que te fueras del pueblo.

—No puedo hacerlo sin…

—¿Sin los leñadores? —aúlla, iracundo—. ¿Acaso les debes algo a estos desconocidos? ¿Cómo pueden ser tan importantes como para que te juegues la vida por ellos? —Escupe barro y mueve su cuerpo como si le incomodara estar en él—. ¿Cómo pueden ser más importantes de lo que yo lo fui? —pregunta de repente—. ¡Éramos amigos! ¡Y no tuviste problemas para dejar que mi cuerpo se pudriese en este sitio!

—No —responde Lander, y la tranquilidad de su propia voz le resulta inquietante. No tiene tiempo para esto. Ni ganas—. Montamos partidas de búsqueda. Un grupo durante la mañana, otro por la tarde. Incluso de noche. Yo te busqué, y lo hice durante semanas. Entré y caminé por el Bosque, aunque me estuviese muriendo de miedo por si los árboles me atacaban. Te recuerdo que ya lo hicieron una vez.

—Sí, aquella vez que estuviste a punto de sacrificarme.

—No estuve a punto de nada. El Bosque me engañó durante unos segundos, pero volví a por ti y te saqué de esa pesadilla a rastras, ¿o es que no te acuerdas?

—¡Tu padre me mató!

—¿Y qué culpa tengo yo de eso?

—¡Que lo hizo por ti!

—No —dice Lander, y suspira, incapaz de ocultar el desdén—. Lo hizo por un puñado de tierra para mi madre. Esa maldita casa era más importante para él que yo. —Erio guarda silencio, pero no está dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Márchate —repite, aunque no con la misma firmeza—. Si entras tendré que matarte. Puede que así él me…

—¿Te devuelva la vida? —pregunta Lander con sarcasmo.

—Yo ya estoy vivo, Lander. Mucho más vivo de lo que tú estarás jamás. Lo único que necesito es un cuerpo nuevo. —Sonríe con malicia—. Los nuestros están rotos. Y los de ellos, también —añade, y con un gesto de la mano aparta un par de árboles a su derecha, lo que deja al descubierto el tronco de un tercero. Y en él, clavado con espinas, el cuerpo de Abreu, aún con vida.

24

En el interior del Bosque el ambiente es tan húmedo y opresivo que lo primero que nota es la falta de aire. Lo segundo, la fuerza con la que la presión lo aplasta contra el suelo, como si la gravedad funcionara en su contra. Todo tipo de alimañas corretean entre sus pies, pero no se atreven a encaramarse; todavía no. Aquí no encontrará esquinas que contar por mucho que alce la vista, y si las hubiese solo contemplaría innumerables nidos que vibran deseosos de lanzarse al vacío y darse un festín.

Pero el Bosque se guarda este sacrificio para sí mismo. Hace mucho que los alimentos locales no llegan hasta su puerta; ha tenido que conformarse con forasteros, personas que no conocen su existencia hasta el último momento y cuyo temor no ha ido creciendo con los años. Pero Lander sí, Lander sabe lo que le aguarda en el túmulo de rocas.

Se detiene un instante, deja el quinqué y el hacha en el suelo y empieza a masajearse la pierna derecha. Las ramas de los árboles aprovechan el momento para lanzarse contra él. No, espera, tratan de alcanzar el hacha. El soldado recupera ambos objetos y se defiende de las astillas que saltan por los aires, enfadadas de no haber logrado su cometido.

Un par de árboles se mueven para ocultar su única vía de escape.

Había pensado que tal vez era buena idea marcar el camino de algún modo, ponérselo fácil a los leñadores si se veían obligados a abandonar el Bosque sin él, pero entiende que es imposible.

El propio Bosque se carcajea.

—¿Ves ahora lo inútil de tu decisión? —inquiere.

Lander lo ignora, por lo que repite la pregunta. Casi puede imaginárselo sonriendo. Al menos hasta que se da cuenta de que el soldado no le va a contestar y se repliega de vuelta al corazón, resentido. No está acostumbrado a

que los humanos le planten cara, y mucho menos en su territorio.

Los primeros difuntos emergen de entre las ramas a su derecha. Lander trata de hacerse a un lado para dejarlos pasar, pero los árboles no se lo permiten. El soldado no puede evitar reír. Supone que un momento así puede ser terrorífico para quienes vienen buscando el túmulo; él mismo lo pasó fatal cuando era niño, pero ahora atravesar a los muertos le resulta tan sencillo como respirar. Se acerca el quinqué al pecho, eso sí, y lo protege con el hacha, si bien es cierto que el filo no hará nada a los difuntos.

Avanza hacia ellos sin dejar de sonreír.

Uno a uno, los difuntos entran, arañan y salen. Lander hace que los gritos de la guerra reverberen en su cabeza y comparte sus recuerdos con los muertos. Algunos retroceden y se pierden entre los árboles. Otros se quedan paralizados en su interior, demasiado asustados como para avanzar. El Bosque lo percibe, primero con asombro y después con admiración.

—¡Abreu! —grita Lander mientras se deshace del último de los difuntos, que se oculta con rapidez tras el árbol más cercano pero no aparta la vista de él.

Algo parece responder, de forma muy amortiguada, en algún punto inconcreto de la espesura. El Bosque cierra filas en torno a él. Lander empuña el hacha y avanza, hiriendo troncos y masacrando ramas.

Si el Bosque todavía pensaba disfrutar del pequeño laberinto que le había preparado, es en este momento en el que se da cuenta de la testarudez de este niño roto.

Dos pasos más y un nuevo enjambre de difuntos se lanza sobre él. En esta ocasión, algunos de ellos se le hacen familiares, aunque no sabría identificarlos.

¿Cuánta gente habrá perdido la vida en este Bosque? ¿Cuántos habrán acudido en busca de respuestas para encontrarse cara a cara con su final?

Un espectro joven se le aferra a las entrañas y cierra los ojos ante el horror que la mente de Lander le muestra. De hecho, es el soldado quien contempla su dolor: se vio obligado a huir de casa tras un accidente en el que casi acaba con la vida de su hermano; perdido, oyó el canto del Bosque y la promesa de que podía hacer que todo volviera a ser como antes. Tan solo necesitaba un sacrificio a cambio.

Y el joven no fue capaz de proporcionárselo, pero alguien sí que se aprovechó de él. Todavía no logra comprenderlo del todo.

—¡Abreu! ¡Soy Lander! ¿Dónde estás? —El Bosque hace resonar su nombre en tono de burla y aprovecha un descuido para atraparlo tanto con ramas como raíces, derribándolo.

Lander se aferra al quinqué con todas sus fuerzas, a pesar de dejar el hacha a un lado y notar los mordiscos de las procesionarias entre los dedos. Necesita la luz si quiere llegar hasta el corazón. Puede que incluso entre al túmulo con el

quinqué y le prenda fuego desde el interior.

Recupera el hacha en cuanto puede y la blande sobre las piernas para que las raíces se aparten, y las destroza cuando ve que no es el caso. Tiene miedo; uno de los golpes podría torcerse y acabar en la carne de su pierna. Tampoco se le ocurre otra opción. Una de las ramas estalla en mil pedazos y las astillas se le clavan en la mano. El musgo que cubre el suelo bebe las gotas de sangre que le caen encima con una sed agónica.

Cuando por fin consigue ponerse en pie, y comprueba que el quinqué solo tiene un par de rasguños en el cristal, le llegan al oído los aplausos imposibles del Bosque, quien le aparta los árboles y lo conduce hasta un escenario familiar: el pequeño círculo de árboles en el que Erio y él buscaron cobijo tanto tiempo atrás.

El veneno de las orugas, tanto pasado como presente, inunda su cuerpo. Mareado, camina hasta que se ve asaltado por una luz mucho mayor.

El lugar se alumbra de repente por antorchas que emiten un imposible halo blanco. Los cuerpos de los leñadores están tan integrados en el paisaje que su cabeza envenenada tarda un par de segundos en comprender lo que ve: el brazo derecho de uno de ellos todavía se mueve mientras una rama lo exprime lentamente. La sangre se derrama por el suelo como la cañería de un grifo apenas abierto, y la hojarasca y el musgo que lo cubren se estiran y retuercen para impregnarse de ella y devorarla de inmediato.

Los ojos del leñador son dos cuencas vacías que rezuman lágrimas y savia. El resto del cuerpo cae inerte en cuanto el árbol lo deja ir de su abrazo mortal. Unos difuntos brotan de entre las sombras en busca del más mínimo rastro de vida que el cuerpo pueda ofrecerles, pero el Bosque los desintegra de inmediato.

Otro de los leñadores aún lucha contra lo inevitable, como si quedara margen para la salvación. Su mano derecha se niega a soltar el hacha. Lander se acerca tambaleante, una pequeña parte de su mente todavía empeñada en ayudar, pero las espinas se clavan primero en el cuello del desconocido para inmovilizarlo, y después en los dedos, de modo que le obligan a dejar caer el arma y desgarran uña, piel y carne. Las procesionarias entran en su cuerpo en cuanto abre la boca para gritar y lo ahorcan desde el interior, para después abrirse paso a través del músculo.

Allá donde mire, un leñador encuentra su terrible final, pero eso no hace que aparte la mirada en ningún momento. Están ahí por su culpa, no tiene derecho a cerrar los ojos. Rescata del suelo el hacha del leñador y se la coloca en el cinturón sin perder tiempo en deshacerse de las procesionarias. Estas parecen comprender que algo ocurre, porque saltan al vacío, inquietas, y desaparecen entre sus pies. Se acerca a un pobre chico que reconoce de los arcos de la plaza, apenas un niño que solloza y pide ayuda igual que él hizo en su momento, pero observa la forma en la que las raíces lo tienen estrangulado

y comprende de inmediato que no puede hacer nada por él.

Así que le clava el hacha en el corazón y le evita parte del sufrimiento.

El Bosque aguanta la respiración.

—¿Hacia dónde? —pregunta Lander al aire, impaciente, mientras señala con el hacha ensangrentada en todas direcciones.

Se extinguen todas las antorchas menos una, lo que le obliga a acercarse a uno de los cuerpos de los leñadores. Los restos de una mano ensangrentada se le agarran al tobillo y otro de aquellos infelices todavía suplica con la boca ennegrecida por el veneno. El soldado observa las ramas que lo mueven como una marioneta y las cercena con un par de hachazos limpios.

—¿Hacia dónde? —pregunta de nuevo. El Bosque abre un nuevo camino, confuso. Este no es el monstruo que él creó. Claro que el Bosque no entiende de guerras lejanas ni sabe lo mortíferas que se han vuelto las armas con el paso del tiempo.

Y tampoco llegará a saberlo nunca.

Los difuntos vuelven a salirle al paso en cuanto abandona el círculo, y aumentan en número a medida que avanza a través del laberinto de hojas. Muchos de ellos lo cruzan y se sorprenden cuando se pierden en el vacío interior de alguien exhausto pero determinado. En algunos casos, el muerto se ve incapaz de separarse de parte del dolor y se lo lleva consigo de vuelta a la espesura.

Entre ellos, Lander presencia algunos círculos reales, gente que corre despavorida pidiendo auxilio en silencio, o pies que flotan a la altura de sus hombros. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Mamá vivirá por siempre. Comprueba con un pequeño vuelco del corazón que, a pesar de tropezar con raíces y atravesar muertos, la falange sigue con él, a salvo en el bolsillo.

Unos niños tiritan a la sombra de un árbol, arrancados de su hogar para siempre. Estos podrían haber sido Erio y él, piensa Lander. El niño que más llora se vuelve hacia él, pero ni siquiera trata de levantarse. Se pregunta si le ven, si son capaces de discernir sus facciones o solo distinguen una fuerte luz que se origina en el quinqué y el halo de emociones apagadas y corrompidas que se esconde tras la misma. Puede que ni tan solo comprendan que han muerto.

25

El Bosque se ensombrece hasta tal punto que el mundo se evapora y tan solo existe Lander, guiado por la cada vez más débil luz del quinqué. El soldado, que había logrado aplacar el miedo bajo el manto de la furia y la locura, sabe que todo habrá acabado si se deja atrapar por la oscuridad. El halo a su alrededor tiembla con cada paso. Observa los árboles y las sonrisas que se relamen en sabia; los difuntos, de los que apenas percibe los ojos y el ruido que hacen al correr sobre las hojas secas o tratar de escalar un árbol. Alguien araña un tronco, puede que con la idea de regresar en la cabeza.

Él acepta que se encamina a un final, aunque no sea el que tanto anhelaba de niño: morir fuera de Urrun. Y aun así se podría decir que una parte de él ya murió en el frente, lejos de este pueblo; su cuerpo marcado es prueba de ello.

Y Erio se había equivocado y había dicho «dormir», y él había tenido pesadillas en tantos sitios, algunos con nombre, otros sencillamente un punto intermedio entre dos lugares, que también lo podía dar por cumplido.

Pero no quiere hacerlo. No le basta con trampear su destino.

Tiene que luchar por él.

Los árboles se apartan de golpe. Lander se lleva la mano al rostro para protegerse de una luz que surge de la nada y el gesto le salva la vida, porque hace que el filo enemigo golpee el quinqué y parta el cristal en dos. Sin saber siquiera quién lo ha atacado, se recompone como puede y repele un segundo ataque de la figura que percibe en medio de una oscuridad que no termina de menguar del todo. Y una luz que no le muestra nada, pero sí que lo aturde y desorienta. A pesar de que la voz en su cabeza le suplique que no lo haga, que todavía no puede defenderse, se ve obligado a lanzar a un lado aquello que lo ha guiado hasta aquí y se enfrenta a la nada con un hacha en cada mano, aunque sabe que apenas podrá soportar un par de embestidas con la mano

derecha.

El desconocido se abalanza sobre él una vez más. Lander logra ver su silueta instantes antes de que el hacha corte el viento con un terrible silbido. Da un paso atrás, se agacha, y aprovecha el movimiento para impactar en las costillas con la mano derecha. El filo apenas rasga la piel, lo que queda de esa mano no tiene fuerza suficiente, pero el enemigo se desploma y Lander oye cómo lucha por conseguir aire.

Los ojos se le acostumbran muy poco a poco a la neblina grisácea que les rodea y que oculta el linde de los árboles e incluso el cielo.

La figura logra incorporarse y gruñe como un animal malherido.

—¿Abreu? —pregunta Lander, forzando la vista. Prefiere que no sea él, que el Bosque haya decidido lanzarle un nuevo espejismo, pero ni siquiera él podría hacer algo así.

Un corte profundo parte en dos la cara del leñador: uno de los lados se desliza como una máscara de piel falsa. La sangre, prácticamente negra, le cae por el cuello y empapa toda la ropa, que está desgarrada y manchada en diferentes tonos de rojo.

Observa a Lander con ojos desbocados y brillantes, como si después de tanta mentira y tanto dolor no se creyera lo que tiene delante.

O tal vez sí, y ese sea el problema. Abreu levanta el hacha y trata de lanzarse contra él una vez más. El Bosque, sin embargo, tiene otros planes: varias raíces brotan del suelo y se enredan alrededor de su cuerpo, que queda inmovilizado. El leñador intenta atacar de igual manera, y las raíces hacen fuerza al mismo tiempo que beben de sus heridas. El chico deja escapar un alarido de rabia.

—Abreu —lo llama Lander de nuevo.

El joven leñador clava su locura en él:

—Tú lo sabías —le acusa—. ¡Lo sabías todo desde el principio! Te pregunté si pasaba algo, te pedí ayuda, te salvé de ese, esa… esa cosa en el hospital. ¡Confiamos en ti!

—Os dije que era peligroso, os pedí que os fuerais.

—Oíste a Jonás. Sabías de sobra lo que nos iba a pasar. —Deja escapar un par de lágrimas de pura frustración. Una de las raíces trepa hasta su cara para abastecerse de ellas y se queda allí, atravesándole la cara. Pequeñas gotitas de sangre resbalan por sus mejillas, pero ni siquiera parece darse cuenta.

—Yo no lo sabía, yo…

—Conseguimos sacar a unos cuantos —explica Abreu—. No sé si sobrevivirán al pueblo, pero… al menos pudimos ayudar. Entonces Jonás insistió en que nos adentráramos más, que él continuaba oyendo gritos de auxilio. —Lander se percata de repente de que no deja de vigilar algo hacia su derecha, como si intentase comprobar que sigue ahí—. Yo no oí eso en ningún momento, Lander.

—¿Qué oíste?

—Que solo tenía una forma de salir vivo de aquí.

Abreu vuelve a clavar su mirada en el mismo punto. El soldado distingue por primera vez una figura que descansa inerte en medio del claro. Aprovecha que el Bosque tiene encadenado a Abreu para acercarse hasta allí.

—¡No, Lander, no! ¡No lo entenderás! ¡No tenía otra opción!

Lander resopla frente al cadáver de Jonás. Tiene el cuello prácticamente separado del cuerpo y los ojos, muy abiertos, observan el cielo con una mezcla de pánico e incredulidad. Tiene un hacha clavada en el antebrazo.

—El Bosque me dijo que la única forma de salir era si acababa con él antes. Y que a él le había dicho lo mismo. —Era obvio que Abreu mentía, pero el Bosque había hablado con él, eso era cierto. No era posible que se hubiese inventado algo así.

—Así que atacaste.

«Hay algo que se me escapa», piensa Lander, cada vez más inquieto.

—S-sí, pero solo para evitar que él hiciera lo mismo. —El soldado centra su atención en el cadáver de Jonás y después vuelve a mirar a Abreu. ¿Qué es? ¿Qué es lo que falla?

—Todos se habían vuelto locos, Lander —confiesa de pronto el leñador. Y todo cobra sentido: Jonás está empapado en sangre, en su propia sangre; las manchas en la ropa de Abreu pertenecen a más de una persona.

—¿A cuánta gente has matado? —pregunta el soldado. Casi a la par, el viento se levanta alrededor de los dos y trae consigo un escalofrío que Lander conoce demasiado bien.

«¿A cuánta gente has matado tú, Lander?», susurra el Bosque. «Puede que no de forma directa, pero ¿con cuántos han acabado tus acciones?».

—Abreu, no le escuches —dice, pero aun así se prepara para lo que sabe que no va a poder evitar.

«Piensa que solo es una persona más. Y no puedo dejar que salga del Bosque en este estado, como podrás entender. Mátalo. Mátalo y daré por saldada tu cuenta».

—Abreu, no le hagas caso —insiste Lander—. Miente en todo lo que dice. —Pero, por la forma en la que el leñador lo mira, comprende que el Bosque se ha abierto paso hasta su razón.

—Igual que tú —responde.

Las raíces se separan de él y se ocultan bajo tierra.

Abreu arremete contra Lander. El soldado se aparta como bien puede y repele uno, dos, tres ataques. De nada sirve que intente razonar con él, convencerlo de que no quiere hacerle daño. Ni siquiera está seguro de que la ira que lo azuza sea solo obra del Bosque y sus promesas vacías. El hacha alcanza a Lander en el lateral del muslo y apenas tiene tiempo de agacharse antes de que la siguiente embestida, dirigida contra su cuello, pase a unos

escasos centímetros por encima de su cabeza. Cojeando, se aparta todo lo que puede de Abreu. La sangre empapa la tierra, que la absorbe de inmediato. El Bosque responde con vítores y se relame.

Abreu corre y se abalanza sobre él con un grito enloquecido. La mano derecha de Lander detiene y desvía el hacha del leñador. Lander sabe que no tendrá otra oportunidad semejante; aprovecha el movimiento de Abreu en su contra y consigue derribarlo. El arma dibuja un círculo en el aire y se clava en la hierba lo suficientemente lejos de ambos.

«Acaba con él», susurra el Bosque, e inmoviliza a Abreu una vez más. Lander niega con la cabeza mientras las raíces continúan envolviéndole. El leñador se retuerce en el suelo. Sus gritos pasan de la ira al miedo en cuanto se da cuenta de que las raíces no se detienen y cada vez tiene menos espacio para moverse.

—¿Qué haces? —pregunta Lander al Bosque.

«Cumplir con mi promesa, lo que siempre hago. Él no ha acabado contigo, así que no va a salir de aquí con vida».

—No, no, espera —responde Lander, que de inmediato se agacha junto al cuerpo de Abreu y empieza a seccionar raíces con una de las hachas.

Se deshace de las de la cara primero para asegurarse de que puede seguir respirando antes de centrarse en el brazo derecho. Si logra soltarlo lo suficiente, piensa, tal vez alcance a darle la otra hacha para que pueda ayudarse a sí mismo.

Las raíces continúan brotando del suelo, cada vez más rápido.

—Lander, por favor, ayúdame, Lander… —suplica Abreu, quien apenas logra entrever algo a través de la nueva máscara de raíces.

Pero el soldado no llega a tiempo. La tierra se resquebraja bajo sus pies y engulle al leñador de un bocado. Desesperado, Lander intenta cavar con las manos mientras todavía oye los ruegos de Abreu, cada vez más lejanos, hasta que se extinguen por completo.

26

Los pasos crujen sobre las hojas enfermas mientras se aproximan a él. Continúa de rodillas, las manos cubiertas de barro y sangre frente al inútil intento de agujero con el que pretendía ayudar a Abreu. Una parte de sí mismo le recrimina no haber reconocido la derrota nada más oír los tejemanejes del Bosque. Había sabido que los leñadores no tenían salvación el primer día que los vio, allá en la plaza; ¿cómo se había podido engañar de semejante forma? En ningún momento se había sentido más fuerte que el pueblo, y ahora que los pasos se acercaban, el miedo le recorría el cuerpo como una plaga más.

No, el problema, de nuevo, había sido creer que era superior a ellos, más merecedor de ese final feliz que ahora se le escapa de las manos.

Los Herrera siempre habían sido especiales, diferentes; siempre lo había pensado: mejores.

Todo mentira.

Mejores porque su padre no se mezclaba en asuntos que tuvieran que ver con el Bosque: mentira.

Mejores porque él era el único que había puesto de su parte y se relacionaba con el niño que era distinto a los demás: mentira.

Mejores porque su casa era especial, única, y estaba viva: la mayor de todas las mentiras, la que lo había dejado ciego ante el mundo. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de que era imposible que algo así ocurriera sin la presencia del Bosque?

Porque el Bosque y los vecinos que lo adoraban eran los malos.

Y su padre, la casa y él, los buenos.

Y los buenos siempre ganan, porque se lo merecen.

Y mamá vivirá por siempre, el final que Antxo Herrera había escogido. Por encima de la vida de desconocidos, de Erio, de sí mismo… y ahora de su hijo.

El eco de los pasos se multiplica a espaldas de Lander. Se incorpora con el fuerte crujir de sus rodillas y se gira poco a poco. Al primero que ve es al señor Guridi, quien lo apunta con la escopeta de caza de su difunta mujer. A su lado varios hombres y mujeres que conoce de vista pero a los que nunca dio demasiada importancia; varios de los médicos y enfermeras, entre ellas Edurne, todavía con el uniforme y un estetoscopio colgado al cuello, las manos ensangrentadas de golpear la puerta que Lander había bloqueado. El matrimonio de los Zubeldia, aunque no ve a la hija por ninguna parte.

Y al fondo, siguiéndolos de cerca, Erio.

En un primer momento, Lander cree que lo han debido de capturar y que lo han traído hasta aquí para que él acabe con el Niño Roto, porque ellos no se atreven. Espera ver la cadena o la cuerda de un momento a otro.

Sin embargo, una vez comprueba que no es el caso, se pregunta si los estará siguiendo sin que se den cuenta, como un animal salvaje que camina agazapado antes de atacar. En tal caso, piensa, no los avisará, porque no se lo merecen.

Pero entonces, ¿qué será de él? ¿Será Erio capaz de entender este gesto como la ofrenda de paz que es o tendrá que enfrentarse a él? ¿Y el Bosque? ¿Se dejará llevar por el hambre y guardará silencio? ¿Sabe que hay suficientes vecinos que lo adoran en Urrun como para permitirse perder a unos cuantos?

De repente, mientras Lander mantiene el gesto imperturbable a la espera de lo que ocurra, el Niño Roto se abre paso entre los vecinos con calma y se sitúa a la cabeza del grupo.

—¿Qué está pasando? —La pregunta brota de los labios de Lander como un susurro, pero lo suficientemente alto como para que llegue hasta los vecinos y Edurne, quién si no, esboce su maldita sonrisa.

—Os dije que no tenía ni idea —responde en un tono de burla, sin dejar de sonreír. Algunos de los vecinos asienten. Lander tiene la sensación de que el señor Guridi se llevaría las manos a la cabeza, avergonzado, si no sostuviera el arma.

—Lo habéis hecho muy bien —dice Erio, y las palabras resuenan también en la cabeza del soldado, la voz del monstruo y la del Bosque entremezclándose en una terrible cacofonía.

—¿En serio creíste que alguien había podido sobrevivir en el Bosque durante tanto tiempo? ¿Y que todavía conservase parte de su cuerpo de cuando era niño? —continúa burlándose Edurne—. ¡Incluso después de saber que tu propio padre lo había matado! ¿Cómo… cómo se entiende algo así?

—¿Cómo sabes que…? —Edurne rebusca en el morrón que lleva encima y extrae un libro rojo y dorado que a continuación muestra con orgullo: uno de los diarios de Antxo Herrera.

Las incongruencias caen sobre Lander como una tromba de agua helada: Senen Guridi, fingiendo no saber qué había sido de su padre, avisándolo del regreso del Niño Roto y lo peligroso que era, empujándolo a marcharse y al mismo tiempo enviándole a Abreu a sabiendas de que, si lo ponía en su camino las veces suficientes, sería incapaz de no hacer lo correcto y tratar de advertirle.

Edurne, explicándole el plan del Bosque con todo lujo de detalles, porque cualquier compañero de clase sabría que Lander haría justo lo contrario de lo que ella le dijese.

Erio —aunque nunca había sido realmente él, solo un cadáver que el Bosque había utilizado como una estúpida marioneta— mostrándole lo que su padre le había hecho. Y amenazándolo también, y al mismo tiempo revelándole el interior del túmulo, la existencia del corazón del Bosque.

Una semilla que había crecido en el interior de la cabeza de Lander y había dado fruto en uno de sus recovecos: si tiene corazón, este puede apuñalarse.

Y el propio Antxo y la caja de madera, el artífice del camino de miguitas que había seguido hasta aquí, a pesar de que, siendo sinceros, siempre lo había mantenido al margen de todo, ciego ante lo que hacía a sus espaldas.

—¿Lo entiendes ahora? —inquiere el Bosque a través de la pútrida boca de Erio.

—¿Todo esto por una deuda?

El Bosque se carcajea en respuesta.

—Basta con que alguien se libre del pago para que otros crean que también pueden hacerlo. —Varios de los vecinos agachan la cabeza—. No he tenido prisa porque la historia de tu familia me entretenía y fascinaba a partes iguales, pero empiezo a estar cansado. Además, no es como si no te hubiese dado varias oportunidades para librarte de él. Es más, incluso ahora, tan cerca del final, estoy dispuesto a ofrecértelo una vez más.

—¿Por qué?

—Porque así podrías ser parte del pueblo. En el fondo es lo que siempre quisiste, ¿no es así? Pertenecer. Y justo aquí tengo varios árboles genealógicos que no me importaría perder a cambio de conservarte a ti. —Los vecinos se miran los unos a los otros, inquietos y asustados—. A fin de cuentas, tú todavía podrías tener familia, sucesores que necesitaran peregrinar hasta mí. El señor Senen Guridi, no obstante, poco más puede ofrecerme ya.

—¿Qué? No, no… —murmura el hombre. La escopeta empieza a temblar en sus manos.

—¿No? ¿Acaso tienes alguna forma de continuar siéndome útil? —se mofa la criatura. Con pasos apenas perceptibles, el resto de los vecinos se apartan del señor Guridi. Este, al verse en peligro, levanta el arma y apunta a uno y a otro, incapaz de decidirse.

—Puedo matar a varios antes de que hagas nada —amenaza—. Puedo

hacer que pierdas varias familias en un solo momento.

—Podrías hacerlo, sí —responde el Bosque, como si no le diera ninguna importancia—. ¿Y de qué te serviría? —Edurne aprovecha un momento de distracción para arrebatarle el arma al viejo, que pierde pie y cae al suelo.

—Salda mi deuda y yo acabaré con él —le pide al Bosque.

—Oh, ¿acaso quieres volver a la ciudad, Edurne? ¿No te gustó que tu madre prometiese tu vida a cambio de morir sin dolor? Sabes que no dejaré que ninguna persona joven abandone Urrun.

—Entonces lo haré yo —dice el señor Zubeldia—. Nosotros ya somos mayores y, al contrario que Senen Guridi, te hemos dado una hija. Déjanos marchar. —En cuestión de minutos, todas las voces intentan alzarse las unas por encima de las otras, cada una exponiendo sus razones para recuperar su libertad.

«Morir fuera de Urrun, no se me ocurre un final mejor», piensa Lander frente al terrible espectáculo del que está siendo testigo. El pueblo nunca fue para nadie el paraíso con el que se llenaban las bocas; todos eran presos de su árbol genealógico, incapaces de romper el círculo.

—¡Basta! —brama el Bosque. El Niño Roto se acerca hasta Lander y le da un empujón en dirección al grupo de vecinos, que han cesado su riña nada más escuchar la orden. La pierna derecha del soldado es incapaz de seguir el movimiento y se queda clavada en el sitio, haciendo que Lander caiga de bruces. La falange rueda desde su bolsillo hasta los pies del señor Guridi, a quien Edurne todavía apunta con la escopeta. Se agacha con lentitud, recoge el objeto y se queda mirándolo, hipnotizado.

—¿Qué es eso? —pregunta la enfermera. El hombre reacciona como si acabaran de sobresaltarlo y observa tanto a Edurne como a Lander antes de empezar a reír de forma muy exagerada, igual que un auténtico desquiciado.

—¡No puede ser verdad! —dice entre carcajadas, y levanta el brazo para que el resto de los vecinos puedan ver lo que tiene en la mano. Susurros de «¿qué es?» se extienden entre el grupo, pero es la propia Edurne la primera que lo reconoce.

—¿Es uno de los dedos… es uno de los dedos de tu madre? —inquiere, y sonríe tanto que casi parece que se le deforme la cara—. Tu padre te ofrece como pago para que su mujer siga existiendo y, cuando ella por fin cae, ¿decides llevarte un recuerdo?

—Creo que todavía no lo ha entendido —contesta el señor Guridi, que clava su mirada en Lander—. Chico, tu madre intentó dar su vida por la tuya. Pero lo que logró fue acabar convertida en algo inmortal, un hogar que se tendría en pie siempre y cuando una parte de ella, por pequeña que fuera, reposase bajo tierra. —El viejo vuelve a reír, y el grupo de vecinos lo acompaña en su mofa y asiente.

—No sé de qué os reís —contesta Lander, resentido. Siente un calor en su

interior que podría brotar de él como una llamarada—. Hace ¿qué?, ¿minutos?, estabais dispuestos a mataros por salir de aquí. Dad por sentado que el único final que os aguarda lo hallaréis en el Bosque. —El señor Guridi para de reír y le lanza la falange de vuelta.

—Tu madre buscaba una salida, créeme. Pero los huesos no son como las raíces, están atados a un cuerpo del que no se pueden separar; no pueden abarcarlo todo por sí mismos. —El soldado ve que el señor Guridi hace el amago de sonreír, apenas un instante, y, sin pensárselo dos veces, se abalanza sobre él. El hombre masculla de dolor, pero no intenta zafarse del soldado. Este levanta el hacha. El cerco se cierra a su alrededor. Lander necesita dar con Erio; puede ser su única vía de escape.

—¿A mi espalda? —le susurra al hombre. Senen Guridi asiente.

—Lo siento tanto, hijo —dice de vuelta.

Lander sabe lo que tiene que hacer y cree saber cómo hacerlo, pero no logra acallar los latidos que resuenan en el cansancio de sus piernas y en la mano que sostiene el hacha. El señor Guridi lo observa con mucha atención, aunque su mirada se desvía hacia el monstruo de forma constante.

«No es Erio, hace mucho que ya no es Erio», piensa el soldado.

Y entonces gira sobre sí mismo y ensarta el hacha en el protuberante costillar del que había sido su mejor amigo.

Los vecinos se apartan. Edurne vuelve a apuntarlo con la escopeta, pero no dispara.

El Niño Roto se extrae el hacha con facilidad y se arranca un par de costillas sin querer. Un sinfín de orugas procesionarias caen del agujero, se recomponen a toda velocidad y atacan al señor Guridi.

Ahora es Lander quien no se atreve a apartar la mirada del monstruo. Oye cómo las orugas muerden y mastican el cuerpo del hombre, y prefiere no tener que cargar con esa imagen en sus pesadillas. Apenas un instante después, siente un dolor tan agudo que su mente solo puede registrarlo como si le ardiera el pecho. Conmocionado, ve que una de las costillas de Erio sobresale de su camisa y cómo alrededor empieza a surgir una mancha de sangre. No puede coger aire; se ahoga.

El soldado ha fracasado: morirá en Urrun.

El Bosque ordena a los vecinos que arrastren el cuerpo malherido de Lander hasta el túmulo y lo lancen al interior.

—Quiero devorar su carne con mi propia boca —gruñe.

Lander siente cómo lo levantan del suelo y, mientras la sangre, que sale a borbotones de la herida, empapa su ropa y deja un rastro rojo tras de sí, todavía alcanza a ver el esqueleto de Senen Guridi antes de que la tierra se lo trague sin más miramientos.

La procesión avanza en un silencio tan solemne que resulta aterrador. Cada paso es un infierno para Lander, que todavía tiene la costilla clavada en

el pecho.

Cuando el vaivén por fin se detiene, un par de hombres ascienden al túmulo y dejan que su cuerpo resbale hacia el interior del agujero.

Allí, en el último lugar que verá en vida, todo permanece prácticamente igual que en el recuerdo de su padre. De la visión que el Bosque compartió con él, al menos. Un altar de huesos y raíces en honor a un mal sin nombre; un hogar para los insectos y las alimañas y el rencor de un pueblo demasiado orgulloso como para comprender que lleva siglos siendo utilizado. La única diferencia es que el corazón ya no parece podrido, sino que palpita con fuerza. Urrun ha sido constante y fiel con sus sacrificios. Lander supone que el corazón de su madre habrá dejado ya de latir, allá entre las ruinas de la que fuera su casa, pero no va a resignarse a morir sin intentar acabar con todo. Ojalá haya entendido bien el mensaje que el señor Guridi quería transmitirle. Y ojalá la suposición sea cierta. Se aparta de la abertura del túmulo como puede, arañando cada centímetro. No necesita alcanzar el corazón; le basta con llegar hasta la tierra. A su espalda, la tierra tiembla y muestra una boca redondeada con decenas de hileras de afilados dientes que se relamen con una lengua larga y negra.

No tiene mucho tiempo.

El hueso anular parece brillar con luz propia cuando Lander lo saca del bolsillo. El Bosque comprende su error de inmediato, y el corazón empieza a latir desbocado.

—¡Sacadlo de ahí! —grita afuera el cuerpo de Erio. Decenas de raíces brotan de las paredes del túmulo para inmovilizar al soldado, pero él es más rápido. Con la falange de su madre firme en el interior de su palma, golpea el mullido suelo hasta que siente que todo su puño está bajo tierra. Alguien sube al túmulo a grandes zancadas, pero no se atreve a entrar.

Lander se extrae la costilla de Erio del pecho con un aullido de dolor, deja que la sangre lo empape todo y, durante la eternidad que logra mantenerse consciente, cercena las raíces que intentan acercarse a él.

Y, al ver que se le empieza a nublar la vista, y mientras oye unos pasos descompensados que se acercan a la abertura, apuñala el corazón del Bosque dos, tres, cuatro veces.

Alguien lo arranca de allí con fuerza y trata de lanzarlo a las fauces, que se abren y cierran con desesperación. El cuerpo del Niño Roto lo observa con los ojos inyectados en sangre y el torso y la cara arrancados casi por completo tras haberse arrastrado hasta la abertura del túmulo. Lander nota cómo la lengua se enrosca alrededor de su tobillo y coge aire a la espera del dolor.

De repente, todo empieza a temblar a su alrededor. Ella comienza a recuperar fuerzas, a absorber la tierra y los insectos que se aproximan demasiado. Lander imagina su cuerpo, como ella, resurgir de la nada, como si alguien lo hubiese invocado desde las ruinas de la casa y atraído hasta aquí.

El Bosque, que ha dejado de ser el único ser vivo bajo la superficie, intenta defenderse. El Niño Roto se agacha y se pone a escarbar con furia. Lander salta hacia él, lo abraza por la espalda y deja que la lengua tire de ambos hasta el interior de las fauces. El Bosque aúlla, de dolor, de miedo. Puede que ella no sea más fuerte que él, pero son muchos años de furia contenida, de ansia de venganza. Y los tres lo saben.

La oscuridad se cierne sobre Lander y sobre Erio; sobre el cadáver de Erio, se corrige Lander. Ahora que ya nadie lo controla, se desmorona rápidamente en raíces muertas y barro.

Lander recuerda la noche en el Bosque, la decisión que podría haber evitado tanta muerte.

Pero ahora mamá vivirá por siempre.

Y no se le ocurre un final mejor.



AGRADECIMIENTOS

Voy a empezar diciendo que se me hace muy raro que todavía estés aquí después de semejante viajecito y *ese* final, y que no hayas cerrado ya el libro para buscarle un hueco en las estanterías (en horizontal mismo, no te preocupes, sé que la cosa está complicada).

Así pues, quiero dar las gracias a las personas siguientes:

Primero de todo, a Obscura Editorial, por confiar en mí y en este mundo tan extraño, y en especial a Roser Vales, porque has sido la mejor compañera de viaje que podría imaginar.

A David Rendo; cuando escribo esto todavía no he visto tu cubierta, pero sé que va a ser increíble, así que voy adelantando trabajo.

A Carlos y Mariángeles, no solo por el apoyo incondicional, sino por escucharme divagar sobre bosques y horrores varios durante mucho, mucho tiempo.

A Dídac, Èlia y Rosa, que también me han tenido que aguantar durante mucho tiempo y además leyeron el primerísimo borrador de esta novela.

A Rubén y Javi, que sé que no se acordarán de que también tenían ese mismo manuscrito hasta que no lean estos agradecimientos.

A quien sea que avise a Rubén y Javi de que están en estos agradecimientos.

A Òscar B., te pongo la inicial del apellido para que nadie pueda poner en duda que me refiero a ti.

A María, Sisku y Jule, porque nunca voy a olvidar el momento en el que os conté que me publicaban esta novela. Y a Vinnie, el más listo de todos los perretes, que se unió a la celebración de inmediato.

A Cristu, Chefo, Germán y Julia, si alguna vez nos encontramos a la deriva en el espacio ya sé de quién me puedo fiar y de quién no.

A Ainara, Amaia, Ane, Irene y Naiara. ¿Os acordáis cuando estábamos en Copenhague tomando algo y yo sacaba un cuadernillo y apuntaba cosas? Pues aquí tenéis el resultado.

A Susana Vallejo, Sergi Viciana y toda la comunidad de Phantastica.

A todos los libros de terror con casas en la cubierta.

A todas las personas que creen que deberían haber aparecido en estos agradecimientos, todavía no han encontrado su nombre y empiezan a ponerse de los nervios; sí, lo siento, me he olvidado, no volverá a ocurrir. Me puedo dejar convencer de que os debo un agradecimiento si lo hablamos alrededor de cervezas o una buena comilona.

Y, finalmente, a mi ama y aita, porque sin ellos no existiría esta novela.